Fátima Casaseca

AFECTOS SECUNDARIOS



ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Afectos secundarios
Dedicatoria
Citas
1. Alicia
2. Sonia
3. Eduardo
4. Alicia
5. Lola
6. Lola
7. Alicia
8. Lola
9. Lola
10. Sonia
11. Lola
12. Lola
13. Lola
Epílogo. La viuda
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Un día lluvioso y deprimente de primavera, cuatro mujeres coinciden en una clínica de Madrid. Alicia es joven, bastante pardilla y se ha quedado sin amigos. Sonia es prostituta, malhablada y hace tiempo que dejó de confiar en el género humano. Lola es una intelectual indignada contra el mundo y con un estricto concepto de la sororidad. Y Begoña, resignada mujer de la limpieza y madre de familia, ha cometido el mayor error de su vida. Por eso, no puede evitar echarse a llorar en un oscuro soportal rodeada por unas desconocidas con las que, sin embargo, comparte el mismo secreto. Poco tiempo después, un cadáver inoportuno hará que sus caminos vuelvan a cruzarse y pondrá a prueba la sinceridad de su altruismo y los afectos secundarios de su primer encuentro.

FÁTIMA CASASECA

AFECTOS SECUNDARIOS


ESPASA

Para David,
bis ans Ende der Welt

Somos incapaces de notar las cosas que nos unen
al nivel más profundo.
A menos que nos las arrebaten.

JOYCE CAROL OATES, *Puro fuego*

Por supuesto, todos creemos que nuestras ideas son las mejores.
De otro modo, tendríamos otras.

FÉLIX OVEJERO, «La izquierda sentimental», *El País*

1

ALICIA

Desde el interior no se ve la calle, por eso no supe que estaba diluviando hasta que abrí la puerta. De todas formas, no me hubiese quedado dentro esperando a que parase de llover. De un sitio así lo único que quieres es salir cuanto antes, dejarlo atrás, olvidarte de que has estado allí nunca. Además, ya llevaba media mañana encerrada ahí y necesitaba fumar urgentemente, así que agaché la cabeza, crucé la calle a la carrera y me metí en el primer soportal que encontré, justo enfrente.

No las reconocí enseguida. Bueno, a Sonia sí, porque ya me había llamado la atención en la sala de espera. Es muy… iba a decir guapa, que lo es si te fijas bien, aunque lo primero que salta a la vista es su exuberancia, cómo anda pavoneándose, todo ojos y tetas. Bastante choni, eso sí. Un poco como Jessica Rabbit, pero de Alcorcón. En cualquier caso, lo que más me chocó no fue eso, sino su desparpajo ahí dentro. En comparación con las caras tristes y abochornadas de las demás, ella entró como si fuese a reclamar alguna injusticia y el mundo entero tuviese que pedirle perdón. Por ejemplo, no bajó el tono de voz ni dejó de masticar chicle cuando le dio su nombre a la enfermera; fue a sentarse al lado de una chica joven con cara de estar aterrorizada y resopló al dejarse caer en el asiento; cogió una revista, de moda creo, y se puso a mirarla como si aquello fuese la consulta del dentista.

No fui la única que lo notó. Algunas desconocidas intercambiaron miraditas de reproche, como diciendo, mira esta, qué poco le importa. La verdad es que yo también lo pensé. Pero es que, si te fijas, nadie habla ahí dentro. Ni siquiera murmuran. Hasta los acompañantes parecen avergonzados e intentan pasar desapercibidos. Las enfermeras no, claro, aunque ellas tienen

excusa: están allí porque es su trabajo y este, entre otras cosas, consiste en tranquilizarnos. Se esfuerzan mucho por hacer que no nos sintamos juzgadas. Las pacientes, en cambio, es casi como si tuviésemos la obligación de estar muy tristes y suspirar mucho. Porque en realidad no queríamos. Porque no nos ha quedado más remedio.

Menuda hipocresía, ¿no crees?

En cualquier caso, a Sonia, como digo, sí que la reconocí enseguida. Estaba en el borde del escalón, de pie, haciendo equilibrios con un cigarro en una mano y el móvil en la otra. Junto a la puerta, escondidas en la semipenumbra del soportal, había dos mujeres más. A esas tardé un par de segundos en ubicarlas, pero por su actitud deduje que acababan de salir del mismo sitio que yo. Nadie hizo amago de saludar.

—Perdona. —Sonia no me oyó, absorta en su teléfono, y yo no me atreví a acercarme más. Me había dejado el mechero en el coche y, aunque no estaba lejos, necesitaba un *piti* antes de volver a encerrarme en otro lugar. Carraspeé—. Perdona —repetí, más alto. Sonia se giró sobresaltada. Dejó de masticar el chicle—. ¿Tienes fuego?

Mientras rebuscaba en su bolso, murmuró algo que no entendí, pero que sonó arisco. Me tendió el mechero sin decir nada.

—Gracias —sonreí, educada.

Me estaba encendiendo el cigarro cuando una de las sombras se adelantó hacia mí.

—Disculpa, ¿te importaría darme un cigarrillo, por favor?

—Claro —contesté.

Iba a ofrecerle la cajetilla, pero temblaba tanto que acabé por sacar uno y entregárselo boca arriba, como una vela. Sonia le dio fuego.

—Gracias —dijo, expulsando el humo y forzando una sonrisa que nos dirigió, primero a mí, después a Sonia.

Era una señora bastante mayor, no sé decirte exactamente, soy muy mala para esas cosas, aunque debía de rondar los cuarenta y muchos. Llevaba alianza. Me sorprendió, la verdad, porque, ahora que la tenía cerca, me di cuenta de que también la había visto en la

sala de espera y había dado por hecho que era una acompañante. Llámame ingenua, pero no me esperaba que una mujer adulta, y sobre todo casada, fuese también una paciente. Quizás, pensé, es que tenía ya muchos hijos y no se podía permitir otro, y dejé de sonreírle en el acto, porque sentí una punzada de culpabilidad.

Fumamos un rato en silencio cada una a lo suyo, sin mirarnos. Seguía lloviendo a cántaros y, a pesar de que estábamos en plena primavera, se notaban la humedad y el frío de la tormenta, una sensación intensificada por el olor a asfalto mojado. Ya no se veía a gente por la calle, aunque desde donde estábamos, se oían los bocinazos cabreados de la Gran Vía. Me puse a pensar en Luis, para variar. El último año es como si no hubiese pensado en otra cosa. Me imaginé la cara que pondría al enterarse de lo que había hecho, e incluso fantaseé con recriminárselo cuando me preguntara que qué me pasaba, que por qué estaba tan rara. Eso si es que alguna vez conseguía que le importara, claro.

De pronto estalló un sollozo a mi espalda. Ahogado y brusco, como con impulso. Como si hubiese estado retenido mucho tiempo y acabara de escaparse.

Supe que era la señora del cigarro antes de darme la vuelta. Todavía le colgaba entre los dedos, medio consumido. Ni siquiera intentó taparse la cara. La miramos todas, notando una tensión incómoda y esa urgencia de cuando todavía puedes eludir convertir algo en tu responsabilidad. Pero esto era diferente. Quiero decir que no era como cuando un extraño cualquiera se cae delante de ti o se echa a llorar en el autobús. Nosotras no éramos cualquiera, sabíamos perfectamente de dónde acabábamos de salir.

—¿Está usted bien? —La otra mujer en la sombra se acercó a la señora y le puso la mano en el hombro—. ¿Necesita algo?

La señora no dijo nada. Lo intentó, pero otro sollozo, más líquido, se lo impidió. Asintió con fuerza y levantó la mano, parando un improbable acercamiento por nuestra parte. Dejó caer el cigarro.

—¿Ha venido sola? —insistió la otra—. ¿Dónde vive? ¿Quiere que la acompañe a casa?

—No, no —se apresuró a decir la señora—. Muchas gracias, pero de verdad que no.

Se zafó de la mujer y dio un paso enérgico hacia delante. Se iba a marchar con su drama y no íbamos a verla nunca más, pero justo antes del escalón se tambaleó un poco y se le cayó el bolso al suelo, boca abajo. Aunque suene estúpido, tengo que reconocer que me alegré. No de que se le cayese el bolso, sino de poder hacer algo, lo que fuera, y no quedar como la típica niñata estúpida que no ha sabido reaccionar a tiempo. Unas llaves, una cartera vieja y fea de cuero falso, un paquete abierto de *kleenex,* unos chicles de menta, tickets arrugados, un abono transporte. Las cuatro agachadas, parecía que competíamos por ver quién cogía más, como en una piñata. La señora, que según el abono se llamaba Begoña González Pisón y antes llevaba mechas, repetía «Gracias, gracias, gracias», y seguía llorando. Ni siquiera pensé en las consecuencias cuando dije:

—Tengo el coche aquí cerca. La llevo.

SONIA

¿Que por qué me fui con ellas? Y yo qué sé. Tampoco es que tuviese nada mejor que hacer, la verdad. Supongo que porque me hicieron gracia, la pija y la moderna esa, tan preocupadas las dos, tan serviciales, ja, ja, ja, tendrías que haberlas visto, parecía que les iba la vida en ello. Sentí curiosidad por ver hasta dónde eran capaces de llevar la farsa. Además, llevaba sandalias y estaba diluviando. Tenía los pies *congelaos*.

La señora fíjate que no me daba ninguna pena. Lo que oyes. Tenía pinta de tener familia, hijos o padres o animales o algo a su cargo, responsabilidades de esas que te reclaman y no te dejan sentarte a marchitarte. Y lloró, lo que ya de por sí es buena señal. Me preocupa más la gente que no llora, y muchísimo más la que hace bromitas y se lo toma a coña. Para mí era la primera vez, pero cuando estaba en la agencia acompañé a algunas de las chicas y sé de lo que hablo. Mira, cuando acababa de empezar, hubo una que se reía todo el tiempo y les decía a las enfermeras cosas como que iba a echar de menos las tetas que se le habían puesto o lo que se estaba ahorrando en támpax. Se llamaba Vanessa y me dio vergüenza

ajena. No se lo dije, claro, aunque debí de poner cara rara y se dio cuenta, porque nunca más me volvió a llamar. Meses después me enteré de que se largó de Madrid, se fue a vivir con su hermana y, una mañana que esta se bajó a la compra, se tomó todos los Orfidales que se había estado guardando durante semanas. Semanas, óyeme bien, se-ma-nas. Desde entonces, desconfío de los frívolos.

Pero me estoy yendo por los cerros de Úbeda. El caso es que no las acompañé porque me diese pena Begoña. Ni ninguna de las otras, a decir verdad. Al fin y al cabo, esto es una putada, un putadón si prefieres, aunque no es, ni de lejos, lo peor que te puede pasar. Ya ves que tiene fácil solución, por mucho que algunos se empeñen en dramatizarla. Porque tampoco es para tanto, en serio. Lo que pasa es que a la gente le encanta exagerar, sobre todo con público, y más todavía si son cosas que les pasan a los demás. Si no, mira el *Gran Hermano*, las *Mujeres y hombres y viceversa* y toda esa mierda que echan por la tele, que no les pasa nada grave, que el que le mola a la rubia le mola más la morena, o que uno no friega los platos y deja pelos en la ducha; vamos, lo que a todo quisque todos los días. Pero ellos se ponen ahí a lloriquear como críos y toda España les sigue, rasgándose las vestiduras y comentándolo como si fuera el fin del mundo.

En fin, que vaya país. Así nos va.

La Alicia esta era una niña de papá. Un poco pánfila, pero bueno, tendría como mucho veinte años y se le notaba a la legua que había crecido entre algodones, así que tampoco se le podía pedir más. La seguimos corriendo hasta su coche, un polo verde oscuro, lleno de mierda hasta arriba: apuntes desordenados, botellas de agua vacías, colillas. Incluso había un *bongo* de esos para fumar maría, todo pegajoso. Si no llego a llevar sandalias, te juro que me habría dado la vuelta allí mismo. Qué asco me dio, la hostia.

Dejamos a Begoña delante y yo me senté detrás, al lado de la *hipstérica* samaritana. Le eché treinta y muchos, regular llevados. En cuanto Alicia arrancó el coche, me sonrió de oreja a oreja y dijo:

—Bueno, encantada. Yo me llamo Lola.

Ja, como si me importase lo más mínimo. La había pillado repasándome varias de veces de reojo, ya desde la sala de espera, con cara de estar condenándome al infierno. Y eso que iba discretita, ¿eh?, que si llego a llevar uno de mis modelitos de faena, le habría dado un telele fijo. Con esta gente siempre es lo mismo, ¿sabes? Mucho paz y amor, mucha camisetita de rayas, moñete despeinado, gafas de empollón y estrellitas tatuadas, y luego son más puritanas que una monja octogenaria. No soporto a esas tías, pero no era plan de montar un pifostio delante de las otras, así que me limité a presentarme yo también, en general.

—Yo soy Sonia —dije.

—¿Dónde vive? —preguntó Alicia, incorporándose a Gran Vía.

—En Prospe —contestó Begoña—. Prosperidad, quiero decir. Al lado del auditorio.

—Sé dónde es —sonrió modosita.

—Pero de verdad que estoy mejor. No hace falta que me lleves.

—No se preocupe, me pilla de camino —zanjó—. ¿Y vosotras? —Alicia nos preguntó a las de atrás, mirando el reflejo del retrovisor.

—Yo me bajo donde Begoña —contestó Lola—. Sólo he venido a acompañarla.

Begoña dio un respingo, como era de esperar. Se giró con cara de preocupación, de terror más bien, y volvió a repetir que estaba mejor y que, de verdad, no necesitaba que nadie la acompañase a ningún sitio.

—Yo vivo cerca de plaza de Castilla —dije, antes de que la Lola esa pudiese protestar. Se notaba que era de esas pavas a las que les mola discutir en bucle. Hay gente así.

—Genial. —Alicia me sonrió en el espejo—. También me pilla de camino.

—De puta madre.

Me recliné en el asiento y cerré los ojos.

LOLA

Me estaban poniendo de los nervios, esa es la verdad. Begoña no, pobre, me refiero a las otras. La típica niñata pija y la choni arrabalera, igual de egoístas e insensibles las dos. Tendrías que haber visto cómo miraban a Begoña cuando se puso a llorar, en serio, ni que tuviese algo contagioso. Aj, las hubiese abofeteado, te lo juro.

Con esto no quiero decir que fuesen malas chicas, eso nunca, que no las conocía de nada y a saber su situación. Sororidad ante todo. Iban las dos solas, así que muy buena no debía de ser. Ni una triste amiga para acompañarlas. Vale que yo iba sola también, pero fue porque yo lo quise. Eduardo me habría acompañado si se lo hubiese pedido, eso que quede claro. Lo que pasa es que Eduardo no tiene ni idea de que estaba embarazada, y a Berta, aunque es mi mejor amiga, no podía pedírselo. Ha tenido un bebé hace poco y está algo sensible con el tema de la maternidad, ¿sabes? La quiero mucho, pero últimamente parece que, en vez de una cesárea, le han hecho una lobotomía.

En cualquier caso, y volviendo a Alicia y a Sonia, a lo que me refiero es que están cegadas por su situación privilegiada y que, a la hora de tener libertad de elección, ellas, nosotras sí que la tenemos y, en cambio, gente como Begoña, no. Y no lo digo a la ligera, ojo, que entiendo que ya no hace falta escaparse a Londres o buscarse una curandera en el pueblo, y eso que hemos estado a puntito de volver a eso con el imbécil de Gallardón, que menos mal que no le dejamos, pero de todas formas, lo mires como lo mires, la sexualidad sigue siendo un asunto de clases, una herramienta de dominación patriarcal. Mira el precio de los hijos, de los condones, de la píldora, de una I.V.E. en condiciones. Apostaría el cuello a que, para la suya, Begoña ha tenido que gastarse los ahorros de toda su familia y que, aun así, no le ha llegado para la anestesia. Cuatrocientos euros no son moco de pavo para alguien como ella, créeme.

En el coche de Alicia, uno de esos de niña de papá rebelde que apestaba a tabaco, nadie decía nada sobre lo que acababa de ocurrir. Yo hubiese preferido mil veces acompañar a Begoña sola, invitarla a un café, hablar con ella de mujer a mujer, consolarla,

animarla, pero ahí encerradas las cuatro no me apetecía ponerme a pegar gritos desde el asiento de atrás, preguntándole por sus circunstancias. Decidí que lo mejor sería esperar y darle mi número cuando nos bajásemos: así podría llamarme si necesitaba ayuda o desahogarse o lo que fuera. Estaba pensando en cómo decírselo sin asustarla y sin sonar condescendiente, cuando la choni sacó un cigarrillo y preguntó si se podía fumar. Alicia dijo que sí, sacó también su cajetilla y de paso le ofreció otro a Begoña. Increíble. ¿Tú crees que alguien me preguntó a mí si me molestaba? ¿En un espacio minúsculo y con las ventanas cerradas? Por supuesto que no. Les dio exactamente igual. Hay gente que no tiene empatía ni respeto por nada.

—Hacía lo menos doce años que no daba una calada —dijo Begoña, expulsando el humo de la primera—. Y hoy ya es el segundo.

—Pues no deberías empezar otra vez —dije—, y mucho menos por…

—Ya —cortó—, ya lo sé.

Y volvieron a callarse todas. ¿Te parece normal? Mucho te llevo a casa, quieres un cigarrillo y qué amable soy, pero, eso sí, de tus problemas no me cuentes, que no quiero saberlos. Me pone enferma que este tema siga siendo tabú, sobre todo entre mujeres y para colmo en una situación así. Porque, a ver, tontas no somos. Vale que no nos conocíamos de nada, aunque todas nos habíamos visto allí dentro y sabíamos a qué habíamos ido. Lo natural, lo sano en cualquier otra situación hubiese sido preguntarle a Begoña que qué le pasaba, que por qué lloraba, ¿no te parece? O, por lo menos, si se encontraba bien. Digo yo, vamos.

—¿Estás bien, Begoña?

No me pude aguantar, qué se le va a hacer. Pensé que igual estaba mareada. Yo sólo había ido a la revisión, pero si ella se lo acababa de hacer, debía de tener la tensión por los suelos.

—Sí —dijo, sin mirarme—. Gracias.

—¿Has comido algo? Tengo una barrita de muesli con chocolate. Es vegana, pero no se nota.

—No te preocupes —contestó. Dudó un momento antes de añadir —: Sólo había ido a la revisión de… de después.

—Yo también —dijo Alicia.

—Y yo —dijo Sonia.

—¿Y está todo bien? —pregunté, ignorando a las otras.

—Sí. El médico ha dicho que salió todo perfecto. —Dio otra calada —. ¿Vosotras?

Todas contestaron que también, todo bien. Sin embargo, por el espejo retrovisor vi como Begoña apretaba los labios y se le llenaban los ojos de lágrimas otra vez. Llámame paranoica, pero para mí eso fue una señal irrefutable de que en la vida de Begoña había algo turbio y problemático.

BEGOÑA

De verdad que yo no tenía ningún interés por meterme en ese berenjenal. Yo lo único que quería era irme a mi casa. Tenía que preparar la comida, dejar una tortilla para la cena, poner una lavadora, planchar un montón de camisas de Ramón, y todo eso antes de irme a trabajar, que tenía turno de tarde esa semana. ¿Lo entiende? No tenía tiempo para chácharas.

Y además ya había pasado todo, gracias a Dios. Se supone que por fin podía volver a mi vida normal y dejar de preocuparme. A buenas horas me mandaba nadie buscarme amistades en ese sitio. No, no, no. Cuanta menos gente lo supiese, menos posibilidades de que se enterase Ramón. Ni siquiera Manuel, que me había prestado los cuatrocientos euros para hacerme el, bueno, eso que me había hecho, me había preguntado para qué eran. Al pobre tampoco es que le sobren, que tiene que vivir con la vieja bruja esa de abajo, pero como no sale nunca, que se pasa el día metido en mi casa y come ahí día sí, día también, pues dijo que tenía algo de dinero ahorrado y que no le importaba dármelo.

—Te lo devolveré —le dije.

—No te preocupes por eso —contestó. Y como me puse a llorar, me abrazó y dijo—: Cuando puedas, no hay prisa.

Más majo… Con lo que se mete con él Ramón, que dice que es un gorrón y maricón perdido, y luego resulta que es más bueno que el pan. Estuve a punto de contárselo todo, fíjese lo que le digo, que me pilló el día del test llorando a moco tendido en la cocina. Pero al final me dio reparo, ¿sabe? Estas cosas no se van prodigando así, a los cuatro vientos. Además, Manuel es chico y un poco rarito. No sé si es mariquita o no, aunque algo rarito sí que es.

El caso es que yo no tenía ganas de meterme en camisas de once varas, pero tampoco se me ocurría cómo decirles que no sin sonar antipática. Eran chicas jóvenes, las pobrecillas, sobre todo la chiquita del coche, Alicia, era una cría. Tan chica y ya metida en estos líos… Qué pena esta juventud, de verdad, que pienso en mi Blanquita, que acaba de hacer doce años, y se me ponen los pelos de punta. En fin, que yo no quería ser grosera y al final me liaron, como siempre. A mí siempre me lía todo el mundo.

Había un tráfico de mil demonios y tardamos mucho en llegar a mi casa. Me habría dado más vergüenza si no hubiese estado un poco mareada. Yo creo que fueron los pitillos. El primero casi ni lo probé, pero el segundo me sentó como un tiro. También es que no había desayunado esa mañana. Entre los nervios, que Ramón estaba de viaje con el camión, Blanquita que se puso histérica porque no encontraba su estuche y tenía un examen de lengua, y al final, después de buscarlo por todas partes, resulta que se lo había escondido Toño —que es un bicho de cuidado, muy buen niño, aunque muy bicho, y lo que más le gusta es hacerle de rabiar a su hermana mayor—, pues imagínese. Blanca se enfadó muchísimo y le dio una colleja, el otro se la devolvió y empezaron a pelearse y a gritarse de todo. Así están todo el santo día, como el perro y el gato, que me tienen harta, se lo juro. Y encima la angustia por eso, que vale que sólo era una revisión y que después de la operación me dijeron que había salido todo bien, pero nunca se sabe.

Lo mismo me había cogido una infección o algo y no me había dado cuenta, que es que ya era lo último que me faltaba. Con lo poco que me gustan a mí estas cosas, que hasta preferí hacerlo sin anestesia para vigilar al médico, que fue muy amable, eso sí, amabilísimo, pero ya se sabe que las anestesias esas son peligrosas.

Anda que no se ha quedado gente tiesa ahí en medio de una operación por culpa de la anestesia, que lo he leído en el *interné* ese. Todo el tiempo tenía pesadillas en las que me pasaba a mí y entonces, ¿qué? Figúrese, llamarían a casa y todos se enterarían de lo que había hecho y yo no podría explicarlo ni pedir perdón porque estaría muerta. A Ramón le daría un *jari*, como poco, y los niños… Ay, madre de Dios, los niños se quedarían tarados de por vida.

Pero bueno, que había salido todo bien, que era lo importante, y yo estaba mucho más tranquila, aunque me hubiesen mareado los cigarrillos. No quería ser maleducada, así que cuando la chica esta, Lola, se bajó del coche conmigo y se empeñó en invitarme a un café, por si quería hablar, me dijo, o me podía ayudar de alguna manera, le contesté que no podía, pero que otro día. Me pareció feo decirle que no del todo. Después de todas las molestias que se habían tomado trayéndome hasta casa con el tráfico que había y acompañándome y eso, ¿no cree? Además, insistía mucho y estábamos delante de mi portal, nos podía ver cualquiera, que mi barrio es tela de cotilla, y a ver de dónde decía yo que conocía a una chica así, tan moderna ella y tan joven. Pensé que lo mejor sería no discutir y me apunté su número rápido. Me dio un abrazo al despedirse, que me dejó un poco descolocada, pero se lo devolví, porque parecía que le hacía mucha falta, y ya me di la vuelta y me subí para casa. Bastante tenía con lo mío, que, para colmo, se me había olvidado poner a remojo las lentejas.

2

SONIA

Ni de coña pensé que iba a volver a verlas en mi vida. No es el tipo de gente con la que me suelo juntar, si sabes a lo que me refiero. Tenías que haber visto la jeta de Alicia, la pija, cuando me dejó en casa. No sé en qué tipo de Madrid vive, pero estaba *cantao* que no había pisado Tetuán en su puta vida. Se puso hasta nerviosa, la muy pava, que se lo noté.

En cuanto se bajaron las otras dos intentó ser simpática, haciéndome preguntas rollo: ¿estudias o trabajas? ¿Tus padres a qué se dedican? ¿Por dónde sales? Me entró la risa, porque hacía siglos que nadie me preguntaba esas cosas tan… tan…, bueno, tan normales, supongo. Me empezó a dar un poco de ternura y todo, fíjate. Hasta que entramos en mi barrio y se calló. Iba mirando como si le diese asco o miedo lo que estaba viendo. Vale que está hecho una mierda y que hay mogollón de moros y sudacas por todas partes, pero dónde se van a meter si no, ¿en el barrio de Salamanca? Venga, hombre. Así que me puse a vacilarla a base de bien. No pude evitarlo, me lo estaba poniendo a huevo: le dije que era bailarina profesional de reguetón y actriz ocasional.

—¿De verdad? —se sorprendió, intentando ser amable—. ¡Qué interesante! ¿Y has actuado en alguna película?

—Huy, en un montón. Lo que pasa es que sólo me dan papeles de puta.

—Ah.

—Es por las tetas, ¿sabes? —Me las recoloqué bien, para que las viera—. Las tengo demasiado grandes como para que me tomen en serio.

—Vaya —dijo, mirando de reojo—. Lo… lo siento.

Ja, menuda pava. Me hubiese encantado contárselo a la Geli, lo que nos hubiéramos reído. Últimamente la estoy echando mucho de menos. Todavía más que cuando acababa de morirse, y eso que han pasado ya dos años. Pero no me quiero poner sentimental, que llorar nunca ha servido para nada.

Ya paro.

Ya.

Ya está.

Bueno, el caso es que, en cuanto llegué a mi cuchitril, me olvidé de todas ellas y seguí con mi vida. Hasta que dos semanas después me encontré a la Bego de frente. Así, paf.

No me dio un chungo de milagro. Casi grito y todo, del susto que me llevé. Y sé que me reconoció, porque cuando me vio acercándome por el pasillo abrió mucho los ojos y, justo cuando estaba llegando a su altura, desvió la mirada y apartó un poco el carro de la limpieza, para que pudiera pasar sin tener que pedírselo o darle las gracias. Supongo que ató cabos. Lo normal en los hoteles es que las camareras de piso saluden a los clientes al pasar. A menos que se trate de una puta, claro. Pero no me importó que se diese cuenta, no fue por eso por lo que me asusté. Lo que pasa es que había dejado un marrón de la hostia en la habitación y no quería que fuese Begoña la que lo encontrase. Crucé los dedos para que viese a tiempo el cartelito de «No molestar» y pasase de largo.

Que yo no había tenido nada que ver, ojo, que el hijoputa la palmó él solito. Te lo juro por mi vida. Debió de darle un chungo o algo mientras me estaba duchando y, cuando salí del baño, estaba más tieso que el culo de una momia. Intenté reanimarlo, no vayas a pensar que no tengo corazón. Le di un par de hostias y hasta le tiré de los pelillos de los huevos, que son los que más les duelen, para ver si así reaccionaba. Pero no se inmutó. Luego me senté a su lado en la cama a esperar, por si sólo se había desmayado profundo y se despertaba al cabo de un rato, pero tampoco. No, llamar a una ambulancia no era una opción. Quita, quita, que ambulancia quiere decir policía, y yo a la poli no la quiero ver ni en pintura. Lo único que podía hacer era borrar mis huellas y largarme de allí cagando leches.

Hubiese sido lo más razonable, desde luego, pero me había pimplado un par de botellines del minibar, por los nervios, no por nada, y mirándole allí tirado no pude evitar acordarme de lo cabrón que había sido. No me había pegado ni nada, pero se había portado como un hijo de la gran puta. Lo supe nada más conocerle, no creas que fue una sorpresa. Es de esos que tratan mal a los camareros y con ese tipo de gente tienes que tener mucho cuidado. Son crueles y egoístas y egocéntricos. Mala gente. Aunque también pueden ser amables y hacerte sentir como una reina cuando les conviene. Esa fue mi perdición. Eso y que era guapo a rabiar. Me encoñé como una novata, como hubiese dicho la Geli. Pena que ella ya no estaba para darme un par de hostias y abrirme los ojos. Seguramente no me habría quedado preñada y no hubiese pasado lo que pasó.

—Ay, Sonia —me dijo el cabronazo cuando se lo conté—. No me gusta nada que me vengas con exigencias.

—Y a mí no me gusta tener que pedirte nada —contesté—. Pero estoy a dos velas. Necesito dinero para abortar.

—Pues gánatelo. —Me cogió del pelo y aplastó mi cara contra su polla. Se reía, con una risa feroz, malvada. Intenté apartarme, pero apretó más fuerte y me susurró al oído, muy despacio—: Eres tonta, Sonia. Y una ingenua. Te has olvidado de lo que eres y me haces a mí tener que recordártelo.

No me he sentido tan sucia en toda mi vida, te lo juro por lo que más quieras. Lo peor fue notar cómo le excitaba tratarme así y que siguiera haciéndolo después de aquello. Lloré durante semanas. Ya, ya sé lo que me vas a decir y no te puedo dar un motivo sensato. Yo tampoco sé por qué seguí viéndole. Supongo que porque soy gilipollas y pensé que algún día se daría cuenta de lo cabrón que había sido conmigo y me pediría perdón por cómo se portó. Pero no lo hizo nunca, ni amago, y ahora estaba muerto e indefenso en una habitación de hotel a quinientos metros de su oficina, a las cuatro de la tarde de un día entre semana. Todo el mundo daría por hecho que tenía una aventura con alguna de las tías buenas y elegantes de la empresa y se lo acabarían perdonando. Porque era tan guapo y tan divertido y, total, ya estaba muerto. Los hombres, ya se sabe.

Aj, me hirvió toda la sangre. Entiéndelo.

INSPECTOR GUTIÉRREZ

La policía no es tonta, eso que quede claro lo primero. A veces puede parecerlo, no digo yo que no, pero es que tenemos las manos atadas casi siempre, que eso la gente no lo entiende, que no podemos ir por ahí deteniendo porque sí, por muy seguros que estemos de que el individuo en cuestión es culpable. Los indicios no sirven para nada. Se necesitan pruebas. Y cuanto más vinculantes, mejor. Porque si la cagamos, encima nos denuncian y el hijo de puta de turno acaba en la calle y, para colmo, indemnizado. De cagadas así están los periódicos llenos, no tiene usted más que echar un vistazo. Así que lo mejor es ir suavecito, pasito a pasito. Lo entiende, ¿no?

Bueno.

Nos llamó el gerente del hotel, muy nervioso. Dijo que una de las camareras de piso de por la mañana había encontrado un cadáver, así que para allá que nos fuimos. Debían de ser las dos de la tarde cuando llegamos. La verdad es que no me impresionó mucho, llevo cuarenta años en esto y he visto de todo. De todo, no se imagina usted todo lo que llevo visto ya. Y de estos, puf, a *puñaos*. La gente se muere constantemente y no siempre es en el sitio más adecuado.

Además, este señor, el señor Bur…, un segundo…, Bu-ru-cha-ga, ¡Buruchaga! Ja, ja, ja, anda que menudo nombre… Perdón. Bueno, el señor Buruchaga no tenía pinta de haber estado en buena forma, que digamos. No era viejo, debía de rondar los cuarenta y muchos, pero tenía pinta de no cuidarse una mierda. Ya sabe: piel colgoncilla a la altura del abdomen, dedos amarillos por el tabaco y las uñas carcomidas. Indicios claros de estrés y poco sueño. Luego nos confirmaron que trabajaba de consultor en una empresa de esas de renombre inglés y pedí un análisis toxicológico. Me aposté una cerveza con García a que, como poco, encontrábamos restos de cocaína. Vamos, no me cabía ninguna duda de que se ponía hasta las cejas.

Tampoco dudé ni un segundo de que la escena estuviese amañada. Porque lo estaba, vaya que si lo estaba. Faltaba el móvil del difunto, habían desaparecido botellines del minibar, una toalla pequeña, los picaportes estaban impecables… Cositas. Indicios. De todas formas, no se crea que le di mucha importancia, ya le he dicho que de estos he visto cientos. Esta gente contrata chicas y, bueno, no es del todo ilegal, pueden hacer lo que quieran, pero, claro, imagínese el percal. Algunas llaman, aunque le aseguro que se arrepienten en cuanto pisan la comisaría y no vuelven a hacerlo. Luego se lo cuentan a sus compañeras, se corre el rumor y la que es lista no llama ni de coña. Era obvio que el señor Buruchaga este se lo había estado pasando bien antes de estirar la pata. O durante. Por lo menos eso… A mí me parece bien, conste, a la que no se lo va a parecer es a su mujer.

En cualquier caso, el procedimiento nos obliga a abrir una investigación, por si hay que acusar a alguien de omisión de socorro o alguna soplapollez por el estilo. En fin, un percal, no se lo imagina usted. A veces es hasta peor, uno no sabe a qué tipo de servicio ha recurrido el señor hasta que es demasiado tarde. Si la chica es extranjera, si la ha contratado por internet o la ha recogido en la calle, si no se ha preocupado o le ha dado igual, es bastante probable que sea ilegal, ya me entiende. En ese caso, no se toman la molestia de sacarla del país, ni siquiera de la ciudad. No valen nada, un fleco peligroso, así que acabamos encontrándolas a trozos en una cuneta o en el vertedero, si es que las encontramos. La rehostia, ¿verdad? Pero la ley es la ley, y ya ve, no nos queda otra que investigar si ella se ha portado bien o, por lo menos, hacer el paripé y abrir un expediente.

Mientras levantaban el cadáver y los de la científica terminaban de registrar la habitación, me tocó interrogar al de recepción. Un pipiolo, por si le interesa, temblaba como un pajarito. Por lo visto, el señor Buruchaga este era cliente habitual. Venía una vez a la semana, como mínimo, y no siempre con la misma chica. La del día anterior, sin embargo, era una de sus fijas, pero de ella no sabían nada. Que son discretos, dijo, manda cojones. Así que ni puta idea de si la susodicha era de Cáceres o de Uzbekistán.

Lo único que sabía, porque en eso sí que se había fijado, es que solía llevar los labios rojos y que tenía un buen par de tetas, así que el maquillaje y la ropa interior femenina que lucía el fiambre se lo podría haber prestado ella. Una información útil de cojones, si me permite la ironía. Ahora no sólo tendríamos que contarle a la parienta que su marido se iba de putas, sino también si le constaba que le gustaba follar vestido de tonadillera. La hostia. Joder.

Pero la ley es la ley.

—Haga el favor de llamar a todos los que trabajaron aquí ayer —le dije al tontolaba de recepción—. A ver si alguien reconoce a la chica.

BEGOÑA

Ramón todavía estaba en Francia con el camión cuando me llamó Gladys, alteradísima, para contarme lo que había pasado. Por lo visto, una de las chicas del turno de mañana entró a limpiar en una habitación y le dio tiempo a hacer el baño entero antes de descubrir el pastel. Dicen que sus gritos se oyeron hasta en recepción.

No pensé nada raro, la verdad. Quiero decir, aparte de que alguien había muerto y que se estaba armando revuelo, no creí que tuviese que ver conmigo. Gladys era una cotilla, y la jefa del turno, y el gerente nos había mandado avisar a las que estuvimos trabajando la tarde anterior para que fuéramos al hotel cuanto antes a hablar con la policía. Yo no pregunté más.

Dejé a los niños con Manuel, que de todas formas había subido a cenar y a ver la serie esa de las Galerías Velvet, que él dice que es muy mala y se ríe de los actores, pero luego siempre viene a verla a casa. No falla ni un día. Como Ramón suele estar fuera entre semana, con el camión, ya sabe, y como Manuel se lleva fatal con doña Herminia, pues aprovecha cuando estoy sola y se sube a casa. Así nos hacemos compañía un rato.

La verdad es que el pobre lo pasa fatal con esa señora. Es una bruja. Y no lo digo yo, conste, que lo dice todo el barrio, que es más mala que la quina. Lo que pasa es que, como se quedó viuda el año pasado y es muy mayor, ochenta y nueve tiene, fíjese, pues la

aguantamos, qué remedio. Cuando me enteré de que le iba a alquilar una habitación a un chico, uno del pueblo de Celestino, el frutero, que quería venir a Madrid a estudiar y no tenía posibles, pensé que no iba a durar ni dos días. Pero estamos en abril y ahí sigue, que yo creo que aguanta porque se pasa el día en mi casa. A Ramón no le hace mucha gracia, no se entienden mucho, ¿sabe usted? Dice que es maricón perdido y que a ver si nos va a echar a perder a Toño, que ya de por sí es un poco rarito. Vaya tontería, le digo yo, que eso no se pega ni se elige, que se nace así o se nace asá. Con lo mal que lo tienen que pasar los gais, que todo el mundo se mete con ellos y hacen chistes y esas cosas, bueno, como con las mujeres, nadie lo sería por gusto. Además, que los niños le quieren un porrón y a mí me da mucha confianza, por eso ese día me quedé muy tranquila dejándole allí con ellos y me bajé a la parada del autobús.

Al hotel tardé un poco en llegar, porque había atasco y, cuando entré en la sala de conferencias, ya estaba llena de gente. Busqué a mis compañeras de turno y me senté con ellas. El gerente, un chico bastante amable que entró hace unos meses, estaba de pie pidiendo silencio. Al pobre nadie le hacía ni caso y se estaba poniendo nervioso. Me dio un poco de pena.

Detrás de él, el inspector de policía, un señor atractivo que parecía sacado de una película antigua, con bigote y cazadora de cuero, nos miraba muy serio. Al cabo de un rato, se aclaró la voz, dio un paso adelante y nos callamos todas de golpe. Empezó dándonos las gracias por haber ido y dijo que necesitaba nuestra ayuda para identificar a la mujer que se había alojado allí con el difunto. Tenía una voz preciosa, como la de Constantino Romero. Aclaró que la chica no era sospechosa de nada, pero que igualmente necesitaban hablar con ella. Pura rutina, dijo. Después preguntó quiénes habíamos estado limpiando ayer en la segunda planta.

En ese mismo momento comprendí la que se me venía encima. Sentí cómo se hundía el suelo bajo mis pies y yo me iba con él, vaciándome hacia abajo. Dejé de prestar atención a lo que sucedía en la sala. Sandra Milena, sentada a mi lado con la mano levantada, me dio un codazo en las costillas y me miró como si estuviese loca.

—¡Bego! —susurró a gritos—. ¡Usted también!

Levanté la mano intentando aguantarme el temblor. Cuando terminó de contar, el inspector nos pidió que nos acercáramos hasta donde estaban él y su ayudante. Nos tomaron los datos y nos dijeron que al día siguiente teníamos que pasarnos por comisaría para revisar las cintas de vigilancia. Ahí ya le juro que no me desmayé de puro milagro. El inspector me debió de ver la cara de miedo, porque dijo:

—No se preocupe usted, señora, que no va a tener que ver nada desagradable. Es sólo la cámara que tienen en recepción, para tener registro de quién entra y sale.

Yo eso ya me lo imaginaba, que tonta no soy, pero no le corregí. Dije que sí con la cabeza, sin mirarle, como si fuese sensible y estuviese muy afectada, que eso a los hombres les parece de lo más natural en las mujeres, y corrí a sentarme otra vez. Al rato nos dejaron marchar y, aunque se empezaron a formar corrillos en la puerta y todas estaban nerviosísimas, que hasta contentas parecían con lo que había pasado, no quise quedarme a comentar. Les dije que tenía a los niños solos y me fui derecha para casa.

En el autobús de vuelta, empecé a imaginarme de todo, figúrese. Me temblaba todo el cuerpo. Notaba una presión enorme aquí en el pecho y cada vez me costaba más respirar, así que me bajé antes para andar un poco y despejarme. No sabía qué hacer, tenía muchísimo miedo. No tenía forma de explicar de qué conocía a la chica sin delatarme a mí misma, pero ¿y si me metía en un lío gordo por mentir a la policía y acababa en la cárcel? Me acordé entonces de la otra chica, Lola, la que me dio su teléfono. Parecía lista y bastante dispuesta y, bueno, también era la única persona a la que podía llamar sin comprometerme.

Cogió a la primera y menos mal que lo hizo, porque no sé qué le habría dicho a Ramón si no llego a hablar con ella. Ni en comisaría. Seguramente, lo habría confesado todo.

LOLA

—¿Sí?

—Eh…, buenas noches. —La mujer al otro lado de la línea carraspeó, nerviosa—. ¿Puedo hablar con Lola, por favor?

—Soy yo.

—Ah… Hola, Lola…, verás, no sé si te acordarás. El otro día…

—¿Quién eres? —interrumpí.

Estábamos tirados en el sofá, yo buscando una serie en Netflix y Eduardo leyendo el periódico.

—Soy Begoña. De… de la clínica.

Tardé un momento en comprender quién era. Habían pasado más de dos semanas desde aquello y me había olvidado de ella, la verdad. Además, aunque tampoco es que yo le vaya dando mi teléfono a todo el mundo, que no soy una central de ayuda para mujeres maltratadas, Begoña no había sido la primera y no llevo una lista de a quién y en qué circunstancias le he dado mi número.

Sin embargo, cuando me dijo para qué llamaba, me sorprendí. Te recuerdo que lloraba como una Magdalena el día que nos conocimos. De hecho, fue por eso por lo que nos conocimos en primer lugar, así que supuse que me buscaría para informarse sobre órdenes de alejamiento, ayudas estatales, papeleo y demás obstáculos burocráticos de mierda a la hora de denunciar malos tratos. Al fin y al cabo, es a lo que estaba acostumbrada. Ya te he dicho que Begoña no era la primera.

En cualquier caso, no me llamaba por eso, aunque me costó descifrar lo que decía, entre lo nerviosa que estaba y que se echaba a llorar después de cada frase. Algo de un muerto en el hotel donde limpia y que la policía quería interrogarla. Me levanté y me alejé en dirección a la cocina.

—Yo sé quién ha sido —gimoteaba.

—¿Y quién ha sido? —pregunté—. ¿Necesitas protección?

—Ha sido… —bajó la voz—… Sonia. De la clínica también, ¿te acuerdas? La vi salir de la habitación…

—¿Sonia?

—Sí —contestó—, trabaja de… de… señorita de compañía, ya me entiende.

¿Y de qué explico yo que la conozco? Como se entere mi marido me muero, pero ¿y si me pillan mintiendo? Se entera Ramón igualmente y a mí encima me meten presa…

—Tranquilízate, Begoña —dije—. A ver, ¿hablaste con ella en el hotel?

Se sorbió los mocos.

—No.

—Entonces no tienen forma de relacionaros —dije.

—¿Tú crees? —Dejó de llorar. En su voz centelleó algo de esperanza.

—Estoy segura.

Nos quedamos calladas, escuchando nuestras respectivas respiraciones. La de Begoña fue calmándose poco a poco.

En ese momento, Eduardo apartó la mirada del periódico y la fijó en mí con curiosidad, por encima de sus nuevas gafas de farmacia. Un escalofrío me recorrió la espalda. Me pregunté si él también habría hecho algo así. Contratar a una prostituta, quiero decir, y tirársela en un hotel a plena luz del día. Desde que había descubierto que borraba su historial de búsquedas en el ordenador, tenía la mosca detrás de la oreja.

Los últimos meses estaba cansado, se quejaba de que le dolía la espalda y apenas nos acostábamos. Con decirte que podría acertar exactamente el día y la hora en que me quedé embarazada. Él no lo sabe. Pensé en decírselo, claro está, pero cambié de opinión en el último momento. ¿Para qué? Si además fue culpa mía, por olvidarme la píldora, calcular mal los ciclos y dar por hecho que a su edad su esperma no estaba en plena forma. Acaba de cumplir cincuenta y dos, ¿sabes? Me saca quince años. Cuando le conocí tenía cuarenta y era uno de los catedráticos de filosofía más jóvenes de España. Me pareció el tío más *sexy* e inteligente que había visto en toda mi vida. Bueno, a mí y a todas las que asistimos a la conferencia aquel día. Recién divorciado, tenía fama de brillante y atormentado. Y de mujeriego incorregible, se sobreentiende. Así que, imagínate, caí rendida a sus pies como una imbécil.

Al principio incluso le exhibía como un trofeo. Me hacía sentir única y misteriosa, la joven que había conquistado el corazón del

genio tenía que ser alguien especial. Vaya estupidez. Mentiría si te dijese que no estaba muerta de celos y de miedo todo el tiempo. Tanto que los primeros años juntos me los he pasado follando por encima de mis ganas y de mis posibilidades, como si con eso compensara su supuesta superioridad mental y aplastase la competencia de admiradoras más jóvenes y deslumbradas que yo. Y todo para qué, me pregunto, si cuando ya han dejado de revolotear a su alrededor jóvenes pseudointelectuales desinhibidas, resulta que le gustan las rubias tetonas y depiladas de internet. Menudo padre de mierda que iba a haber sido.

Begoña se había tranquilizado y decidí que había llegado la hora de colgar.

—Bueno —dije—, pues nada…

—¿Y qué pasa con Sonia? —preguntó.

—No creo que te vaya a delatar.

—¿Cómo?

—Que no creo que vaya a decir nada de que te conoce ni de qué te conoce.

—Ah. Bueno, no me refería a eso —dijo—. Lo que pasa es que… ¿no crees que deberíamos avisarla de que la policía anda detrás de ella?

Tendría que haberle dicho que no. Tendría que haberla convencido para que lo dejase estar. Hay gente tan acabada que, como te acerques, te arrastran por toda su mierda. Pero le dije que sí, claro. Porque soy imbécil y porque Eduardo seguía mirándome con curiosidad por encima de sus gafas de farmacia.

ALICIA

Cuando llegué a casa aquel día, el de la clínica, intercepté una carta de la universidad en la que avisaban de que había faltado demasiado a clase y que, o lo justificaba de alguna manera o no podría presentarme a los exámenes de junio. Iba dirigida a mi padre y yo ya la esperaba.

—Se me va a caer el culo.

—Bah, tía, no te rayes —dijo Cris—, si ya están curados de espanto con tu hermana. ¿De cuántas universidades la han echado ya?

—De tres —contesté—. Pero justamente por eso, se supone que yo no soy como Bárbara.

Estábamos aparcadas en el fondo de saco junto al campo de rugby, escuchando música y fumándonos un porro. Antes sólo nos encerrábamos en el coche cuando hacía frío o teníamos que cotillear sobre algún chico del grupo. Ahora, bueno, desde lo de Luis, yo pasaba de ir al parque y Cris hacía el esfuerzo y algunas tardes se quedaba conmigo.

Nos habíamos conocido por casualidad, dos veranos atrás, en una *rave* que organizaron los amigos de Bárbara en el descampado del Pony Club. Nos presentó una chica de su urbanización, compañera del colegio de mi hermana. Compartimos una pastilla y nos pasamos la noche flipando juntas. Era la primera vez para las dos. Desde entonces, Cris es algo así como mi mejor amiga.

Digo algo así porque, aunque salimos juntas, hacemos pellas juntas, fumamos juntas, pillamos juntas y lo hacemos casi todo juntas, Cris se ha puesto a salir medio en serio con Miki, el mejor amigo de Luis, y he tenido que dejar de confiar en ella. Ni siquiera le conté que me había quedado embarazada. La Moraleja tiene una estructura social extraña, ¿sabes? Los grupos de amigos —y sus respectivas lealtades— son permeables y dispares y, según el tipo de droga que prefieras, la música que escuches, la urbanización en la que vivas, el colegio al que vayáis tú y tu vecino o el parque que te quede más cerca de casa, vas pululando entre uno y otro, creando combinaciones nuevas a lo largo de los días, los meses o incluso los años. Hay pijos de postín, con camisa de polo, mocasines y los bolsillos llenos de papelinas, hippies esotéricos que cultivan setas alucinógenas en la ventana de su habitación, *grunges* con parkas militares y una colección de *bongs* en la mochila, punkis con la oreja llena de imperdibles forofos del *speed* y hasta chandaleros pseudocomunistas especializados en éxtasis y música tecno. Es como un bufé, pero de personas. Por eso, si le cuentas un secreto a alguien, puedes estar seguro de que tarde o temprano todo dios lo

acaba sabiendo. Y yo no quería que Luis se enterase de lo que había hecho por nada del mundo.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Cris pasándome la chusta.

—Joderme —contesté—. Ir a clase, hacerles la pelota a los profesores, lloriquear en secretaría, falsificar un certificado médico. Yo qué sé.

—Pues vaya panorama.

—Ya ves.

Y eso hice. Durante dos semanas me porté bien y volví a la facultad. Había dejado de pisar la universidad al mes de empezar ese curso y mis compañeros llevaban casi dos años viéndose a diario. Tenían sus bromas, sus rituales, su banco preferido en la entrada, tomaban café en los descansos, se pasaban los apuntes y hacían planes para salir juntos algunos fines de semana. Intenté unirme con naturalidad, ser simpática, mostrar interés, aunque siempre me quedaba en segundo plano sin enterarme de la mitad de las cosas. Era humillante y, para colmo, me aburría como una ostra.

Por eso me alegró tanto el mensaje de Lola. No me lo esperaba y fue como un soplo de aire fresco entre toda la mierda soporífera que me rodeaba.

Un par de días después de lo de la clínica, Facebook me la había propuesto como una de las *personas que quizás conozcas*. No era la primera vez que lo hacía. Me refiero a sugerirme a alguien con el que, en un principio, no tengo nada en común o ni siquiera he visto en toda mi vida. Cris me explicó hace tiempo, en la época en la que le dio por militar por la protección de sus datos y compartir misivas incendiarias prohibiendo a terceros utilizar sus fotos y demás chorradas, que Facebook usaba algoritmos complejos para expandirse, importando información de otras aplicaciones del teléfono, desde tus búsquedas en Google hasta tu localización geográfica. Por eso no me extrañó ni me asustó encontrarme a Lola en la ristra de usuarios recomendados. Dudé un par de días antes de enviarle una solicitud, pero al final me pudo la curiosidad. Cuando me aceptó, me dio un poco de miedo lo popular que era y lo lista que parecía. En su perfil ponía que trabajaba como profesora adjunta de relaciones internacionales en la UAM, tenía cientos de

amigos y sólo compartía artículos sesudos sobre política y feminismo. Muy de izquierdas, por supuesto.

Yo nunca comparto nada, ¿sabes? Te parecerá extraño, porque en mi generación casi todo el mundo se pasa el día exhibiéndose en todo tipo de redes sociales. Fotos, estados de ánimo, depresiones anunciadas a bombo y platillo, buenas noticias, ideas políticas, indirectas cargadas de perfidia. Yo no. Me resulta un poco perverso. Supongo que me importa demasiado la opinión de los demás como para estar pidiéndosela constantemente. En cambio, sí me gusta bucear en perfiles ajenos. Me encanta asomarme a la vida de la gente, preguntarme quiénes son en realidad y qué se siente al pensar que tienen algo que decir. Sobre todo si apenas les conozco, como a Lola. No sé cuántas horas desperdicié al principio viendo sus fotos, leyendo artículos que compartía o discusiones que empezaba. Luego me cansé, claro, y Lola pasó a ser uno más de mis cientos de conocidos virtuales con los que no interactúo y en los que ni siquiera pienso. Hasta que me llegó su mensaje:

Hola, Alicia, ¿qué tal estás? Perdona que te escriba por aquí, pero no tengo tu número de teléfono. ¿Te importaría pasármelo? Tengo que hablar contigo de algo importante.

Un abrazo,

Lola

3

Eduardo

Yo creo que Lola se ha dado cuenta de algo, porque está rara de cojones. De vez en cuando la sorprendo observándome, con los ojos entornados, como si estuviese tratando de enfocarme bien a mí o a una pelusa en mi jersey. O a alguno de los pelos rebeldes de mis orejas, que los últimos meses parece que tengo un cultivo. Todas las mañanas me los corto cuando me afeito, pero crecen y crecen y crecen, cada vez más rápido. Paco, el catedrático de filosofía medieval, dice que es la edad y que contra eso no se puede luchar. Que cuanto más los cortas, más fuertes se hacen y que lo mejor es aceptarlos y aprender a convivir con ellos. Pues vaya descubrimiento, dirás, ni que eso no lo supiera todo el mundo.

Pero es que el problema no son los pelos de las orejas. A fin de cuentas, son sólo pelos y, a unas malas, se soluciona con unas tijeritas. Lo que ocurre es que se junta con otros, una avalancha de problemillas sin importancia aparente que van surgiendo, uno detrás de otro, sin previo aviso, sumándose todos, convirtiéndose en una amalgama de problemillas cuyas soluciones acaban consumiéndote el orgullo y, sobre todo, la mayor parte del día. Ya lo dijo Aristóteles, que el todo siempre es más que la suma de sus partes.

Me hago viejo, qué remedio.

De joven era un optimista, no creas. Por eso estudié filosofía. Porque soy feo y quería acostarme con chicas. También me gustaba y se me daba bien, no te vayas a pensar que esos ladrillos infames que he tenido que memorizar durante años entran sin voluntad ni talento. Pero, principalmente, con dieciocho años lo que yo quería era acostarme con todas las chicas que se me pusieran a tiro. Y, bueno, ya se sabe que en las facultades de letras las mujeres suelen ser de tinte libertino, por lo menos de primeras, y no hay hombres

feos, sino interesantes. Al contrario que a las mujeres, que sólo tienen su aspecto, a nosotros hay otros factores que nos otorgan atractivo: el dinero, el poder, la inteligencia. Incluso el humor. Yo era pobre como una rata, así que me dediqué a pulir el intelecto y a follar como un conejo. Ja, ja, ja. ¡Qué tiempos!

Nadie lo reconocerá públicamente, pero te diré que no era el único y que, para bien o para mal, las cosas no han cambiado mucho desde entonces. Lo veo en mis alumnos todos los días: el más pedante y nihilista sigue siendo el que más folla. Y yo he sido pedante hasta decir basta. Aun estando casado, no me he privado de los escarceos de rigor en algún que otro seminario, donde nunca falta la alumna deslumbrada de turno para acariciarte el ego y otras partes más mundanas e igual de sensibles. Que así conocí a Lola, por si no lo sabías. La típica niña bien de izquierdas, llena de culpa y vergüenza de clase, *ergo* con una profunda necesidad de agradar. Siempre han sido presas fáciles para depredadores morales como yo, de origen más bien pobre. Con decirte que al principio mis amigos la llamaban la Geisha porque, decían, era la chica más dulce y educada que habían visto nunca, te podrás hacer una idea de cómo me trataba. Era la envidia de todo el profesorado.

Y mírame ahora, recortándome los pelos de las orejas por la mañana, con gafas de farmacia al cuello, la piel fláccida y caída, las uñas de los pies agrietadas y amarillentas, el cuerpo machacado. Un desastre. Para que veas que no exagero: hace un par de semanas le comí el coño a Lola y todavía me duele la espalda.

Así que qué te voy a decir. En estos momentos veo a mis amigos con sus mujeres, viejas e hinchadas, perezosas, y los que me dan envidia son ellos a mí. Llevan una vida apacible y sin preocupaciones, sin vigilarse los pelos, sin experimentos gastronómicos, sin veganismo, sin quinoa, leche de soja y toda esa bazofia insípida y saludable que se ha puesto de moda entre los treintañeros modernos, sin películas de autor en versión original, sin mítines políticos al aire libre, sin enésima ola del feminismo, sin tener que esconderse para miccionar cada veinte minutos…

Sí, has oído bien, veinte minutos. Me asusté, porque además dolía y al cabo de unos días salió sangre. Estuve mirando en internet y me

entraron sudores fríos. Luego fui al urólogo y resulta que no tenía mucha importancia.

—Tiene la próstata algo inflamada —dijo—, lo normal a su edad.

Lo será para ti, pedazo de gilipollas, pensé, que apenas has cumplido los cuarenta y te dedicas a esto. A mí, el mero hecho de tener que empezar a utilizar la palabra *próstata* me hizo sentir un fósil. No, no se lo he contado a Lola, por supuesto que no. Ella es joven, tiene treinta y siete años, está en la flor de la vida y mucho más buena que con veinte, por si te interesa. Y yo veo cómo la miran los demás, cómo se contonea, las ganas que tiene de salir y hacer cosas y me pongo malo.

Probablemente me quede poco con ella. Llegará el día inevitable en el que se dé cuenta de que soy un viejo aburrido y que hace tiempo que ha dejado de quererme, pero, hasta entonces, me niego a ayudarla. Supongo que por eso me recorto los pelos de las orejas, me como la quinoa sin rechistar y borro el historial del ordenador. Prefiero que crea que he estado viendo porno a que descubra que me he pasado horas leyendo sobre cremas reductoras y mi jodida próstata.

LOLA

Que era actriz. En serio, ¿esta tía es tonta?

—Me contó que había salido en muchas películas.

—Ajá —dije.

—Y que siempre hacía de put… de prostituta.

Te juro que me habría reído si no hubiese estado tan cabreada. No con Alicia, que la pobre no tiene la culpa de ser tan ingenua. Por lo menos todavía. Con la que estaba cabreada era conmigo misma, por dejarme enredar en este tipo de cosas y llevar quince minutos de conversación telefónica para besugos.

—Ya —dije—. Pero eso no me sirve, Alicia. Lo que necesito es su dirección.

—Era una calle estrecha. No me fijé en el nombre, lo siento.

Me quedé callada, pensando en lo que podría decirle a Begoña para tranquilizarla. ¿Mentir o ser sincera? Porque no nos vamos a engañar: aunque localizáramos a Sonia y la avisáramos, estaba condenada de antemano, eso yo ya lo sabía. Si no recordaba mal de la carrera, por omisión de socorro no te caía demasiado, de tres a doce meses, pero ya estabas fichado para el resto de tu vida. Además, a saber qué había pasado en realidad y qué más mierdas había encontrado la policía. Igual el tío era importante, o había drogas de por medio o alguna mafia implicada. O, bueno, quizás Sonia no era tan inocente como Begoña estaba suponiendo. Al fin y al cabo, ¿qué sabíamos de ella?

—¿Lola? —Alicia me sacó de mi ensimismamiento—. ¿Sigues ahí?

—Sí, perdona —contesté—. Sigo aquí.

—Si rehago el camino, puede que me acuerde.

—…

—No me importa intentarlo.

Y eso hicimos. Después de cruzar varias llamadas con Begoña y chorrocientos WhatsApps con Alicia, acabamos quedando al día siguiente, jueves por la tarde, en plaza de Castilla.

Alicia no me había preguntado y yo no le había dicho la verdadera razón por la que buscábamos a Sonia. Pensaba hacerlo en persona, para controlar el impacto. Sin embargo, justo antes de salir para plaza de Castilla se me coló en el despacho un alumno pesadísimo, el típico macarra guaperas y vacilón empeñado en que le subiese el medio punto que le faltaba para aprobar el parcial de la evaluación. Nunca hago este tipo de excepciones, pero como tenía prisa y quería librarme de él, prometí pensármelo si me entregaba dos comentarios de texto. Aun así, perdí el autobús y llegué tarde a la cita con estas.

—Hola —dije, sentándome en la parte de atrás del coche.

—¿Por qué coño no me habías dicho que era prostituta de verdad? —preguntó Alicia sin saludar.

Mierda. También había llegado tarde a eso. Suspiré y miré a Begoña, que se estaba encendiendo un cigarrillo con manos temblorosas en el asiento del copiloto.

—No lo sé —contesté—. Lo siento.

—Ayer tuve que ir a comisaría —dijo Begoña—. Me estuvieron enseñando los vídeos de recepción. Se la ve perfectamente, llegando con aquel hombre.

—¿Saben ya quién es? —pregunté.

—No, y yo no he dicho nada. —Dio una calada y abrió un poco la ventana—. El chico de recepción y algunas compañeras la han reconocido de otras veces, pero nunca han hablado con ella.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó Alicia.

—Sí, es bueno —admití.

Alicia arrancó y empezamos a callejear por Tetuán. Un sitio infame atestado de locutorios y contenedores rodeados de basura. Se me encogió el corazón. La gente dirá lo que quiera, pero a mí no me engañan. ¿Quién querría vivir aquí voluntariamente? Yo no, desde luego. Si hasta daba miedo bajarse del coche. Nos perdimos varias veces y estuvimos un buen rato dando vueltas hasta que, por fin, Alicia encontró el portal. Aparcamos a unos veinte metros de la puerta.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Begoña.

Yo tampoco tenía muy claro cuál sería el siguiente paso. Me había concentrado tanto en aproximarme a su dirección que no había contado con el hecho de que Alicia se había limitado a dejarla a la puerta de un edificio. Ni siquiera podíamos estar seguras de que vivía ahí.

—Probar —dije, abriendo la puerta del coche—. Cerrad los pestillos y esperadme aquí.

Me acerqué al portón disimulando un paseo y examiné los telefonillos. Uno a uno, me puse a llamar a todos. En la mayoría no contestaron y, en los que sí lo hicieron, se limitaron a decirme que me había equivocado antes de colgar. En uno de ellos, un niño sudamericano empezó a interrogarme sobre mí y mi amiga Sonia, y por qué no la llamaba o le mandaba un mensaje para que me diera su dirección, hasta que llegó su madre, le pegó un grito a él, otro a mí y colgó el telefonillo con muy mala leche. Cuando volví al coche, Begoña y Alicia seguían fumando con cara de expectación. Me senté y cerré el pestillo.

—Nada —dije.

—¿Y qué hacemos ahora? —volvió a preguntar Begoña.

—Podemos esperar un rato —propuso Alicia—. Igual aparece.

—Yo es que me tengo que ir a trabajar —se disculpó Begoña.

—No te preocupes —dije—. Te llevamos al metro y volvemos. Yo me puedo quedar un rato contigo, Alicia.

SONIA

Pues acojonada, ¿cómo iba a estar? Cuando trabajaba para la agencia había oído historias de tíos a los que les había dado un chungo durante un servicio porque se habían pasado con la Viagra o con la coca, o con las dos. Pero eran más leyendas que otra cosa. Rumores. Yo no conocía personalmente a ninguna a la que le hubiese pasado, siempre eran amigas de amigas de amigas.

Ni siquiera teníamos instrucciones para esos casos. Sabíamos lo que teníamos que hacer si el cliente no pagaba, si nos agredía, si intentaba forzarnos a algo que no se había acordado… ¿Qué pasa? ¿Te parece raro? Que me acueste con tíos por dinero no quiere decir que puedan hacer conmigo lo que quieran. Estaba en una agencia seria, las reglas las poníamos nosotras. Rellenábamos una ficha con nuestras condiciones y se nos filtraba en función de lo que buscase el cliente. Por ejemplo, yo no me acuesto con tías, sólo voy a fiestas en garitos y, entre mis servicios, no incluyo el anal, aunque es verdad que es lo que más se paga y alguna vez he andado corta de pasta. De todas formas, mi especialidad, por llamarlo de alguna manera, es el helicóptero vietnamita. Como la Preysler, pero en cutre. A los pocos meses de empezar en la agencia, ya tenía una cartera fija de clientes, sólo que ninguno era millonario ni se quería casar conmigo.

Los he tenido jóvenes, viejos, bajos, altos, gordos, escuálidos, cachas, calvos, con rizos, con un solo huevo. También los he tenido guapísimos, como el hijoputa, pero eran los más codiciados y ahí la competencia entre las chicas era brutal. Lo que sí tenían todos en común era la inseguridad. Una de las primeras cosas que aprendes

cuando te haces puta es que no te estás follando a un tío, sino a su vanidad. Lo demás es pura parafernalia.

Por eso le hice lo que le hice al cabronazo. Y no me arrepiento, ojo, que se lo tenía bien merecido. Lo único que me jode es que esté muerto y no haya podido ver la cara de su mujer cuando se lo dijeron. Que yo contra ella no tengo nada, ¿eh? Bastante tendría que aguantar la pobre estando casada con un gilipollas como ese, pero es que a él me lo imagino perfectamente revolviéndose en su tumba, con su orgullo de machito ultrajado. Ja, ja, ja.

Perdón, no lo puedo evitar.

Son los nervios.

Duermo fatal desde lo que pasó. No hago más que empollarme los periódicos y cada vez que veo un coche de policía por el barrio —y aquí pasan todo el tiempo—, me da un vuelco el corazón y hasta me entran náuseas. Ayer por la tarde llamaron al telefonillo y no me dio un chungo de milagro. Apagué todas las luces y estuve una hora escondida en el baño sin respirar casi. Imagínate cómo estoy, que incluso el cliente de hoy se ha preocupado porque traía mala cara y, en vez de follar, se ha empeñado en invitarme a comer. Por si quería hablar, dijo. Un puto desastre, no sé qué hacer.

Estuve a punto de ir a comisaría, con eso te lo digo todo. Aunque luego pensé que no tenía mucho sentido. ¿Qué iba a decirles? Yo no le había matado, de eso estaba segura, así que tampoco es que fuese a servirles de mucho. En cambio, lo de ponerle mi ropa interior y maquillarle… ¿Y si hay algún método para descubrir si eso se ha hecho después de la muerte? En la tele siempre pillan a los culpables por cosas como esa. Lo limpié todo bien antes de irme, incluso me llevé su móvil para pisotearlo y tirarlo a una papelera lejos de allí, pero quién sabe, igual me dejé un pelo o se me olvidó una huella en algún sitio.

Y encima Begoña me había visto. Eso sí que era una cagada como una catedral. Que vale que no sabía nada de mí y que lo más probable es que no tuviese muchas ganas de explicarle a todo el mundo de qué me conocía, a las mujeres nos sigue dando como vergüenza contar según qué cosas. Pero, igualmente, la pobre mujer no tiene pinta de aguantar mucha presión y la policía no se anda con

chiquitas y saben qué teclas tienen que tocar para que se les derrumbe la gente, sobre todo si la ven débil. Mira a la Geli cómo me la machacaron.

En fin. Mierda de vida, pero es la mía.

Decidí que lo mejor era intentar hacer como si nada y esperar a que pasase el tiempo. Ya les vendrían crímenes chungos de verdad y se cansarían de buscar, de buscarme a mí, si es que me estaban buscando. A fin de cuentas, esto es Madrid, no un pueblo de la sierra. Pasan cosas malas todo el tiempo, ¿no?

ALICIA

Lo de Sonia me afectó más de lo que imaginé en un primer momento. Cuando me llamó Lola para decirme que tenía que encontrarla, no entendí muy bien a qué venía. Di por hecho que tendría que ver con lo que había pasado, lo de la clínica, ya sabes, pero no me atreví a preguntar más. Lola me impone. Es más mayor, más culta y tiene el aplomo de alguien que sabe lo que hace. Es un poco como Bárbara, o como era Bárbara antes, y yo soy todo lo contrario. Siempre tengo la sensación de estar a punto de hacer el ridículo, así que suelo preferir callarme e intentar dar la impresión de que comprendo exactamente lo que está pasando. Aunque no tenga ni idea. Aunque me quede sin saberlo. Pienso que es la única manera de que me tomen en serio.

Por eso me molestó tanto que Lola no me contase desde el principio de qué iba todo. Dejó que me pusiera en evidencia. Pasé tanta vergüenza cuando Begoña me dijo a qué habíamos venido que no pude evitar enfadarme con Lola. Con Lola y con Sonia, claro, porque, aunque la condescendencia de Lola me sentó mal, lo de Sonia me dolió.

Que era actriz. Que sólo le daban papeles de puta.

Te parecerá una tontería, supongo. Teniendo en cuenta todo lo que estaba pasando —lo de la universidad, el aborto, el muerto, la policía—, lo que más me importaba era que una desconocida, una mujer a la que sólo había visto una vez en toda mi vida, se hubiese

reído de mí y yo no me hubiese dado cuenta. De que había hecho el ridículo, vamos. Pero no es que yo sea una frívola sin corazón, no te equivoques. Lo que pasa es que la opinión que tengo de mí misma es así de mala.

Esa fue la razón por la que, al volver Lola al coche, vencida y desorientada, nada, dijo, que no la había encontrado, que no sabía qué más hacer, yo me empeñé en esperar. Había estado rumiando mi humillación y sentía la imperiosa necesidad de mirar a Sonia a los ojos. Quería mirarla con tanta intensidad y al mismo tiempo tan gélida que no le quedase más remedio que deducir que no me había creído una palabra de lo que me había dicho y que, a pesar de todo, le había seguido la corriente. Porque la que se había estado riendo de alguien aquí era yo, no ella.

—No podemos quedarnos aquí toda la noche —dijo Lola estirándose. Hacía más de dos horas que Begoña se había marchado —. ¿Tienes hambre?

—Un poco.

Ninguna de las dos conocía la zona y no teníamos demasiadas ganas de explorarla, mucho menos anocheciendo, así que arranqué el coche y nos fuimos a una terraza de Malasaña que Lola conocía. Cuando terminamos de cenar, me encendí un *piti* y Lola pidió otra cerveza. Yo ya no estaba cabreada con nadie, sólo cansada.

—¿A ti qué te parece todo esto? —preguntó.

—Me da un poco de miedo —dije—. Por la policía y, bueno, por el muerto.

—¿Y por Sonia no?

—¿A qué te refieres?

—A que no sabemos de qué murió aquel hombre.

Tardé un momento en contestar.

—Si le mató, habría salido en las noticias, ¿no?

Lola se encogió de hombros. Dio el último trago a su cerveza y levantó el vaso en dirección al camarero para que se lo rellenase. Yo me encendí otro cigarro.

—Supongo que sí —admitió—. De todas formas, eso no tiene importancia. Las mujeres como Sonia, las que se prostituyen, son víctimas de un sistema perverso. Bastante tienen con lo que tienen

dedicándose a algo tan denigrante. No se las puede juzgar igual que a las demás, están alienadas por el heteropatriarcado.

—Pensé que no te gustaba.

—Y no me gusta. Me pone enferma que sea así de arrogante y se lo tome tan poco en serio. ¡Mira que decirte a ti que era actriz! Seguro que le pareció hasta gracioso. Flaco favor nos hacen a las demás actitudes como la suya, perpetuando una imagen desenfadada y absolutamente falsa de su situación, ¿no te parece?

La verdad es que no me lo parecía, pero no lo dije. No habría sabido explicar por qué. Hasta ese día, *puta* sólo era un insulto a evitar, lo peor que podían llamarte o podías llamar tú a otra chica. Nunca me había planteado cómo sería la vida de una prostituta de verdad, ni muchísimo menos qué efectos reales podría tener lo que ella hiciera en mi vida o en la del resto de las mujeres.

—¿Y ahora qué va a pasar? —pregunté.

—No lo sé —dijo—. Desde luego que yo no puedo estar yendo todos los días a Tetuán a buscarla. Tengo que trabajar.

—Yo podría.

Me miró sorprendida.

—¿No tienes que ir a clase?

—No. —Desvié la mirada y me concentré en la servilleta.

—Pensé que estudiabas en una privada.

—Sí, pero he faltado demasiado este curso. No me van a dejar presentarme a los exámenes de todas formas.

—Vaya. —Alargó el brazo por encima de la mesa y me cogió la mano con una ternura casi maternal—. Lo siento, con todo este follón se me había olvidado. Tiene que haber sido duro para ti también. ¿Quieres hablar?

—No, gracias.

—Como prefieras, aunque si necesitas…

—Estoy bien.

—De acuerdo.

—¿Nos vamos?

Pedimos la cuenta y la acerqué a su casa.

BEGOÑA

Era verdad que me tenía que ir. No a trabajar, porque ese día nos lo habían dado libre a las de la segunda planta para ir a comisaría y ver los vídeos de recepción, aunque Ramón volvía de estar fuera con el camión y tenía que hacer la cena y disimular. No me salió muy bien. Lo de disimular, digo. En cuanto le vi, me puse a llorar como una tonta. Que, bueno, él ya sabe que soy de lágrima fácil y que lloro por todo, pero se asustó un poco y al principio hasta se pensó que nos habían enseñado las fotos del muerto. Cuando le dije que no, intentó convencerme de que no había sido para tanto.

—Bego, cariño, relájate —me tranquilizó—. Si no ha sido para tanto, ¿no?

—¿Y tú qué vas a saber si no estabas allí? —le dije casi gritando.

—Pero si os han tenido media hora nada más…

—¡Ha sido horrible!

—Está bien, vale, ha sido horrible. Anda, ven.

En el fondo, Ramón tenía razón. Había sido una tontería. En el vídeo que nos enseñaron esa mañana había visto a Sonia entrar con el hombre, muy guapo, por cierto, y quedarse esperando cerca de los ascensores mientras él pedía una habitación en recepción.

—Qué profesional —dijo el otro agente, un tal García que parecía medio bobo—. Mírela, señor inspector, cómo se ha colocado estratégicamente lejos de la cámara… Maquinando, seguro.

El inspector le dio una colleja.

—No sea imbécil, García.

—Eso lo hacen todas —interrumpió Gladys—. Se lo piden ellos, por si se encuentran con alguien del trabajo que no sepa que están con una prostituta.

Con todo lo cotilla y metiche que es Gladys, antes de entrar me había confesado que ella no pensaba decir una palabra aunque reconociese a la chica. «Y si resulta que le ha matado —dijo—, pues mire usted qué bien, un putero menos». Yo no me había parado a pensar en eso. No iba decir nada de todas formas, por la cuenta que me traía, pero ahora empezaba a tener un poco de miedo. ¿Y si me

estaba metiendo en un lío mucho más gordo del que pensaba? ¿Y si estaba encubriendo a una asesina?

Ramón me abrazó fuerte y me llenó la cara de besos para que me calmase.

—Shhhhh, ya pasó —dijo—. Ya pasó.

Yo me agarré fuerte a él y le busqué la boca. Le besé, con los ojos todavía llorosos. De primeras no respondió, no se dio cuenta de lo que estaba pasando. Hacía lo menos seis meses que no hacíamos el amor, porque con lo del embarazo y…, bueno, lo otro, yo no tenía ganas y él no me insiste si ve que no está el horno para bollos. Me tuve que sentar encima de él y besarle de verdad, con la boca abierta y la lengua enredando, para que me agarrase del trasero y me tumbase en el sofá. No era nada cómodo, pero yo creo que no se atrevió a llevarme a la cama por si de pronto cambiaba de opinión. Me ha pasado alguna vez. La verdad es que me pasó durante bastante tiempo, que cuando empezábamos a besarnos, me llegaba el olor de su aliento o de su sudor y me daba tanta tirria que tenía que parar. Ese día, por suerte, no me la dio. Pobre Ramón. Estaba tan contento y tan asustado que no se atrevió a mirarme a la cara mientras lo hacíamos, como si acabara de perdonarle algo horrible. Y menos mal que no lo hizo, porque yo seguía llorando y me sentía tan mal, tan culpable que no lo habría soportado.

Duele mucho, ¿sabe? Darte cuenta de lo que quieres a una persona cuando ya lo has estropeado todo. Es como tener un agujero por el que se cae todo, allí donde se supone que tendría que estar tu corazón. Porque ya no era sólo por mí ni por lo que había hecho, y no me refiero a lo de la clínica, que eso no era más que la guinda del pastel, sino a lo otro. Era por Ramón, porque acabaría enterándose y nos iba a destrozar la vida. No quería, pero ya era demasiado tarde para no hacerle daño.

4

Alicia

Decidimos que empezaría con la vigilancia el lunes siguiente. Ese fin de semana, a pesar de las llamadas insistentes de Cris, volví a quedarme en casa. Llevaba ya un tiempo sin salir por la noche, un mes, quizás dos. Ni siquiera iba al parque. No tenía ganas de quedar con estos y, si te soy sincera, aparte de Cris, tampoco tenía a nadie más a quien llamar. Hacía dos años que mis amigos del colegio habían desistido de contar conmigo para sus planes, con los de la universidad no tenía relación y, a pesar de la ingente cantidad de amigos que acumulaba en Facebook, tenía la sensación de estar completamente sola.

Lo peor de todo era que mis padres daban por hecho que me quedaba en casa a estudiar. Yo soy la responsable, ¿recuerdas? Mi hermana mayor es un desastre, un dolor de cabeza permanente, un caso perdido, pero ahí estoy yo para ratificarles su inocencia.

—Ya me hubiese gustado a mí tener todo lo que tenéis vosotras. —Era la frase favorita de mi padre cuando Bárbara hacía una de las suyas, ya fuese estrellar su coche nuevo, suspender todas o que la hubiesen expulsado de la enésima universidad privada y, por supuesto, carísima—. Tampoco os pedimos tanto, ¿no?

Mi madre, sentada a su lado, se limitaba a llorar y sólo intervenía para decir que le habíamos amargado la vida. Antes de que terminase la bronca, se había tomado un Orfidal, o dos, y se había ido a acostar.

La primera vez, yo tenía quince años y no había llegado tarde a casa jamás. No entendía por qué utilizaban el plural. Por aquel entonces, Bárbara también lloraba, discutía, pedía perdón y juraba que no volvería a pasar, que había aprendido la lección. Ya no. Ahora

se limita a mandarles a la mierda, dar un portazo y desaparecer todo el fin de semana.

Supongo que por eso me fui convirtiendo en el foco de atención y esperanza de mis padres. Conmigo todo es suavidad y confianza, un regalo envenenado de sutil amenaza. Menos mal que tú no eres como tu hermana, me dicen. No se te vaya a ocurrir decepcionarnos, entiendo.

Aunque hace dos años que empecé a salir con Bárbara y sus amigos de La Moraleja, nunca he llegado ni muy tarde ni muy drogada ni muy nada como para defraudarles. Así que ahora, cuando me quedo en casa, mis padres piensan que lo hago para estudiar. Me felicitan y a mí me entran náuseas. No soy capaz de mirarles a los ojos. Me debato entre confesar que soy un fraude y quitarme ese peso de encima, o esperar hasta el final, cuando ya sea inevitable. Dejar de fingir sería una liberación, pero ahora mismo tengo demasiados frentes abiertos y necesito un refugio tranquilo. De momento, mi casa es lo único que tengo.

En cualquier caso, tener una misión me ayudó a distraerme y aquel fin de semana me lo pasé planeando la mejor forma de localizar a Sonia. La idea era esperar a que apareciese y abordarla directamente por la calle. Cabía la posibilidad, claro está, de que me hubiese engañado y no viviese ni en ese edificio ni en esa calle, pero si su casa no estaba cerca, debía de ir a menudo por ese barrio, porque la impresión que me dio el día que la llevé en coche es que se lo conocía como la palma de su mano. Lola prometió que vendría a hacerme compañía cuando tuviese un hueco y Begoña, bueno, a Begoña no le comentamos nada. No queríamos implicarla más de la cuenta. Si por casualidad aparecía la policía por allí y la reconocía, podía meterse en un lío gordo.

El lunes, a las nueve de la mañana, ya estaba aparcada a dos portales del supuesto edificio en el que vivía Sonia. A las dos, aburrida y mareada de estar leyendo en el móvil, me metí en el bar de enfrente y me comí un sándwich. Después me marché a casa. El martes, el miércoles y el jueves hice lo mismo. Lola no vino ningún día, pero me escribía a menudo disculpándose —tenía mucho trabajo — y preguntando cómo iba la cosa. Por las noches hablábamos por

teléfono y especulábamos sobre la posibilidad de que Sonia se hubiese marchado de Madrid un tiempo o para siempre. Lola pensaba que sería lo más lógico. Acordamos seguir así unos días y, si no aparecía, lo dejaríamos estar.

Sin embargo, el viernes, cuando acababa de volver al coche de tomarme un café y comprar tabaco, me pareció verla a lo lejos, andando hacia el portal. Me costó reconocerla. Iba en vaqueros, con una camiseta ancha y sin maquillar, cargada de bolsas del supermercado. Tardé un momento en reaccionar y bajarme del coche, con el corazón acelerado.

LOLA

Si te soy sincera, no entendía muy bien qué se supone que teníamos que decirle a Sonia que ella no supiera ya —tonta no me había parecido, desde luego—, pero Alicia se había venido arriba y se comportaba como si tuviese entre manos la misión de su vida. Se lo tomaba muy en serio, quizás demasiado, aunque en ese momento no le di mucha importancia.

Lo que sí me preocupaba, en cambio, era lo poco que la estaba ayudando. Varias veces al día le escribía para ver qué tal iba y por las noches hablábamos por teléfono. Alicia me contaba lo que había visto y conjeturábamos infinidad de posibilidades, desde que Sonia no viviese allí a que hubiese abandonado la ciudad.

Un tema que, sin embargo, nunca llegamos a tocar fue el del posible asesinato. ¿Había matado Sonia a aquel hombre o sólo se trataba de un desafortunado incidente? Alicia parecía tener muy claro que Sonia era inocente y que lo mejor que podía hacer era presentarse voluntariamente en comisaría y contar lo que había pasado. Me enterneció su ingenuidad, ver que todavía conservaba ese residuo infantil que te hace creer que la verdad siempre te salvará. Yo no estaba tan segura de la inocencia de Sonia, aunque denunciar a una mujer en sus circunstancias no se me pasaba por la cabeza. Tampoco tenía forma de recabar más información. En la prensa no se había dicho nada y llamar a la policía preguntando por

el suceso era una imprudencia: levantaríamos justo las sospechas que queríamos evitar.

En cualquier caso, aquella semana estaba hasta arriba de clases y compromisos laborales de todo tipo y Alicia ya sabía que hasta el viernes no iba a poder acercarme a tomar un café con ella. Que lo iba a hacer, conste, los viernes sólo tengo una clase y tutorías hasta las doce. Lo que pasa es que, bueno, esa semana había pasado algo, nada grave, sólo un malentendido, pero me estaba trayendo de cabeza desde hacía días y yo daba por hecho que el viernes lo podría zanjar. Tenía que zanjarlo.

Verás, el lunes, al terminar las clases, apareció el pesado de Diego Carrera justo cuando estaba cerrando con llave la puerta del despacho para irme a casa.

—Buenos días, Olmedo —gritó, acercándose por el pasillo—. ¿Cómo está mi profesora favorita?

—Hoy no hay tutorías —le dije, bastante borde. No hice amago ni de abrir la puerta. La última vez que se me coló en el despacho me había costado media hora quitármelo de encima, y llegué tarde a mi cita con estas—. ¿Qué quieres? —Ajustó una de sus deslumbrantes sonrisas y me tendió un par de folios mecanografiados—. Muy rápido comentas tú los textos —dije, cogiéndolos.

—No, si no están terminados. Pero es que no hago comentarios de texto desde el instituto y no sé si voy bien. Si pudiese echarle un vistazo…

Sonrisa deslumbrante.

—Está bien —suspiré—. A ver.

Me puse a leer allí mismo, de pie, sin soltar el bolso. No estaba mal, aunque el estilo y la ortografía dejaban bastante que desear. De pronto, noté cómo me rodeaba y se colocaba a mi espalda, ligeramente inclinado para poder mirar por encima de mi hombro. Me puso un poco nerviosa. No me gusta el contacto físico en general, mucho menos con tíos que no conozco de nada y, aunque no me tocó, sentí como si detrás de mí se hubiese encendido un radiador gigante. Empecé a perderme entre las líneas. Aun así, no me aparté, porque, bueno, porque apartarme implicaba reconocer que la situación me violentaba, que me hacía sentir incómoda, y eso

equivaldría a darle un poder a Carrera, y a su pavoneada masculinidad, que de ninguna manera tenía. Mucho menos sobre alguien como yo, que encima soy su profesora. Así que ahí me quedé, tiesa como un palo, haciendo esfuerzos sobrehumanos para concentrarme en la lectura, que hasta tuve que empezar a seguir las frases con el dedo para mantener la concentración.

—Perdón —dijo Diego de pronto y, ahora sí, pegando su hombro al mío y pasando su brazo por encima, señaló una línea del texto—. Esto de aquí es una cita, que se me ha olvidado entrecomillar.

Una corriente minúscula y concentrada de aire tibio me rozó el cuello cuando habló. Era su respiración. Se me erizaron todos los pelos del cuerpo. Diego olía bien, a jabón y a sudor, y el contacto de su cuerpo era firme y natural, casi envolvente. Me da vergüenza reconocerlo, pero me excité. No duró más que una fracción de segundo, el tiempo que tardé en reaccionar y apartarme con suavidad.

—Bueno, Carrera. —Le devolví las hojas con exagerada formalidad —. No está mal, aunque tienes que esforzarte más. Sigue así.

—¿Le gusta? —preguntó, entre sorprendido y avergonzado.

Un temblor casi infantil —alegría genuina, pensé— purificó su mirada.

—Sí —sonreí—. Ahora tengo que irme.

—Claro, sí, perdón otra vez.

Se marchó dándome las gracias y metí la mano en el bolso para buscar el móvil. Sin embargo, cuando levanté la vista y le vi alejándose de espaldas, reacomodándose el pantalón ese de chándal macarra que lleva siempre, reconocí un gesto que me dejó perpleja. ¿Estaba disimulando una erección o eran imaginaciones mías?

Te parecerá una estupidez, pero este incidente me rompió los esquemas. No me lo esperaba. De camino a casa no pude evitar analizar la escena y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Quizás, pensé, me había precipitado al interpretar su movimiento y sólo se estaba colocando el pantalón porque sí, porque se le había resbalado o le molestaban los calzoncillos. ¿Qué clase de calzoncillos llevaría? ¿Y si no usaba calzoncillos?

Sea como fuere, el tema empezó a obsesionarme y durante toda la semana me dediqué a intentar descifrar su comportamiento. ¿Estaba más distraído de lo normal? ¿Se me había quedado mirando fijamente en clase? Al principio me asusté, claro, por si resultaba ser yo la que lanzaba señales equívocas, pero al cabo de los días me di cuenta de que, en realidad, me sentía halagada. La idea de que un tío como Diego pudiese sentirse atraído o intimidado por mí me gustó mucho. Cada vez más.

Llevaba sin acostarme con Eduardo desde que me enteré de lo del embarazo y, aunque las últimas semanas él había hecho algún amago de acercamiento —no muy convincente, todo hay que decirlo —, esos besitos babosos y eternos, su aliento acre y caldeado, como de bayeta usada, me ponían de tan mal humor que acababa apartándole con brusquedad y ladrando alguna excusa poco convincente. No sé bien qué esperaba de él, la verdad. Eduardo nunca ha sido de esos que te agarran del culo y te empotran contra una pared. En cambio, Diego…

¿Ves? No, no, no, no. No podía ser, tenía que acabar con la tontería cuanto antes, cortar esta locura de raíz. Ingenua de mí, di por hecho que no eran imaginaciones mías y que Diego buscaría algún pretexto absurdo para presentarse en tutorías el viernes. Pero a las doce no había venido todavía. Y yo, en vez de irme a Tetuán a hacerle compañía a Alicia y olvidarme del asunto, me quedé toda la tarde en mi despacho esperando como una imbécil.

SONIA

—¿Sonia?

Casi me da un infarto ahí mismo, te lo juro. Había dejado las bolsas de la compra en el suelo para sacar las llaves y no noté que se me había acercado por la espalda. No llegué a gritar, pero se me encogió el culo del susto y se me cayeron las llaves al suelo.

—¡Por Dios! ¡Qué susto me has dado, joder!

—Perdona —se disculpó Alicia, recogiendo el llavero.

—¿Qué coño haces tú aquí? —pregunté—. ¿Qué quieres?

—Tengo…, bueno, tenemos que hablar contigo.

—¿Quién? ¿Qué ha pasado?

—Tiene que ver con… —miró a los lados y bajó la voz—, con lo del hotel.

—¡Hostia puta! —grité.

Qué coño iba a relacionarlo. Habían pasado ya varios días desde lo del hotel y, aunque todavía estaba nerviosa y seguía acojonándome por todo, esperando que apareciese la policía en cualquier momento, no se me pasó por la cabeza que la pija tuviese nada que ver con aquello. Además, tenía pinta de estar angustiada y contenta al mismo tiempo, como un psicópata. Me dio hasta un poco de miedo.

—No, no —dijo Alicia—. No tienes de qué preocuparte. He venido a avisarte.

Justo entonces abrió el portal mi vecina, una venezolana culona que siempre va en *leggins* marcando celulitis, y empezó a forcejear con el carrito del niño. Aparté las bolsas para dejarla pasar.

—Sube, anda —le dije a Alicia—. Te preparo un café.

Cuando entramos en mi piso, lo flipó en colores. Le pasa a mucha gente, no creas, en cuanto saben a lo que me dedico se les dispara el ingenio y dan por hecho que en mi casa todo es leopardo, raso y que hay consoladores fosforitos gigantes acechando por todas las esquinas. Ja.

Eso es lo peor de ser puta, ¿sabes? No acostarte con tíos que no te gustan y tener que fingir que lo estás disfrutando, ni los momentos de pánico, en los que un cliente se pone agresivo y estás sola y crees que pierdes el control de la situación, ni tampoco esa condescendencia repugnante con la que te tratan algunos, que parece que se olvidan de que los que han tenido que pagar para follar son ellos, no tú. Esto es feo, sí, aunque no es lo peor. Lo peor es cómo afecta a tu vida. A tu vida normal, me refiero, cuando te relacionas con gente que no tiene nada que ver con este mundo y se enteran de cómo te ganas la vida.

Lo mires como lo mires, ser puta está muy mal visto. En cuanto lo cuentas, empiezan las vergüenzas, o peor, esas miraditas de pena lánguidas. Ridículo. Como si ser puta fuese una enfermedad terminal y contagiosa. Como si fuera algo malo. Pero en fin, que yo no soy

quién para educar a nadie. Yo sólo quiero vivir tranquila y que me dejen en paz.

—¿A ver, maja, de qué querías avisarme? —pregunté.

Había puesto una cafetera, vaciado las bolsas de la compra y nos acabábamos de encender un *piti*, sentadas a la mesa de la cocina.

—Begoña nos ha dicho que la policía te busca —explicó—. Por lo visto, te vieron con un hombre en el hotel en el que trabaja y ahora está muerto.

—Yo no lo maté.

—¡No! ¡No! ¡No he dicho eso! Y tampoco te buscan por eso.

—¿Ah, no?

—Bueno… Begoña dice que necesitan que testifiques. Nada más.

—Una polla como una olla.

Alicia suspiró y se quedó callada un momento, mirándose las manos. Me levanté a servir el café.

—Si te escondes —dijo con un hilillo de voz—, pensarán que tienes algo que ver. En cambio, si te presentas voluntariamente a testificar…

—Vamos a ver, Alicia. —Me senté y le puse su taza delante—. ¿Tú te has caído de un guindo? No te haces una idea de cómo trata la policía a la gente como yo. ¿De verdad te crees que sólo quieren que pase a saludar y que luego me van a dejar en paz?

—Pero si no has hecho nada malo…

—Pues precisamente por eso —interrumpí—, no me van a ver a mí el pelo por comisaría.

—Está bien —dijo—, como quieras.

Me dio un poco de pena la chiquilla. Cuando me contó que había estado vigilando la calle toda la semana, me entraron remordimientos por haberla tratado tan mal. No ese día, sino cuando me trajo a casa, que le tomé el pelo a base de bien. No me dijo nada, pero sabía que le había dolido. Se le notaba en sus ganas de agradar. Le saqué unas galletas.

Se quedó por lo menos una hora más, de cháchara insustancial. Hay que ver lo que rajan las pijas, oye. Cuando por fin se levantó para irse, la acompañé a la puerta y le di las gracias por haber venido.

—No hay de qué —contestó—. Les diré a las demás que ya estás avisada.

—Que te vaya todo bien —dije.

—Gracias —sonrió—. A ti también.

Te juro que pensé que no volvería a verla nunca más.

BEGOÑA

Ramón se cogió vacaciones la semana siguiente al incidente del hotel. Yo me enfadé, porque no nos lo podíamos permitir, pero él dijo que estaba preocupado por mí y no quería volver a dejarme sola enseguida después de cómo me había afectado lo del hotel.

Los niños estaban encantados y yo también tendría que haber estado contenta y eso, porque la verdad es que, cuando está en casa, no tengo que andar corriendo tanto de un lado para otro, que si el trabajo, los niños, la compra, la comida, las lavadoras y toda la casa así en general, que parece que no, pero entre pitos y flautas no paro en todo el día. Y, bueno, no es que no me alegrase de tenerle allí esos días, lo que pasa es que no era el mejor momento.

Entienda que yo estoy acostumbrada a organizarme como mejor me viene. Paso mucho tiempo sola, sin tener que darle explicaciones a nadie y eso, con Ramón en casa, era imposible. No porque me vigile ni nada de eso, que él siempre ha sido de lo más confiado, pero desde lo que pasó, o mejor dicho, desde lo que hice me siento intranquila cuando está cerca. Me da miedo meter la pata, ¿sabe? Me paso el día en guardia y eso pues ya se imaginará que acaba desgastando.

Al principio, todo lo que me pasaba podía achacárselo a lo del hotel, aunque, según iban pasando los días, yo misma me daba cuenta de que empezaba a sonar raro, hasta exagerado, estar así como estaba por algo que ya ni era el tema de conversación principal entre mis compañeras.

Una noche, durante la cena, Ramón soltó la gota que colmó el vaso. De pronto se puso a hablar de Andrés. Dijo que le extrañaba que hubiese dejado de llamar, que llevase tanto tiempo sin pasarse

por casa ni dar señales de vida. Antes de…, bueno, de eso, venía casi a diario y, aunque solía desaparecer cuando se echaba novia, a las pocas semanas siempre reaparecía, unas veces para presentárnosla, otras para quejarse de que le había dejado tirado.

—Echando cuentas —dijo Ramón—, hace casi tres meses que no sabemos nada de él. ¿No te parece raro?

A mí se me había puesto un nudo en la garganta al escuchar su nombre y contesté encogiendo los hombros. Quería que cambiase de tema, así que le pregunté por las lentejas. Por poco le muerdo cuando me dijo que estaban sosas.

—Mujer, no te pongas así —se asustó—, si están buenas. Qué digo, buenísimas, de verdad. Mira, mira, que me pongo más. Mmmmmmmm. ¡Riquísimas!

Después, viendo la tele en el sofá, me abrazó cariñoso y me preguntó que qué me pasaba en realidad. Que si estaba enfadada por algo o cansada. Hasta me pidió perdón por pasar tantos días fuera de casa y dejarme a mí con todo el follón. ¿Ve? Si es que ya se lo he dicho, que mi Ramón es muy bruto, pero muy buen hombre y con estas cosas me desarma. Ay, mi Bego, me decía, apretujándome fuerte. Se me había olvidado lo mucho que me gusta que Ramón me apretuje. Me encanta. Además, que es que yo no estaba enfadada con él, ni motivos tenía.

Lo que pasa es que, no sé, estaba como harta de todo. Desde que salí de la clínica, se suponía que ya no tenía que preocuparme por nada, pero todo había empezado a parecerme mal, todo me molestaba: Conchi, la de la panadería, que es una criticona y te vende el pan del día anterior como si fuera fresco; la bruja de doña Herminia, siempre quejándose: que si los niños hacen ruido, que si el patio huele a fritanga cuando cocino, que si —con retintín— Manuel pasa demasiado tiempo en mi casa; Gladys, que se pone las cremas de las clientas cuando hace sus habitaciones y se prueba su ropa, sin darse cuenta del compromiso en el que me pone, porque a mi edad yo no me puedo permitir perder ese trabajo. Y así todo, que yo normalmente me callo y aguanto el tipo, porque que el resto de la gente sea maleducada, o mala, no te da derecho a serlo tú también.

Por lo menos es lo que me había enseñado mi madre, que en paz descanse. Recuerdo cuando era pequeña, no muy pequeña, once o doce creo que tenía, que nos llevó al cine el padre de mi amiga Elvira, del colegio. Elvira tampoco tenía hermanas y sus padres se acababan de divorciar. Me acuerdo porque no fue él el que se marchó con otra —como era lo habitual en aquella época—, sino su madre la que le echó de casa, y eso por aquel entonces era un escándalo. A ella le hicieron el vacío y él se convirtió en algo así como el mártir del barrio. Todas las madres comentaban la pena que les daba, tan solo, y algunas le llevaban *tuppers* con croquetas y tortilla de patatas. El día que llamó al timbre para invitarme al cine, con Elvira de la mano, mi madre le dijo que sí y, aunque era sábado, insistí tanto que acabó consintiendo que me pusiese el vestido de los domingos. A mí, al contrario que a las demás, la madre de Elvira me caía bien, pero nunca había ido al cine y estaba emocionada. Yo era una niña y los niños, pues ya se sabe, no entienden de lealtades.

De la película no me enteré bien, sólo tengo imágenes sueltas, porque me pasé el rato revolviéndome en el asiento y no llegué a terminar de verla. No eran los nervios, sino la mano del padre de Elvira, que primero estaba en mi rodilla y que, poco a poco, fue subiéndome por entre los muslos. Al principio pensé que era por torpeza, ¿sabe? Que sólo quería ser simpático, hacerme cosquillas y esas cosas. Aunque había algo, no sé cómo decirle, yo era una niña y no entendía bien lo que estaba pasando, pero no me gustó y, cuando no pude aguantarlo más, salí del cine y corrí hasta mi casa. Fue mi madre la que abrió la puerta.

—Bego, cariño —dijo, cuando dejé de llorar y le conté lo que había pasado—. Te dije que no te pusieras ese vestido.

—Pero, mamá…

—Hay hombres —me interrumpió— que no saben estar solos y, cuando lo están, no pueden estarse quietos. Tú ya no eres tan niña, tienes que tener cuidado de no confundirles. ¿Entiendes?

—No —contesté.

—Bueno, ya lo entenderás cuando seas más mayor. Ahora vamos a ir a pedir perdón. Es de muy mala educación dejar plantado a alguien cuando te invita.

—Pero, mamá —lloriqueé—, no quiero ir. Me da miedo.

—Bego, que la gente se comporte de una forma no te da derecho a eludir tu responsabilidad y mucho menos a ser maleducada. Lo que has hecho está mal y lo sabes. Como se entere tu padre…

Así que lo hice, qué remedio. De la mano de mi madre, tuve que pedirle perdón al padre de Elvira, apretando los dientes de la rabia que me daba. Prefería morirme antes que avergonzar a mis padres y, bueno, ya sabe, ahora está de moda que la juventud sea rebelde, pero por aquel entonces una niña respondona y acusica era casi una desgracia. Me callé y aguanté el tipo, también cuando Elvira se fue quedando sin amigas y su madre y ella tuvieron que irse del barrio. Y así he seguido toda mi vida, calladita y educada. Formal. Pero ¿sabe qué? Que estoy harta ya. Hasta la coronilla.

RAMÓN

Ya sé que Bego parece muy tranquila, muy recatada, pero en el fondo es un volcán. Te lo digo yo, que llevo casado con ella la tira de años. Camino de los veinte vamos, para que te hagas una idea, que la conozco mejor que nadie. Hasta sin conocerla, no hay más que ver cómo lleva la casa, los niños, las cuentas, trabajando como una mula y encima ayudando a los demás, porque es que Bego es así, sale disparada en cuanto alguien necesita algo.

Mira a Manuel, que le tiene casi adoptado. Y no se queja, fíjate lo que te digo, nunca en mi vida la he oído decir que estaba cansada. Ni cuando ha estado enferma o recién parida, que además eran cesáreas lo que le hicieron las dos veces. Ya no parece tanto, sólo tiene una rayita en la tripa, pero al salir del hospital…, madre mía, aquello era tremendo. Yo me mareaba si le veía los puntos y ella tan alegre, a los tres días ya andaba trajinando por la cocina como si nada. Un volcán, mi Bego, ya te lo he dicho.

Y guapa a rabiar. Eso que no se arregla mucho ni se maquilla nunca, pero ni falta que le hace porque es un bellezón. Y con la edad incluso ha mejorado. A mí me tiene loquito. Mira, si hasta llevo su foto en la cartera, porque me gusta mirarla cuando estoy lejos.

Mira qué tipo, qué piernas más bonitas tiene. Y esas arrugas que tiene en los ojos, las que salen al sonreír, ¿cómo se llaman? ¿Cómo? ¿Patas de gallo? ¿Me estás tomando el pelo? Pues vaya nombre, con lo feas que son las patas de los gallos, que es lo más feo que tienen de todo el cuerpo, eso y los ojos. Vamos, ni que lo hubiesen hecho a propósito. Con ese nombre no me extraña que las mujeres las odien y se gasten un dineral en cremas. A mí me encantan las arruguitas de Bego alrededor de los ojos, cuando se ríe le salen muchísimas. Está guapísima cuando se ríe.

Pero lo que te iba diciendo, que Bego no es tonta ni modosita. Como le toquen los cojones, más vale ponerse a cubierto porque muerde. Puf, no te imaginas cómo se puso porque le dije que las lentejas estaban sosas. No se lo dije a mal, no creas, que yo no le critico nunca cómo lleva la casa ni lo que cocina. Bastante me parece llegar y tener un plato de comida casera preparado, me doy con un canto en los dientes. Pero es que lo dijo ella.

—Creo que me han quedado sosas las lentejas —dijo.

—Un poco, sí —contesté.

Más que nada porque tonta no es. Si ella misma se ha dado cuenta de que le han quedado sosas, no la voy a engañar yo, ¿no? De todas formas, estaban buenísimas, aunque eso ya no me lo creyó y estuvo de morros toda la noche. Por la mañana se le había pasado un poco, pero a mediodía se le quemaron los filetes y a partir de ahí fue todo cuesta abajo.

Yo me tuve que marchar el lunes siguiente con el camión y, si te digo la verdad, me fui algo preocupado. No sólo me había contestado mal a mí sin venir a cuento, es que también había empezado a soltarle impertinencias a todo el mundo. A Conchi, la panadera, le dijo que era una estafadora y que tendría que darle vergüenza; a doña Herminia la mandó a hacer puñetas cuando subió a quejarse de los niños; a la profesora de Toño, que mandó una notita diciendo que el niño está en las nubes y no lleva las tareas hechas, la llamó y le dijo que es que le mandaba muchas, que para lo que cobraba ya podía esforzarse más y enseñarle las cosas en el colegio, no dejarlas para casa. Y así, uno detrás de otro, los iba

apuntando en una especie de lista negra mental. Y ha vuelto a fumar, que no me lo ha dicho, pero se lo he notado.

No es que yo pensase que fuera a hacer algo malo, eso no, Bego es muy cumplidora y, sobre todo, muy buena persona. Tiene un corazón de oro. Lo que me daba miedo es que le diese una crisis o algo. He visto en el internet ese que a su edad podría ser una cosa de mujeres que se llama menopausia, que por lo visto no es grave, aunque se pasa mal y se necesita mucho cariño y un poco de tiempo para acostumbrarse. No sé cuánto, eso no lo ponía. Yo me cogí una semana de vacaciones, pero por lo visto dura más que eso y, cuando tuve que volver al trabajo, me dio no sé qué dejarla sola otra vez con todo.

Normalmente, si necesito que alguien nos eche una mano, al que llamo es a Andrés, que es amigo de toda la vida y como de la familia, que viene a casa hasta cuando yo no estoy. Pero no sé qué ha pasado con él, debe de haberse echado una novia de aúpa que le tiene encoñadísimo, porque hace como tres meses que no le vemos el pelo por casa. Así que, bueno, llamé a Manuel para que estuviese pendiente. No es mal chaval, el Manuel. Bastante maricón, es verdad, que a mí al principio me daba un poco de asco, qué digo, mucho asco y no me hacía ni pizca de gracia que subiese tanto a casa, y mírame ahora, llamándole para estas cosas.

En fin. A ver si se le pasa pronto a Bego la menopausia o lo que sea que le está pasando. En cuanto vuelva a tener un par de días libres, me la llevo a cenar por ahí y a bailar, que sé que le encanta.

5

Lola

Digamos que no fue la mejor semana de mi vida. El fin de semana ya fue malo, empezando por el viernes, que lo había perdido entero dando vueltas por mi despacho como un tigre encerrado, cada vez más nerviosa, más paranoica, hasta que no me quedó otra que asumir que Diego no vendría. Me marché de allí derrotada. Llegué a casa tardísimo y de tan mala leche que Eduardo se asustó y empezó a hacerme la pelota. ¿Estás bien? ¿Te encuentras mal? ¿Tienes hambre? ¿Te preparo un tofu?

—Me va a venir la regla —mentí—. No tengo ganas de nada.

Me fui directa a la cama, con un libro que no llegué a abrir y el móvil escondido en el bolsillo para cotillear el perfil de Facebook de Diego. Un planazo, vamos. A las once, Alicia intentó llamarme, pero no le cogí el teléfono. Me mandó un WhatsApp contándome que había encontrado a Sonia y que esta no pensaba ir a comisaría. Le contesté: «Allá ella. Avisada está». Apagué el teléfono sin esperar respuesta y me dispuse a dormir. Mañana será otro día, pensé, antes de cerrar los ojos.

Ja, menuda ingenua.

El sábado salimos a cenar con Berta, su flamante recién nacida y Juanma, su pareja, un biólogo sosito que ejerce de padre con tanta ternura y delicadeza que da grima. Que a mí me parece estupendo que se implique, ojo, yo siempre he abogado por la corresponsabilidad y el reparto equitativo en el hogar y la crianza como fundamento y punto de partida hacia una sociedad más igualitaria y feminista, pero no hace falta ser un cursi para hacerlo bien, ¿no crees? Digo yo, vamos, que la gracia del asunto es precisamente que se normalice, no que se inviertan los papeles. Que es que tenías que haberle visto, en serio: qué carantoñas le hacía,

qué caras ponía, cómo le hablaba al bebé. Puf, no quiero ser frívola, pero es que te juro que parecía retrasado mental. Sólo le faltaba abrirse un *blog*.

—Aunque suene a topicazo, os diré que la paternidad me ha abierto los ojos a un montón de cosas —dijo Juanma.

—A mí también —continuó Berta—. Nunca pensé que diría esto, pero es que es lo mejor que me ha pasado en la vida. Por fin me siento completa, conectada con mi cuerpo, mamífera… Lo llego a saber y me animo mucho antes, porque es que no exagero, es lo más maravilloso que…

—Me alegro —interrumpí, porque llevaba media hora escuchándoles monologar a dúo sobre el tema y no podía más—. Se os ve muy contentos.

—Gracias. —Berta sonrió, desviando la mirada y embobándose con su bebé, que descansaba con placidez en brazos de su amanerado y sobreprotector papaíto.

Nos quedamos todos en silencio. Un silencio de esos incómodos, en el que me dediqué a dar tragos a mi cerveza mientras barajaba mentalmente el repertorio de temas comunes con la esperanza de encontrar rápido uno adecuado, manejable y poco comprometido que nos salvase el resto de la cena y evitase una catástrofe. Pero Berta se me adelantó.

—¿Y vosotros? —preguntó, melosa—. ¿Seguís sin querer tener hijos?

Eduardo, que había permanecido callado y con cara de tener el culo lleno de hemorroides durante la verborrea hiperglucémica de la parejita, dio un respingo en su asiento. Yo no, porque conozco a Berta y lo estaba viendo venir. A medida que parían, mis amigas entraban a formar parte de una especie de secta de zombis prosélitas que intenta expandirse y captar adeptas a golpe de sonrisas bobaliconas y esas tetas hinchadas y preciosas que se sacan orgullosas a la primera de cambio. Por supuesto, Berta no iba a ser una excepción. En ese momento me alegré muchísimo de no haber recurrido a ella cuando me quedé embarazada; ahora estaría acariciándome la *tripita* y hablando de las ganas que tenía de verle

la *carita* a mi *garbancito*. Dios, me entran escalofríos sólo de pensarlo.

—Estamos bien así, gracias —contesté.

Muy a mi pesar, debí de sonar más incómoda que borde, porque Berta me dedicó una mirada llena de lástima. Entendió que no podíamos o que Eduardo, que se levantó precipitadamente para ir al baño por enésima vez, no quería. Y, si te digo la verdad, aunque no me gustó nada sentirme compadecida —Oj, lo que me costó no mandarla a la mierda cuando, frunciendo la boca y el gesto triste, me apretó el brazo—, por lo menos no volvieron a sacar el tema en toda la noche.

Ya en casa, a oscuras en la cama, Eduardo buscó mi mano por encima del edredón.

—Oye, Lola… —dijo—. Sabes que a mí no me hubiese importado tener un hijo contigo, ¿verdad? —Se giró hacia mí sin soltarme. Yo no me moví—. Si has cambiado de opinión, podríamos intentarlo. Lo que pasa es que a mi edad no sé si…

—Déjalo, Eduardo. En serio.

—Tú todavía estás a tiempo. Si es importante para ti, podemos buscar una manera.

No dije nada. Le devolví el apretón durante un par de segundos antes de soltarle la mano y volverme de espaldas. Pero es que, ¿qué se supone que tendría que haberle contestado? ¿Gracias? Siempre he tenido claro que no quería tener hijos y Eduardo jamás me lo había cuestionado. ¿Por qué lo hacía ahora?

Nunca le había parecido raro: éramos las nuevas generaciones, éramos libres. En teoría, habíamos superado los tabúes de nuestros padres, follado como locas, defendido el derecho al aborto, a convivir en pareja, a vivir como nos diese la gana. Y, de un tiempo a esta parte, más o menos desde que habíamos cumplido los treinta, todas parecían enloquecidas por una especie de prisa existencial, la última oportunidad para desdecirse, el miedo a que, ahora sí, se te pasase el arroz. ¿Estás segura? ¿Estás segura? ¿Estás segura de verdad? En las miradas de la gente que me rodea, sobre todo de las mujeres, ha aparecido un destello de advertencia, o de pena, esa amenaza de arrepentimiento tardío, como si estuviese a punto de

cometer un terrible error y las consecuencias fueran a ser ineludibles y devastadoras. Ten un hijo por si acaso. Vaya estupidez. Nunca entenderé por qué tienes que ir justificándote si no quieres tener hijos y, en cambio, nadie te pide que des explicaciones de por qué sí los has tenido.

Para colmo, ahora la bestia del victimismo se había despertado en Eduardo. Que vale que ya me tenía hasta los ovarios últimamente y que esos historiales de búsqueda borrados me habían puesto la mosca detrás de la oreja, pero es que no te imaginas qué semana me dio. Todo el santo día paseando esa falsa nobleza, en plan yo estoy dispuesto a todo, eres tú la que tiene que tomar una decisión. Oj, de verdad, ¿eh? Lo que me faltaba ya. Cuánto imbécil suelto y qué pocas balas.

ALICIA

Me sentí un poco abandonada. Aunque suene exagerado, esa es la palabra. De Sonia no esperaba que me recibiese con los brazos abiertos y me confesase sus miedos, tonta no soy. Además, tampoco habría sabido bien cómo reaccionar. Me resultaba muy incómodo su…, bueno, que se dedique a eso, ya sabes a lo que me refiero. Pero de Lola la verdad es que sí que me esperaba otra cosa. Después de haber estado superpendiente toda la semana, mandándome mensajes y llamándome por las noches, me sorprendió, o más bien me decepcionó que, de pronto, se cerrase tan en banda. Es que ni siquiera me cogió el teléfono cuando la llamé. Se limitó a contestar con un mensaje de lo más cutre. No sé, pensé que le importaba algo y me dolió mucho darme cuenta de que sólo me había estado utilizando.

Así que nada, ¿qué iba a hacer? Después de un fin de semana de mierda encerrada en casa con mis padres, el lunes me rendí y llamé a Cris. Estaba superenfadada.

—Estamos todos flipando contigo —dijo. Hacía bueno y habíamos quedado en el Retiro—. O sea, de la noche a la mañana desapareces

durante no sé cuánto tiempo, no llamas ni pisas el parque, dejas de salir, a mí me dejas tirada con tu entrada para la *rave…*

—Te la pagaré —interrumpí.

—No es por la pasta, Ali. Joder, tía, que somos amigas, ¿no? A mí me puedes contar lo que sea, no se lo voy a decir nadie.

—…

—Yo te cuento todas mis movidas con Miki, ¿no?

—Tienes razón, Cris. Lo siento. Pero es que no me pasa nada, de verdad. Es sólo que no quiero seguir con el rollo de siempre y, además, no me apetece ver a Luis.

—¡Sabía que era por él!

—Ya.

—Bah, tía, no te rayes. No merece la pena. Verás como un día de estos acaba arrastrándose a tus pies.

—Es un gilipollas —dije.

—Integral.

Me ofreció el porro con parsimonia, sonriendo, como si con ese gesto ampuloso formalizáramos un tratado de paz. Y así consumimos el resto de la semana, fumando y escuchando música, dejando que pasasen las horas regodeándonos en nuestras hazañas más dementes. Qué de locuras habíamos hecho, cómo habían flipado todos, cómo molábamos.

Te parecerá una tontería, pero después de las semanas que llevaba necesitaba urgentemente un chute de vanidad, aunque fuese a golpe de autoengaño. Cuando llegó el viernes y Cris dio por hecho que volvíamos a las andadas, no pude negarme. Fuimos al Deep.

Primero unas copas, luego una rayita, después otra, media pastilla —o quizás era una entera—, otra más, la euforia excesiva con Cris, con Miki, con Luis, con el Rulas, con todos. Hasta con Bárbara, que se lanzó a abrazarme nada más verme aparecer. Sonreíamos mucho, en comunión absoluta con el resto de drogados del garito: todos nos queríamos, todo era buen rollo y a mí, me dijeron, me habían echado mazo de menos. Yo ya sabía que eso era mentira. En el fondo, creo que todos lo sabíamos. Sólo hacía falta observar cómo, en cuanto el efecto amenazaba con disminuir y desvanecer el encanto, nuestro entusiasmo chillón se convertía en ansiedad

egoísta y sólo queríamos más, ya, enseguida, a cualquier precio. Más rayas, más pastillas, más copas. Que dure, que no se acabe nunca.

Si te soy sincera, te diré que sólo he disfrutado de verdad de las drogas al principio: la hipersensibilidad y el placer y el miedo. Sobre todo el miedo, porque no controlas lo que te está pasando, no lo puedes parar y, cuando lo hace, cuando por fin lo hace, el alivio se mezcla con el recuerdo idealizado y piensas, uf, ha sido alucinante, lo más increíble que me ha pasado en la vida. Los problemas aparecen más tarde, porque lo tienes al alcance de la mano: estás a un tiro o a una bombita insípida de MDMA para sentir lo mismo, para sentirlo más y mejor que la última vez. Y lo haces, claro, ¿por qué no? Es una noche, has salido a pasártelo bien y con esto es como mejor te lo pasas. No importa que sea un botellón en el parque, un bar cutre de Malasaña, el baño húmedo de un garito abarrotado, una casa o un *parking*, las drogas pueden convertir cualquier escenario y cualquier compañía, a ti mismo, en algo especial y divertido, en algo memorable.

Supongo que por eso, una vez que te acostumbras a estar arriba, a verlo todo desde allí, no quieres bajar. Sabes que después no hay nada. Entonces dejas de aguardar con pánico —un pánico exultante, prometedor, como si estuvieras sentada en una montaña rusa a punto de arrancar— la subida, para empezar a hacerlo con la bajada. Esa sensación de angustia cuando se te ensanchan los pulmones y no terminas de llenarlos por muy hondo que respires, esas dos horas que han pasado en lo que a ti te ha parecido medio minuto, la pista de baile que se ha vaciado y tu piel de gallina, tirante y pegajosa, adormecida por la sobredosis de impresiones. Llega un momento en el que todos tus esfuerzos se concentran en acechar los síntomas de la sobriedad, vigilar esas grietas de objetividad que te asaltan, de pronto, en la soledad de una pista de baile abarrotada de zombis. Esa es la razón por la que el apogeo de las noches acabaron siendo las mañanas, un grupo reducido en casa de alguien, las cortinas cerradas, la música a tope y esa avidez codiciosa por que te regalen los oídos.

Ese sábado tocó en casa de un amigo de la facultad de Miki, que vivía por Alonso Martínez y estaba sin padres ese fin de semana. No sé qué hora era, pero tarde por la mañana, porque habíamos tenido que cerrar las persianas por culpa del sol. Cris y Miki habían desaparecido en alguna de las habitaciones y yo ya estaba planteándome irme a casa cuando, al salir del baño, Luis me abordó en el pasillo. Me había estado esperando.

—Ali, *guapísssssima* —dijo, agitando su copa en la mano. Tenía una papelina sujeta entre los dedos y le bailaba mucho la mandíbula —. ¡Qué de puta madre que hayas venido, en serio! ¡Qué buen *rrrrrollo*!

Era la enésima vez que me lo decía aquella noche. Hice amago de reírme para hacerme la interesante.

—¿Quieres un tirito? —preguntó.

Se inclinó hacia mí, amenazante, con esa mirada de depredador astuto que me desarma. Es muy difícil no dejarse arrastrar por el deseo de convertirse en el punto débil de alguien como él, tan inaccesible y tan peligroso.

—Vale —claudiqué.

Nos encerramos en la habitación del tal Nico, el dueño, nos pusimos unos tiros, nos terminamos su copa y, como era de esperar, Luis me entró enseguida. Yo estaba dispuesta a dejarme hacer lo que fuera, como siempre, pero pasaban los minutos y él seguía besándome con los calzoncillos puestos. En un fogonazo de lucidez, advertí una ferocidad nueva, diferente, un ensimismamiento extremo que me hizo sentir incómoda. Era como si no estuviese allí, como si yo no existiese. Cuando le agarré la polla, todavía blanda y moldeable como un globo de agua, me apartó la mano con rabia.

—¿Qué pasa? —pregunté, desconcertada.

—Uf, voy muy pedo. —Se sentó en la cama, sujetándose la cabeza con las manos, aunque se levantó enseguida y, sin mirarme, dijo—: Espérame aquí que ahora vuelvo.

Salió del cuarto y se metió en el baño. Pero yo no le esperé. En cuanto me quedé sola en aquella habitación oscura, caliente y extraña, la sensación de soledad se me hizo tan insoportable y me dio tanta pereza lo que sabía que iba a pasar cuando volviera que

me vestí a toda prisa y me marché de allí a la carrera, sin despedirme de nadie.

LUIS

Hostia qué palo, colega. No me había pasado nunca, te lo juro por Dios. Vale que iba muy pedo y que llevábamos de fiesta desde el jueves sin parar, pero aun así. No habría sido la primera vez que echaba un polvo en esas condiciones, hasta el culo de todo. Incluso en peores me ha funcionado sin problemas. Por eso no me lo explico. Vamos, es que ni siquiera lo vi venir. ¡Si estaba cachondo!

De hecho, había estado toda la noche de bailoteos guapos con todas las tías buenas del garito, que hasta le di un par de muerdos a una pava que conocí en la puerta del baño y casi consigo que me la chupe allí mismo. No llegué a bajarme los pantalones porque la muy calientapollas se rajó en el último momento, pero por mi madre que se me puso dura como una roca. Luego es verdad que estuvimos más de tranqui en casa de Nico y que le estuve dando a tope a las bombitas y al *speed,* puto *speed* de los cojones, pero seguía con un calentón de la hostia. Por eso le pedí la papelina al Rulas antes de ir detrás de la Ali.

Y ahora qué palo, joder.

No, claro que no se lo he contado a nadie. ¿Estás flipando? Se iban a estar descojonando de mí el resto de mi puta vida. Y menos mal que fue con Alicia y no con otra de las que me suelo follar de la Mora, que si no…

Por lo menos Ali es una niñata y no tiene ni puta idea de nada. Me agarró la polla, pero creo que no se dio cuenta de la movida. O eso espero, por lo menos. Cuando vi que aquello no reaccionaba ni a hostias, antes de dejar que me la tocara más y se pispase, me fui al baño a ver si conseguía levantármela yo solo con una paja. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero no hubo manera.

No sé cuánto tiempo estuve ahí encerrado y tampoco tenía muy claro qué pensaba decirle cuando salí. Supongo que nada en especial, que necesitaba otra copa o un tiro, cualquier excusa para

cortar el rollo y que saliese del cuarto, que dejase de esperarme con esa cara de mujer fatal y esos ojos de corderillo enamorado que me pone siempre que nos vemos. Así que, bueno, no te voy a mentir, fue un alivio ver que ya se había marchado y que no tenía que hacer el canelo. Estos, bah, como están acostumbrados a este tipo de rollos, no me preguntaron nada cuando volví al salón.

Más tarde sí que me entró un poco de bajón y empecé a emparanoiarme. Que no es que a mí Alicia me importe mucho, ¿eh? No te vayas a pensar que lo hago porque quiero quedar bien con ella. A ver, no me entiendas mal, es de buen rollo y eso, y antes me lo pasaba teta con ella, era supergraciosa y estaba como una puta cabra. Se ponía hasta el culo de todo, más que yo casi, que hasta machacaban las pastillas para esnifárselas, ella y Cris. Molaban mucho. Pero no sé qué cojones pasó, que de un día para otro dejó de salir, de ponerse y hasta de venir al parque. Nadie sabía por qué. Ni siquiera la Cris, y eso que son supercolegas.

Un día, de camino al parque de abajo me las encontré a las dos en el rugby, metidas en el coche fumando petas. Fui a saludarlas y les pregunté que si venían. Cris, normal; pero Ali se pasó toda la tarde con un careto que cortaba todo el rollo. Yo intenté hablar con ella y eso, le hacía las bromas de siempre, y la tía pasando millas de mí. Que le den por culo, pensé, y empecé a pasar de ella yo también. Total, para lo que la veía.

Y ahora justo vuelve a salir una noche de superbuen rollo y me pasa esto. Manda huevos. Esto no puede quedar así. Por lo menos una vez más me la tengo que tirar, que luego no quiero que le vaya con el cuento a su hermanita, la diva del perico, y me joda la reputación, que esa sí que sabe pasárselo bien y tiene un polvazo.

SONIA

Estaba cortando patatas para hacer una tortilla cuando sonó el telefonillo. Vaya susto me pegué, joder, no me rebané un dedo de puto milagro. Desde que murió la Geli no pasa nadie por aquí. No es que eche de menos el barullo en casa, que con ella esto parecía el

coño de la Bernarda. Invitaba a todo el mundo a comer, a tomar un café, a lo que fuese. Lo que nos hemos peleado por eso, que yo no hacía más que quejarme porque me lo ponían todo perdido.

—Alegría, Sonia, alegría —me decía ella, exagerando ese acento andaluz que me daba risa—. Con la *jartá* de mierda que hay en el mundo, déjame disfrutar de la gente bonita por lo menos.

Y yo la dejaba, qué remedio. Con Geli y su metro noventa no podía nadie. Bueno, eso pensaba yo hasta que se tiró a las vías. O la empujaron, vete tú a saber. A toro pasado, me doy cuenta de que no volvió a ser la misma después de la paliza que le dieron aquellos hijos de la gran puta, pero te juro por lo que más quieras que todavía no me entra en la cabeza que se rindiese. Y mucho menos así, con lo presumida que era, que no salía a la calle sin maquillar ni aunque la matasen. Además, se supone que la amargada era yo, no ella. Me llamaba la *estreñía* por las caras de pedo que ponía, con eso te digo todo. Y ni una nota me dejó la muy zorra.

En fin.

Desde entonces, en esta casa sólo llama al telefonillo el del butano, y los sábados, que yo sepa, no reparten bombonas. Me entró el acojone pensando que podría ser la policía, así que apagué la radio y todas las luces y me quedé muy quieta, esperando que se cansaran. No me atrevía ni a asomarme a la ventana. Al cabo de un rato, lo que sonó fue el timbre de la puerta. Casi me pongo a llorar de la angustia, hasta que escuché una vocecilla que me llamaba:

—¿Sonia? ¿Estás en casa? Soy Alicia…

Hostia puta, la madre que la parió. Lo que me faltaba ahora, la jodida pija acosadora. Abrí la puerta dispuesta a mandarla a paseo, pero cuando vi la cara que traía no me quedó otra que dejarla pasar. Aunque lo disimule bien, tengo mi corazoncito.

—Nena —le dije, cuando nos comimos la tortilla y me contó lo que había pasado—, eso ha sido un gatillazo como la copa de un pino.

—¡Ostras! —Se tapó la cara con las manos—. ¡Qué vergüenza!

—¿Vergüenza tú?

—Sí… —contestó—. Bueno, no sé, ¿tú crees que se la tendría que haber chupado?

—Ni de puta coña, pichona. Después de doce horas de fiesta debía de tenerla supersudada. Y a saber las veces que había meado esa noche.

—¡Dios! ¡Qué asco! —Se rio—. Nunca había pensado en eso.

—Casi nadie lo hace. Ni siquiera ellos, y mira que es suya. Se lavan las manos después de mear, como si las bacterias y la suciedad estuviesen en sus calzoncillos y no en todo lo que han toqueteado antes de sacarse la chorra.

Alicia se reía como una loca, haciendo aspavientos y secándose las lágrimas. Hacía mucho tiempo que no hacía reír a nadie y, aunque la sensación me gustó, también me puso un poco triste.

Más tarde, Alicia preguntó si se podía quedar a dormir. Yo no tenía que trabajar ese día y le dije que sí. Tenía resaca, dijo, había vuelto a drogarse a lo bestia después de ¿cuánto? Dos meses, me parece que dijo. Vaya cagada, de verdad. De todas formas, yo es que soy muy antidrogas. Hasta el Gelocatil me lo tomo con cuentagotas. Sé que suena raro, porque en mi profesión es habitual: muchas chicas las utilizan para darle un empujoncito a sus escrúpulos y desinhibirse. Y yo, hasta cierto punto, lo entiendo, no creas, no siempre es fácil convivir con este trabajo. En la tele sólo sacan a víctimas de trata o a putas orgullosas, ya sabes, mujeres jóvenes y guapas que dicen que lo hacen porque es lo que quieren y lo disfrutan. Pues bueno, no seré yo quien diga que eso no existe, porque existe, claro que existe, pero es como si no hubiese más categorías que esas dos y en medio nada. Si no te están obligando a punta de pistola, es que te tiene que encantar, así que no te puedes quejar. ¿Tú te imaginas eso en cualquier otro trabajo? No, ¿verdad? Pues eso. Y te aseguro que las que pululamos por el medio somos mayoría.

Esto no se lo dije a Alicia, claro, se notaba que el tema le incomodaba y, además, para qué, si a su edad y con esa vida no lo iba a entender. Ni falta que le hace. Sacó el tema del hotel un par de veces, porque quería ayudar, dijo, y no entendía por qué no me dejaba.

—Pero, Sonia —volvió a insistir el domingo por la mañana—, si le han hecho una autopsia, y seguro que se la han hecho, ya deben de

saber que no ha sido por tu culpa. ¿Qué te cuesta acercarte a comisaría y contar lo que ha pasado? ¿Qué te van a hacer? Si quieres, yo te acompaño.

Ay, qué ternurita me dio en ese momento. Qué inocente era la pobre.

—Alicia… —suspiré profundamente antes de continuar—: Hay una cosa que no sabes…

BEGOÑA

Pensé que en cuanto Ramón volviese al trabajo y me quedase sola otra vez se me pasarían la angustia y las malas pulgas, pero me equivoqué de cabo a rabo. Para colmo, Manuel me confesó que había recibido instrucciones para echarme una mano y, de paso, un ojo.

—Entiéndelo, mujer. Está preocupado por ti —me dijo—. Y, si te digo la verdad, yo también empiezo a estarlo.

—Pues ya ves que estoy perfectamente.

—Si tú lo dices…

Después me sentía mal, porque sabía que no estaba siendo justa. Se notaba a la legua que algo me pasaba y hasta yo me daba cuenta de que lo estaba disimulando fatal. Además, Manuel siempre se ha portado muy bien conmigo: me hace compañía, ayuda a los niños con sus tareas cuando yo no las entiendo, me había dejado un dineral sin preguntar ni para qué era… Ese tipo de cosas no las hace cualquiera. Por eso me daba más rabia todavía, porque si alguien no se merecía que le contestase mal, ese era justamente Manuel.

A veces pensaba que a él sí podía contarle lo que había pasado, que no me iba a juzgar. Aunque luego me daba pena, ¿sabe? Manuel es muy inteligente, estudia una carrera, lee muchísimo y tiene respuestas para todo, pero, en el fondo, no es más que un niño asustado. Cuando llegó del pueblo, hace ya casi un año, traía una cara que daba tristeza verlo. A mí nunca me lo ha contado, pero lo sé porque era la comidilla del barrio. Se comentaba que era maricón y que sus padres le habían pillado en una situación comprometida.

Decían que le habían enviado a Madrid para evitar la vergüenza y aprovechando que era buen estudiante. Como los padres eran pobres y no tenían para pagar el alquiler, Herminia se lo había rebajado a cambio de algunos servicios: subirle la compra, acompañarla al médico, limpiar, bueno, cosas así.

La primera vez que le vi fue en la panadería. Estaba tan callado y tan ausente, tan serio mirándose los zapatos que no lo reconocí enseguida. Pensé que era un cliente cualquiera esperando su turno, hasta que Herminia, guardándose el cambio, le señaló con la cabeza y le dijo en voz alta a Conchi, la panadera:

—Mírale. Además de pervertido, bobo perdido. Todo el día en las nubes.

Manuel ni se inmutó. Me recordó a un perrillo asustadizo, de esos que están tan resignados a que les peguen que ya no son capaces ni de apartarse. Se me partió el corazón, entiéndalo.

Un par de días más tarde nos encontramos a solas en el portal. Yo volvía de trabajar, esa semana tenía turno de mañana, y él de la universidad, con su carpeta y una torre de libros. Nos dimos los buenos días bajito y nos metimos en el ascensor. Cuando paró en su piso, justo antes de abrir la puerta cogió aire, como si fuese a sumergirse en agua durante mucho tiempo y tuviese que juntar fuerzas para aguantarlo. Ahí ya no me pude resistir y le agarré del brazo.

—He hecho pisto para un regimiento —le dije—. Y me ha salido riquísimo.

Desde entonces, es casi como si viviese con nosotros. A mí me gusta tenerle en casa, los niños le quieren y Ramón, bueno, al principio no le hacía mucha gracia, pero poco a poco se ha ido acostumbrando y, aunque no lo reconocería ni loco, sé que le ha cogido cariño. Fíjese que cuando le mando a la compra nunca se olvida de traerle las galletas que le gustan. Y Manuel también ha cambiado. Ahora ya no parece que viva en un entierro perpetuo. Claro que la ciudad, la universidad, los compañeros, todo eso le ha hecho bien, pero creo que estar en familia es lo que más le gusta.

Por eso no puedo explicarle lo que me pasa, compréndalo. Por mucho que me tiente, sería como contárselo a mis hijos. Le

destrozaría. Sería muy egoísta por mi parte. Al fin y al cabo, me lo he buscado yo solita y así tengo que arreglarlo, si es que esto tiene algún arreglo ya, que no lo sé, porque tengo la impresión de que cada vez se va enredando más, llenando más, igual que una olla a presión, y que cualquier día de estos me va a estallar en la cara y se lo va a llevar todo por delante.

—Perdona. No quería ser antipática. Son cosas mías.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó.

—No. —Se me quebró la voz—. Te lo agradezco, pero no puedes hacer nada.

—Ay, Begoña. —Me abrazó y, apoyada en su pecho, se me escurrieron las lágrimas—. Tranquila… Sea lo que sea, seguro que se soluciona.

Eso también lo decía mi madre, que todo tiene solución menos la muerte. Pobrecilla, qué equivocada estaba.

6

Lola

Yo no diría que estaba obsesionada. Lo que sí que estaba es preocupada y, a medida que fueron pasando los días, cada vez más. Fue un proceso gradual. El lunes, aunque me extrañó, la ausencia de Diego también aplacó un poco mi angustia. Recuerda que el viernes anterior estuve horas esperando a que apareciese por el despacho. Fue fácil convencerme de que se habría puesto enfermo, le habría surgido un imprevisto —un viaje largo, por ejemplo, la boda de un pariente lejano, de viernes a lunes— o incluso, por qué no, podría haberse enclaustrado a terminar los comentarios de texto para impresionarme con su dedicación. En cualquier caso, al principio me conformé con eso y reprimí las ganas de preguntar por él.

Sin embargo, según fue avanzando la semana y Diego seguía sin venir, la lógica de mis razonamientos empezó a flaquear. Cada mañana, tras la implosiva decepción de no encontrarlo en su sitio, me aferraba esperanzada a la probabilidad del siguiente. Mañana seguro que vendrá, me decía.

Como si sus faltas no fueran más que oportunidades del destino para mejorar, cada noche elegía con más cuidado la ropa que iba a ponerme, ensayaba ante el espejo la actitud con la que iba a entrar en el aula, distraída, la primera mirada que pensaba dirigirle, una sonrisa deferente pero estudiadamente seductora.

Agotador, ¿no te parece? Sobre todo porque el viernes, cuando salí de clase regenerando mis especulaciones —¿Y si ha dejado la carrera? ¿Y si ha tenido un accidente de moto y está en el hospital? ¿Y si se ha muerto?—, verle a lo lejos, integrado en su habitual pandilla de amigotes chuletas en una de las mesas del pasillo, me desinfló de golpe. Como si me hubiesen dado un puñetazo en el estómago.

En ese momento, toda la ansiedad pseudoadolescente que había estado conteniendo los días anteriores salió de golpe y me pasé el fin de semana mirándome al espejo rumiando mi humillación. Qué tonta he sido, pensaba, qué imbécil. Eduardo revoloteaba a mi alrededor desconcertado, sin saber qué me estaba pasando y sin atreverse a preguntarlo. Ni siquiera cuando, haciendo pucheros, le insistí varias veces para que me dijera si le parecía guapa, objetivamente hablando —si no fueses mi pareja y no me conocieses de nada, le dije—, si me encontraba *sexy*, si creía que estaba envejeciendo bien o se me notaba la celulitis.

—Por favor —le supliqué—, dime la verdad.

—Te lo juro por Dios, Lola. Estás estupenda.

—¿Estupenda?

—Buenísima —se apresuró a corregir, exasperado—. Quería decir que estás buenísima.

Qué triste. Qué deprimente todo, madre mía. Si por lo menos no me hubiese pasado las dos últimas semanas convencida de que le gustaba a Diego, de que se sentía atraído por mí, todo esto no me parecería tan grave. Pero después de haberle visto en la facultad, vivo y sin un rasguño, no me quedaba otra que admitir que todo habían sido imaginaciones mías. Me había dejado engatusar como una tonta. Esos aires de mujer fatal e irresistible con los que me había estado pavoneando esos días por los pasillos de la facultad me producían náuseas de la vergüenza que me daban. Lo más probable era que a Diego le resultase ridícula, que le diese tanta pereza como me la daba a mí Eduardo o, peor, que estuviese divirtiéndose a mi costa, contándoles a sus amigotes trogloditas cómo había conseguido aprobar la asignatura ligándose a la boba de su profesora.

Así que imagínate el plan. Para colmo, para terminar de cagarla ya del todo, el domingo por la tarde —con la angustia del lunes a la vuelta de la esquina—, no se me ocurrió otra cosa mejor que abalanzarme sobre Eduardo en la cocina. Por supuesto que fue un polvo de mierda, no sé en qué narices estaba pensando. Quiero decir que hace siglos que sólo lo hacemos de manera excepcional, sólo en la cama, ya ni siquiera en el sofá, y últimamente

limitándonos a una postura, yo encima porque a Eduardo le dan tirones y se cansa. Así que, ¿qué esperaba? En serio, si alguien sabe que Eduardo no es un empotrador, esa soy yo. Y créeme si te digo que no hay nada más triste que poner todas tus esperanzas en un polvo tórrido y empoderante y que el tío con el que lo estás echando empiece a conejear. Puf. Es que ni siquiera me corrí.

Como comprenderás, el lunes, cuando sonó el despertador, de lo único que tenía ganas era de meter la cabeza debajo de la almohada y desaparecer. Lo último que quería era que Diego viniese a clase, mucho menos cruzármelo por los pasillos, que atravesé con el corazón acelerado y la vista fija en los apuntes, fingiéndome superocupada.

—¿Lola?

A mi espalda, una voz familiar que no encajaba en ese decorado. Me giré desorientada, los brazos cargados de libros y papeles.

—¡Alicia!

Si me hubiese encontrado un unicornio parlante, no me habría sorprendido tanto. No pensé que volvería a verla. De hecho, no había vuelto a pensar en ella ni en ninguna de las otras desde la última vez que intentó llamarme, hacía ya más de una semana.

—¿Necesitas algo? —pregunté con toda la amabilidad que fui capaz de expresar.

—Tengo que hablar contigo.

—Eh…, sí, claro. Vamos a mi despacho.

Cuando estuvo sentada en la silla de las visitas, me fijé en que no traía buena cara.

—¿Te encuentras bien? —quise saber.

—Sí —contestó—. Un poco cansada. He salido este fin de semana.

—Ah.

—Oye, Lola —titubeó—, he vuelto a ver a Sonia y, bueno, ya sé por qué no puede ir a la policía.

ALICIA

Supongo que hay cosas que no soy capaz de entender. Y, si te soy sincera, tampoco estoy muy segura de querer hacerlo. Es raro, porque, por un lado, me produce mucha aprensión, me repugna, pero, por el otro, me fascina, como cuando pasas al lado de un accidente de tráfico, que aunque te tapes la cara para no ver todo el horror, no puedes evitar ir picando imágenes a través de tus dedos abiertos a propósito.

Sonia, en cambio, no parece darle mayor importancia. Opina que, en general, el sexo está sobrevalorado. Especialmente el de las mujeres, dice, tiene una repercusión pública desproporcionada.

—Como si no fuese algo nuestro, sino una cosa supersagrada y superfrágil que nos ha tocado cuidar —dijo—. Un tesoro. Una especie de premio para los tíos.

Había dormido en su casa y, a pesar de que el día anterior me lo había tomado a broma, aquel domingo por la mañana no podía dejar de darle vueltas a lo que me había pasado con Luis.

—¿Un premio a qué? —pregunté.

—¡Pues a qué va a ser! A los méritos que hagan, a lo que se lo hayan currado, a lo bien que te traten…

Imagino que sí, que en muchos casos es así. De hecho, ahora que lo pienso, yo misma he jugado a ese juego, el de insinuar posibilidades, ofrecerme como recompensa. Al revés también. Me he cerrado en banda, procurando no dar pie a malentendidos. Todavía lo hago, cuando un tío que no me interesa se me acerca desplegando sus virtudes. Rechazo copas, drogas, zanjo conversaciones, me hago la sorda, me escapo al baño sin tener ganas de mear, me refugio junto a otras chicas. Corto de raíz sus avances, que quede claro que no me interesa antes de que invierta demasiado esfuerzo. No vaya a pensar que me he aprovechado. No vaya a pensar que le debo algo. No se vaya a enfadar. Es como si el hecho de resultarle atractiva a un tío fuese sólo responsabilidad nuestra, cuando en realidad es algo que la mayoría de las veces no podemos controlar. En muchas ocasiones, basta con que no seas antipática para que te acaben llamando calientapollas.

Lo que ocurre es que con Luis siempre ha sido diferente. Bueno, más bien ha sido lo contrario. Es tan guapo, tan audaz, tan popular,

tan abierto y a la vez tan misterioso que no puedes evitar querer impresionarle. Todo el mundo codicia su atención. Quizás de ahí mi empeño en tirármelo desde el principio, como si al encasquetarle la medalla antes de empezar le estuviese endeudando para todo lo demás. Qué tonta fui.

¿Sabes? Ni siquiera me lo paso bien cuando nos enrollamos. En lo único que pienso es en que estoy a punto de estropearlo. Me aterroriza cagarla: poner una cara fea, que se me escape un pedo vaginal, tener pegotes de flujo reseco. Estoy tan obsesionada con no hacer el ridículo que no es que no disfrute, es que hasta lo paso mal. Lo peor de todo es que yo misma me doy cuenta de lo absurdo que es: ¿qué espero de él en realidad? ¿De verdad quiero una relación así?

—Nena —dijo Sonia—, yo no seré una experta en relaciones, pero no hay que ser un lince para ver que con el pavo ese no tienes ningún futuro.

—Ya —contesté—. Si ya lo sé, es un gilipollas egoísta.

—Pues anda que tú. —Sonia se reía.

—¿Yo? ¿Yo qué?

—Pues que tú tampoco te quedas corta en lo de egoísta, pichona. En el fondo, el Luis ese te importa una mierda. Lo que te duele es el orgullo, no el corazón.

Sentí una rabia inmensa y tuve que aguantarme las ganas de llorar. Aunque Sonia tuviese razón, eso no significaba que fuese fácil. Con lo mal que lo había pasado todo el año por él, convertirlo en una cuestión de orgullo no lo hacía menos doloroso. Como si me hubiese leído el pensamiento, Sonia se acercó y me cogió la mano.

—No te rayes, anda —dijo—. Es normal, a todo el mundo le importa lo que opinen los demás. Fíjate, a mí incluso me afecta cuando un cliente me chulea, por muy imbécil y feo que sea. A esos también queremos gustarles. Probablemente, a los que más.

—¿El hombre del hotel era un imbécil? —pregunté con cuidado. Era la primera vez que Sonia sacaba ese tema por iniciativa propia.

—Era basura.

Fue ahí cuando volví a insistir para que fuese a comisaría. Varias veces. Hasta me ofrecí a acompañarla. Y debí de ponerme muy

pesada, porque, al final, como si renunciase a algo, me acabó confesando lo que le había hecho al cadáver.

Vaya cagada, pensé.

Por eso el lunes siguiente, con la mandíbula aún dolorida por los excesos del fin de semana, fui a ver a Lola a la facultad. Lo de Sonia se había complicado, había dejado de ser un desafortunado accidente, algo que podría justificarse con un ataque de pánico y, como lo llamaba Lola, violencia estructural.

—¿¡Que hizo qué!? —Lola gritó, sobrecogida.

—Por lo visto, el tío era un hijo de puta —alegué.

—Me estás tomando el pelo.

—Técnicamente, no le ha hecho nada.

—Nada, claro —ironizó—. Sólo le dejó morirse sin buscar ayuda y luego se ensañó con el cadáver.

—Bueno, Lola, no se *ensañó*. Sólo le puso su ropa interior y le maquilló.

—Ah, que te parece poco.

—No —contesté—, pero no me parece para tanto.

Lola se frotó la cara y murmuró algo que no entendí. En ese momento, me di cuenta de que ella tampoco tenía buen aspecto.

—¿Te pasa algo? —pregunté.

Suspiró, poniendo los ojos en blanco y volvió a frotarse la cara.

—Sólo estoy cansada —contestó.

—¿Quieres que vayamos a tomar un café?

Dudó un momento antes de decirme que sí, resignada y apática, como si se estuviese rindiendo. Al salir del despacho casi nos tropezamos con un chico que estaba sentado en el suelo, al lado de la puerta. Por la pinta, supuse que era un alumno.

—Dieg… ¡Carrera! —exclamó Lola con voz chillona—. ¿Qué haces aquí?

El chico se levantó a toda velocidad, un poco torpe. Me fijé en que estaba rojo como un tomate. Y Lola también.

—Ho-hola —tartamudeó—. Sólo quería… La semana pasada… Bueno, que yo quería… Bueno, que da igual, nada importante. Vu-vuelvo otro día. Adiós.

Y se fue. Huyó despavorido, más bien. A mí me entró la risa, porque con todo lo macarra que parecía —y lo bueno que estaba, todo hay que decirlo—, era tan obvio que estaba colgadísimo por Lola que me conmovió.

—Este es de los aplicados —la chinché—, ¿a que sí?

Lola, intentando frenar una sonrisa bobalicona que, sin embargo, se le acabó asomando a la cara, me dijo algo así como que qué tonterías decía y echó a andar hacia la cafetería. Se creerá que estoy ciega y que no me di cuenta de su cambio de humor radical, que hasta dejó de echar pestes contra Sonia y prometió preguntarle a una amiga suya, abogada penalista, a ver cómo podíamos ayudarla.

LA VIUDA

El inspector me llamaba señora. Señora por aquí, señora por allá. Señora, ¿sería tan amable de…? Señora, ¿le importaría…? Siento molestarla en estos momentos, señora, pero…

Por Dios, qué harta estaba. No de él, pobre hombre, que era un encanto y sólo estaba haciendo su trabajo, pero era uno más de todos los que mariposeaban a mi alrededor con una deferencia tan exagerada que me crispaba los nervios. Mis padres, mis suegros, mis amigas, la chica, mi cuñada, hasta mi profesora de pilates me daba el pésame con miedo y muchísima contención.

No es que a mí me apeteciese demasiado comentar los detalles, como comprenderás, la situación ya era bastante humillante de por sí como para encima tener que estar dándole explicaciones a todo el mundo. Lo que más me molestaba era ese baile de formalidades, cómo orillaban el tema y cómo esperaban que yo, que me daba perfecta cuenta de lo que estaba pasando, también lo evitase.

Con lo joven que era, decían. Con lo lejos que habría llegado. Con lo buen padre que era. Con lo buena pareja que hacíais. Y yo asentía. Ante todo, mantener las formas.

La única que me entendía y con la que podía sincerarme era Marichu. Ella no se había quedado viuda —«Ojalá», decía—, aunque hacía unos meses que se había divorciado, en bastantes malos

términos, de un tipo igual de deleznable e hipócrita que mi difunto marido, y ahora se dedicaba con pasión a la ginebra y los ansiolíticos. Se acababa de hacer un *lifting*.

—¿Y para qué han abierto una investigación si se puede saber? —preguntó, sirviéndonos una copa en mi cocina. Había venido a hacerme compañía tras la primera visita del inspector.

—Piensan que quizás podría haberse salvado si el putón al que se estaba tirando hubiese llamado a la ambulancia en vez de largarse.

—Vaya —dijo—. Pues menos mal que se marchó.

—Y tanto. Estoy por buscarla yo y mandar unas flores. Para darle las gracias.

Marichu acercó su copa y brindamos. Se reía. Yo no.

Me casé enamorada, eso que quede claro. No diré que era joven, porque estaba más cerca de los treinta que de los veinte, pero, cuando conocí a mi marido, seguía viviendo en casa de mis padres y sólo había tenido un novio, el mismo desde los diecisiete hasta los veintiséis. A efectos prácticos, podría decirse que era una niña. Ahora estoy a punto de cumplir cuarenta y ocho y, aunque sólo me he acostado con dos hombres en toda mi vida, me he convertido en una cínica de manual. Tantos años de ninguneo, de desplantes, de frustración, de saber que se acostaba con todas las que se le ponían a tiro, pasan factura.

¿Que por qué aguanté? Supongo que por lo que aguantamos todas las que aguantamos: los hijos, la dependencia económica, la familia, el qué dirán. Y el odio, eso también. Aunque te parezca una locura, te aseguro que es bastante difícil alejarse de alguien a quien detestas. El odio es igual de obsesivo y absorbente que el amor, y yo odiaba a mi marido con todas mis fuerzas.

La segunda vez que el inspector vino a casa fue todavía más amable que la primera y tardó el doble de tiempo en decirme lo que había venido a decir.

—Señora de Buruchaga… —se atrevió al fin—, me resulta terriblemente desagradable tener que decirle esto, pero hemos podido confirmar que su marido no tenía una amante.

—¿Cómo que no tenía una amante? —pregunté confusa—. ¿Y entonces? ¿Qué estaba haciendo en el…?

—Había contratado los servicios de una profesional —me interrumpió—. Una prostituta. —Me quedé muda de perplejidad—. Lo lamento de veras —añadió el inspector. Más que incómodo, parecía sentirse culpable. Su ayudante, un tal García, me miraba con tal compasión que por un momento pensé que iba a echarse a llorar —. La autopsia nos confirmará pronto en qué circunstancias exactas falleció su marido. Le prometo la más absoluta discreción.

Como yo seguía sin contestar y sin mirarles, concentrada en ese horizonte maravilloso que empezaba a desplegarse ante mí —porque no nos engañemos: quién no prefiere que le engañen por sexo que por amor—, García se esforzó por consolarme regalándome ciertos detalles, como una buena amiga empeñada en convencerte de que no eres tú, es él, que es un cretino integral.

Y qué razón tenía. Quise pedirle más, pero por el codazo abochornado que le propinó el inspector deduje que no tenía pensado informarme sobre aquellas barbaridades y lo dejé estar. Con lo que sabía, tenía suficiente.

En cuanto se marcharon, dejé de disimular la sonrisa y llamé a Marichu.

—Hay que ver qué pena, ¿eh? —Le patinaba la lengua—. Con lo machito que parecía y, mira por dónde, resulta que estaba triste porque no le prestabas tus braguitas.

Por primera vez en muchos años me reí a carcajadas. Y continué haciéndolo todas las noches, recordando las caras de pasmo que iban poniendo todos a medida que, solícita y sin escatimar alguna que otra licencia literaria, les iba desvelando los pormenores de la muerte de mi marido. Que se joda, pensaba.

A ella no le guardo ningún rencor. Al contrario, siento que le debo un gran favor. Si hay alguien que sabe que mi marido no se habría puesto ropa interior femenina ni muerto, esa soy yo. Y ella, claro. En cierto modo, esa mujer y yo somos aliadas. Si estuviese en mi mano, te juro que cancelaba la investigación mañana mismo.

SONIA

Nadie nace para ser puta. Ni siquiera yo, no te equivoques. No te voy a decir que me engañaron, me obligaron o que no me quedó otra, porque estaría mintiendo, pero no era lo que se dice una vocación. Y mira que a mí no hay nada que me guste más que los tíos, que antes incluso de hacerme puta de verdad era bastante puta en sentido figurado. Que me tiré a medio instituto, vamos. Ja, ja, ja.

Perdona, sí, tienes razón. No tiene gracia.

El caso es que yo no me vine a Madrid para hacerme puta. Yo, desde pequeña, siempre he querido ser actriz. Y bueno, allí en Huesca, como comprenderás, no tenía muchas posibilidades de conseguirlo. No es la meca del cine que digamos. Igual que en Estados Unidos los aspirantes a actores van a Hollywood a lamer culos, en España tienes que irte a Madrid. No te queda otra.

A mis padres no les hizo ni puta gracia que me marchara. Mi padre es capataz de obra y mi madre tiene una mercería de barrio a medias con mi tía, son currantes de toda la vida y esas movidas del mundo del espectáculo… pues como que no iban con ellos. Además, yo soy hija única, así que imagínate. La ilusión de mi madre era que le tomase el relevo en la tienda y la de mi padre que estudiase en la universidad y me hiciera abogada o economista o médico. Pobre hombre. Lloraba de rabia cuando me acompañó al autobús.

En cambio, yo estaba pletórica. Lo recuerdo como el momento más feliz de mi vida. No me sentía nada culpable, al revés, estaba convencidísima de que tendría éxito, me haría rica y se acabarían sintiendo orgullosos de mí. Y, en fin, ya ves cómo he acabado. Con decirte que llevo más de diez años sin pisar Huesca, sin ver a mis padres ni hablar con ellos de la vergüenza que me da. Porque, ¿qué les voy a decir? ¿Que he fracasado como actriz? Eso ya lo saben, no son tontos, basta con dar un repaso a la cartelera y ver que no aparezco en ninguna película. Ni de secundaria. Ni de bulto. Ni siquiera en un puto anuncio. Pero bueno, no es por eso por lo que me escondo. Es por lo otro.

La primera vez que follé con un tío por dinero fue en una fiesta. La organizaba la agencia de actores en la que me había apuntado y nos dijeron que nos pusiésemos guapas y que paseáramos palmito, que

si gustábamos, tendríamos más oportunidades de conseguir *castings*. La jefa nos dijo:

—Fijaos en Penélope Cruz y recordad: para triunfar en este mundillo sólo hace falta un poco de carisma y un buen par de tetas. El talento es secundario.

Y yo me lo creí. Me pinté bien los morros y me embutí en un modelito que quitaba el hipo. Esa noche se me acercaron varios y acabé ligando con un futbolista —no pienso decirte quién, pero es conocido y está como un queso—: bailamos, bebimos, tonteamos, nos besamos y acabó pidiéndome que me fuese con él al hotel. Buah, ¿con ese pedazo de tío y a follar en un hotel de esos finolis? Vamos, de cabeza que me fui para allá.

En la habitación me sirvió una copa y, de pronto, sacándose la cartera, me preguntó cuál era mi tarifa para toda la noche. Me entró la risa, imagínate, pensé que me estaba tomando el pelo. Cuando me di cuenta de que iba en serio, a punto estuve de darle una patada en los huevos y largarme de allí. Te lo juro por Dios. Pero luego vi la pasta que me ofrecía, mil pavos, y me dije, qué coño, Sonia, si es más de lo que ganas en un puto mes partiéndote el culo de camarera y, además, ¿no te lo ibas a follar igual? Así que, bueno, lo hice. ¿Y sabes qué? Que después no me sentí mal. Por lo menos conmigo misma. En serio. Estuve varios días dándole vueltas al asunto, intentaba ver la parte sucia de la que todo el mundo habla, pero al final lo único que saqué en claro es que había cruzado *esa* línea y que, sinceramente, no había sido para tanto. Sólo era sexo. Me había follado a novios de juventud con menos ganas.

Poco a poco, dejó de ser algo esporádico para convertirse en mi fuente de ingresos principal. En comparación con los trabajos de mierda con los que tenía que sobrevivir antes, esto era una ganga. Me impuse una regla, eso sí: sólo lo haría con tíos a los que también me follaría de gratis.

Al principio, la regla me funcionó de puta madre. Fiestas de esas para lucir palmito teníamos a porrón y en todas había tíos dispuestos a pagar lo que fuera por echar un polvo. En cierto modo, tenía la sensación de que no sólo estaban dispuestos, sino que el hecho de pagar formaba parte del juego. Que les ponía. El ligoteo se lo

curraban igual y a la mayoría me los habría beneficiado gustosa sin pasta de por medio. No entendía bien por qué lo hacían, me parecían tontos. Tardé bastante en comprender que lo que pretendían con eso era humillarme.

En fin.

¿Que qué pasó? Pues lo que pasa siempre: carne fresca. Llegaron chicas nuevas, más jóvenes, más guapas, más ambiciosas también y yo, que hasta entonces elegía, tuve que empezar a conformarme cuando me elegían a mí. No fue nada agradable, créeme. Después de un par de sustos, lo dejé por un tiempo, el justo para darme cuenta de que, en mi situación, cualquier trabajo al que aspirara iba a ser igual de mierda y peor pagado.

Entonces conocí a la Geli. Ella lo tenía peor que yo porque tenía polla. Que menudo pollón, por cierto, ya lo querrían muchos para sí, ¡ja! El caso es que Geli se tomaba esto en serio, lo de ser puta, digo, y me habló de su agencia. Me apunté sobre todo por seguridad. A esas alturas, mi carrera como actriz ya era historia y, la verdad, no tenía ganas de ponerme a hacer la calle. No se me ocurría otra forma de conseguir clientes.

La agencia se llevaba un buen pico en comisión —la mitad, para ser exactos— y los tíos no eran tan zalameros, aunque todo era menos mentira. Quiero decir que no había tanta parafernalia alrededor de lo que hacíamos: era una simple transacción comercial. Más fría, sí, pero también más sincera y muchísimo menos humillante. A los hombres, en cuanto te pones a su altura, se les bajan los humos que no veas.

Además, tenía a Geli. Con ella no me sentía sola o, bueno, me sentía lo suficientemente acompañada como para dejar de pensar en mis padres a todas horas. Geli se convirtió en mi familia. Compartíamos piso, gastos, nos cuidábamos la una a la otra, nos ayudábamos, nos protegíamos. En fin, nos comprendíamos, que era lo importante. Y nos iba de puta madre.

Hasta que una mañana me llamaron del hospital. Habían ingresado a Geli la noche anterior, con cuatro dientes menos, dos costillas rotas, el bazo reventado y la cara desfigurada. Y de propina un desgarre anal, los hijos de la grandísima puta. Las siguientes

semanas me las pasé durmiendo en una silla a su lado. Sólo la dejaba para irme a trabajar.

Cuando por fin salió del hospital no era la misma. Entre las cicatrices, los boquetes de los dientes y que habían tenido que interrumpirle el tratamiento con hormonas y le estaba creciendo barba, parecía otra persona. Lloraba todo el tiempo en silencio. La agencia no se hizo cargo porque, dijeron, no había ocurrido en horas de trabajo. Malnacidos. Ni unas flores le mandaron. Pero, claro, ¿dónde reclamas tú eso? ¿En el sindicato de putas? Ja. Ni que existiese algo así. La profesión más antigua del mundo y nos siguen tratando como a apestadas. Con el culo al aire nos tienen. A mí se me terminaron los ahorros y me tuve que poner a hacer malabares para conseguir más pasta y seguir cubriendo la parte del alquiler de Geli, sus pastillas, alguien que pasase por casa a echar un vistazo y vigilarla cuando yo estaba currando. También tuve que dejar la agencia, porque necesitaba hasta el último euro que ganaba, aunque, por suerte, mis clientes fijos me fueron fieles y se vinieron conmigo. Ya sabes: el helicóptero vietnamita.

Pero sí, fueron meses jodidos. A veces Geli hacía un esfuerzo y se levantaba, sonreía un poco, intentaba ser graciosa como antes, aunque la mayoría de los días no se movía de la cama. Se quedaba a oscuras con la mirada perdida. No hubo manera de llevarla a un psicólogo y tenía que obligarla a comer, arrastrarla a la ducha, afeitarla, cambiarla de ropa. Me agotaba, pero sobre todo me desesperaba. Había días en los que me costaba un huevo controlarme y no cabrearme con ella y, bueno, no siempre funcionaba. Acababa sentada en el suelo de su cuarto, llorando, suplicándole para que por lo menos me mirara.

Una mañana me desperté y empecé a preparar el desayuno. No me dio tiempo ni a preocuparme. Antes de entrar en su cuarto y darme cuenta de que no estaba, sonó el teléfono. Esta vez no era el hospital, sino la policía. Vinieron a casa, me hicieron algunas preguntas. Yo no sabía cómo localizar a sus padres, ella tampoco se hablaba con su familia desde hacía años. Rebusqué unos días entre sus papeles y nada. Cuando llamé a comisaría para decir que me hacía cargo, me dijeron que ya no hacía falta, que habían

conseguido encontrar a un familiar y se la había llevado a Jaén. No pude despedirme.

Lo último que vi de ella fueron los vídeos de las noticias: «Prostituta transexual se suicida tirándose a las vías del metro. Imágenes impactantes». Mamones. Siempre hacen lo mismo. ¿Qué falta hacía decir que era puta, eh? ¿O que era transexual? ¿No valía sólo con «mujer»? Ya podían haberle dado el mismo bombo a las imágenes de la paliza, cuando había que identificar a aquellos hijos de puta. En fin, vaya mierda de mundo que nos ha tocado. Basura.

Aunque eso no es lo peor. Lo peor es que, hasta cierto punto, puedo entender lo que hizo. De verdad que sí. Lo que me reconcome por dentro es que, la noche anterior, estaba tan cansada que me enfadé y salí de su cuarto dando un portazo, gritándole que estaba harta y que la odiaba. No era verdad, claro, pero ya nunca sabré si ella se mató sabiéndolo.

BEGOÑA

Siempre me he llevado bien con las compañeras de trabajo, pero no puede decirse que sean mis amigas. La mayoría son sudamericanas, ¿sabe? Que yo no tengo ningún problema con eso, no me entienda mal. Lo que pasa es que, entre que hablan raro y muy rápido, que me cuesta enterarme de lo que dicen y que muchas son primas, hermanas, se conocen de su país o viven juntas, pues es difícil relacionarse más allá del trabajo.

Además, quieras que no, por mucho que trabajemos de lo mismo, tenemos vidas muy diferentes. Las hay, por ejemplo, que han dejado a los hijos en su país y llevan años sin verles. Yo eso no consigo entenderlo. Conste que no las juzgo, Dios me libre, pero no me entra en la cabeza cómo pueden vivir así, tan alegremente como lo hacen, preocuparse por sus uñas, salir a bailar, ver la televisión, comer o reírse, que están todo el día de guasa, con ese dolor tan fuerte por dentro. Porque está claro que les duele. Aunque se rían, aunque bromeen cuando cuentan que los niños ya no tienen ganas de ponerse al teléfono o han empezado a llamar «mamá» a su

abuela, se les nota en la cara que sufren. Y a mí se me parte el corazón, qué quiere que le diga. Me dan una pena tremenda y me siento culpable por tener a mis hijos cerca, así que no les hablo nunca de ellos. Ellas sí me preguntan que qué tal les va en el colegio, que si son aplicados, me piden que les enseñe fotos, pero yo cambio de tema, no les cuento nada, ni para bien ni para mal. Y así, pues qué quiere que le diga, es imposible hacerse amiga de nadie.

De todas formas, algunas me caen mejor que otras. La que más me gusta es Sandra Milena. Es colombiana, por eso hay que usar los dos nombres: Sandra Milena. Es bastante joven y muy formalita, muy dulce, no es de las que se pone las cremas o se prueba los zapatos de las clientas ni cosas así. Es un gusto trabajar con ella. La otra tarde, durante el descanso, Gladys dijo que Sandra Milena «se nos ha prendado y está en las nubes». Yo no entendí a qué se refería hasta que la propia Sandra Milena me lo explicó:

—Pues que tengo un enamorado —dijo—. Un pretendiente, como le dicen acá.

Me alegré mucho por ella, de verdad se lo digo. Por lo visto, según fui escuchando de sus conversaciones, era un chico educado, trabajador —esto para las sudamericanas es importantísimo—, guapito y español. Yo me conformé con esa información y no indagué más. ¿Para qué?

Si lo hubiera hecho, quiero decir, si le hubiese preguntado a Sandra Milena quién era y cómo lo había conocido, probablemente me habría ahorrado el susto que me llevé. Yo acababa de terminar mi turno y salía del hotel con prisas, como siempre, que Ramón estaba fuera y no me gusta que los niños lleguen del colegio y no haya nadie en casa, cuando escuché una voz de hombre:

—Buenas tardes, señora González.

Me quedé un momento quieta, repasando la calle, intentando averiguar quién, de entre toda la gente que pasaba de un lado a otro, me había saludado de manera tan formal. Supongo que, como sólo le había visto con el uniforme, vestido de calle no le reconocí enseguida. Con un nudo en el estómago, le saludé yo también.

—Buenas tardes…

—García. —Se acercó y me tendió la mano. Se la estreché aterrorizada—. Aunque puede llamarme Alberto. —Sonrió—. No estoy de servicio.

Empecé a marearme.

—¿Se encuentra bien?

—Sí… —dije, obligándome a disimular—. Perdone, es la tensión, que la tengo un poco…

—¡Hola, amor! —Sandra Milena apareció de pronto, le besó en los labios, frotó su nariz contra la de él, se colgó de su brazo y me miró radiante—. Bego, este es Alberto. Le recuerda de la investigación del hombre aquel que murió aquí, ¿sí?

—Claro —dije—. ¡Qué tonta!

Todo encajó. Pero hasta que no les vi, alejándose abrazados por la calle, no volví a respirar. Dios mío de mi vida y de mi corazón, qué miedo había pasado.

Al día siguiente le pregunté a Sandra Milena con detalle. Había sido un flechazo, dijo, como en las películas. Apenas llevaban unas semanas juntos y cada día que pasaba estaba más convencida de que era el hombre de su vida. Tan amable, tan íntegro, a veces tan torpe que le enternecía.

—No bebe, no fuma, no mira el fútbol, no es derrochón… —enumeró con los dedos—. Lo único que está muy pendiente de su trabajo, pero pues eso no es malo, ¿no?

—No —contesté—. Para nada.

—Eso pienso yo también. —Se encogió de hombros y siguió haciendo la cama—. Fíjese que quiere llegar a comisario. ¿Se imagina? Con la hueva que me daban a mí los policías en Colombia, que ni loca dejaba que se me arrimaran, y mire que aquí voy a acabar con un alto mando. —Sandra Milena se rio y yo la imité. Me gustaba verla contenta, parecía más niña aún. De pronto, bajó la voz y se puso seria—: ¿Se acuerda de la chica que nos mostraron en los *vidéos*? —preguntó—. ¿La prostituta que acompañaba al hombre?

—Sí —contesté, notando cómo se me cerraba el estómago.

—Pues se ve que el jefe está muy ocupado y no presta atención al caso, así que Alberto se ha puesto a investigar por su cuenta.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo orgullosa—. Quiere demostrarle lo que vale. Así que si es que usted la ve, me hace el favor de venir a contármelo, ¿sí?

—Claro.

Tuve que hacer un esfuerzo tremendo para no salir corriendo a llamar a Lola en ese momento. Hacía mucho de la última vez que había hablado con ellas y ni siquiera sabía si habían conseguido encontrar a Sonia. Por lo menos la policía no lo había hecho todavía. Pero si Sandra Milena no exageraba, no tardarían mucho en hacerlo.

7

ALICIA

Lola me dijo que esperara y eso fue lo que hice. Con Sonia sí que me escribí esa semana, aunque no le mencioné mi conversación con Lola. No quería crearle falsas esperanzas o peor, que se enfadase conmigo por ir contando lo que no debía.

En cualquier caso, volví a quedarme sin nada que hacer realmente, porque al parque, ahora más que nunca, no pensaba volver bajo ningún concepto. Cris, con la que seguía pasándome los días fumando en el coche o en uno de los bancos de piedra al lado del campo de rugby, no lo entendía.

—Tronca, Alicia, ¿estás de coña? ¿De verdad que no vas a cogerle el teléfono?

—Puf, me da una pereza.

Luis había empezado a escribirme todos los días. Me preguntaba qué tal estaba, insistía en que fuera al parque, me decía que había pillado para el fin de semana, que tenía un perico alucinante que estaba deseando que probásemos juntos, me comentaba que sus padres no estaban y que pensaba quedarse en casa fumando y viendo una peli. Me mandaba vídeos de música o carteles de fiestas en garitos de moda. En definitiva, me hacía caso. Mucho caso.

Feliz con sus atenciones, al principio le contestaba enseguida, pero poco a poco empezó a cansarme su insistencia. Era…, no sé cómo explicarlo… ¿Excesiva? ¿Demasiado ansiosa? ¿Demasiado desesperada? Quiero decir que se le *notaba demasiado*. Y un día, a finales de semana, me cansé de seguirle el juego y dejé de contestarle. Se rebotó muchísimo. Me escribió:

Veo que estás en línea y pasas de mi culo.
Hola?

?!?!?!?!
Muy bien, como quieras.
Luego no vengas arrastrándote.
ZORRA.

Por pura extenuación, por frenar el escalamiento, acabé contestándole un escueto:

Ok.

Fue entonces cuando llamó y, por primera vez desde que le conocía, ante la atónita mirada de Cristina silencié el teléfono exagerando una sonrisa triunfal.

Cuando le conté lo del gatillazo, Cris había estado descojonándose toda la tarde. «Ahora entiendo por qué está tan pesado —dijo—, el domingo en el parque no paró de preguntar por ti». Después me dijo que lo aprovechara, que era una buena oportunidad. ¿Lo era? En ese momento, a mí también me lo pareció. Más que eso: era un sueño hecho realidad. Sin embargo, a medida que pasaban los días y se acumulaban los mensajes graciosos, el clásico tonteo al que siempre había aspirado, yo me iba sintiendo peor. Algo no estaba bien, no terminaba de encajar. Reconocía en su actitud, en la excesiva servicialidad con la que se adelantaba a mis necesidades, un tufo insalubre, reptiliano, que iba más allá de su repentina ofuscación. A su manera, empezó a recordarme a Bárbara.

Con ella no fue fácil, ¿sabes? De toda la vida, la imagen que tenía de los yonquis implicaba roña, dientes picados, cucharillas oxidadas, inyecciones sanguinolentas, temblores. Miseria y soledad. Lo típico, supongo, doy por hecho que tú también has visto *Trainspotting*. La heroína es la Gran Bestia Negra, el límite infranqueable, aquello que marca la diferencia entre ser un drogadicto o, simplemente, saber pasártelo bien. Nadie del grupo la había probado ni tenía intención de hacerlo. Incluso si por descuido nos colaban pastillas adulteradas con jaco —de esas que tienen puntitos marrones y te dejan las piernas flácidas y los párpados pesados, condenándote toda la

noche al sofá del garito—, preferíamos tirarlas y pillar cualquier otra cosa.

Además, yo ya iba enseñada cuando empecé a ponerme: Bárbara era toda una eminencia. La llamaban la Gourmet porque sólo se metía cocaína. Todavía la recuerdo diciendo que todo lo demás era veneno. A mí me impresionaba ese talante de gran dama, con qué elegancia preparaba las rayas, sin dejar de mirarte a la cara, el polvo blanquísimo perfectamente alineado sobre cualquier superficie, el billete enrollado con un solo movimiento de su mano, la ausencia de ansiedad en cada uno de sus gestos. Yo quería ser como ella. Todo el mundo quería ser como Bárbara.

No sé decirte cuál fue el momento exacto en el que me di cuenta de lo que pasaba. Qué palabra, qué gesto provocó la asociación de ideas y me dejó comprender que mi hermana, aunque no se hubiese acercado a una aguja en su vida, es drogadicta. Drogadicta de verdad.

Supongo que fue un proceso gradual. Al perfecto equilibrio entre fascinación y miedo con el que asistía a sus excesos, fue incorporándose un sentimiento de repugnancia que acabó por romperlo. Porque, muy a mi pesar, fue asco y no pena lo que sentí por ella. Quizás es que la había idealizado demasiado y no estaba preparada para verla en determinados estados: los ojos desorbitados, suplicándome un préstamo porque mis padres le habían vuelto a anular las tarjetas; escondiéndose en el baño de un garito para meterse sola, de pronto avariciosa con la droga que antes compartía con cualquiera; sentándose en el parque con niñatos de apenas dieciocho años, desplegando sus encantos con esfuerzo, la mira puesta en que la invitasen a unos tiros o ya, a esas alturas, a lo que fuera.

Esto último fue decisivo. Bárbara siempre ha tenido un punto arrogante por el que yo la envidiaba. Se gustaba tanto, estaba tan segura de lo que valía que acababa despertando en todo el mundo la imperiosa necesidad de que les prestase atención. Y la disfrutaba. Ahora, por mucho que conserve los dientes blanquísimos y lleve la ropa limpia y planchada, se le nota, *yo* se lo noto, cómo evalúa desesperadamente su popularidad, consciente de su pérdida de valor

tras cada jugada. De qué manera intenta apurarla, como si cada día fuese el último y no tuviera sentido guardarse ni un solo cartucho. Porque ya no es que la droga esté por encima de los demás y que esté dispuesta a utilizarlos para conseguirla, es que está por encima de sí misma.

Puede que te parezca exagerado comparar la actitud de Luis con la de Bárbara. Al fin y al cabo, él no es un adicto. Sólo quiere echar un polvo, salvar su dignidad de machito. Pero ¿sabes qué? En uno de los textos que compartió Lola en Facebook leí que eso del amor romántico era una patraña para justificar la desigualdad en una relación, enmascarar el atosigamiento y crear un sentimiento de obligación en el que lo recibe. Entonces no me lo creí, aunque ahora estoy empezando a pensar que es verdad. Porque fíjate que Luis, a pesar de —o, mejor dicho, precisamente por— todas las atenciones que me estaba regalando desde lo que le pasó, lo único que está consiguiendo es intensificar la impresión de que, para él, no soy más que un contratiempo. Un percance. Una piedra molesta en el zapato que quiere sacudirse cuanto antes. Igual que Bárbara, ha bastado que no le haya seguido el juego una sola vez para que pierda los nervios y me insulte. Y tengo la sensación de que eso es algo que no debería olvidar, por mucho que luego me haya bombardeado el teléfono arrastrándose para pedir perdón.

EDUARDO

Lo que voy a decir tiene que quedar entre tú y yo, porque como se entere Lola me mata. Te juro que no exagero. No te haces una idea de cómo anda el patio con la lucha feminista, la opresión heteropatriarcal y demás pamplinas pseudopolíticas de los cojones, que parece que va a estallar una revolución sangrienta mañana mismo.

No me entiendas mal, que a mí me parece magnífico que las mujeres luchen por sus derechos, aunque, si te soy sincero, no sé qué más quieren, de verdad, si ya nos tienen acorralados. Casi que prefería cuando el tema de las discusiones era la Guerra Civil. Nunca

pensé que diría esto, pero, joder, bendita Guerra Civil. Por lo menos ahí sí que había igualdad de oportunidades. Daba lo mismo que tu abuelo hubiese fusilado a Lorca por rojo o a diez monjas en nombre de la República, lo único que importaba era cómo te posicionaras tú. Voluntariamente. Libremente. ¿Entiendes? Era fácil. Era hasta divertido no estar de acuerdo en todo, se podía discutir.

Sin embargo, ahora… Ay de ti como salga a relucir el feminismo y tú tengas la desgracia de ser hombre, blanco y heterosexual. No tienes ninguna posibilidad. Ni una sola, créeme, eres el demonio personificado. Digas lo que digas, vas a meter la pata: si estás en contra de la ley de paridad, *ergo* a favor de la meritocracia, es que eres un misógino cegado por sus privilegios; si no hablas a todas horas de mujeres eminentes, las estás invisibilizando; si dices que te parece un poco exagerado llamar *acoso callejero* a los piropos de toda la vida, estás ayudando a perpetuar la cultura de la violación; si te declaras feminista e intentas participar en la argumentación, explicar algo, estás haciendo *mansplaining*, apropiándote de su espacio y siendo paternalista…

Es una puta pesadilla.

Lo único que puedes hacer para que no te caigan hostias por todas partes es callarte y asentir a todo. A todo. Como un corderito. Y eso en tu propia casa, imagínate.

Pero bueno, a lo que iba, que no se lo digas a Lola porque me mata. Ella es de esas. Opina que, y aquí cito textualmente, «la sociedad heteropatriacal proyecta ideas fraudulentas sobre la sexualidad femenina para que los hombres sólo tengan que preocuparse de su placer y las mujeres se conformen con estar disponibles y hacerse deseables». Vamos, que las objetivamos. Que su sexualidad es muchísimo más compleja y hay que empezar a aceptar las implicaciones y las responsabilidades que esto conlleva. En su caso particular: nada de sexo sin intimidad recíproca.

—No me gusta —dice—. Luego siempre me siento mal, sucia. Utilizada.

Los cojones, pienso yo. Es justo al revés. Si no mira a la propia Lola, que llevaba semanas tratándome como un trapo viejo. Ni cogerme de la mano quería. Pensé que iba a dejarme de un

momento a otro, con eso te lo digo todo. Y de repente, zas, aquí te pillo, aquí te mato. En la cocina, sin preámbulos ni complicidad ni comunión de las almas ni hostias en vinagre. Y ¡tachán! Parecía otra. Te lo juro, no sabes qué cambio. Tardó un poco en hacerle efecto, el lunes se levantó de mal humor todavía; pero cuando volvió de la facultad por la tarde, lo hizo canturreando, se pintó las uñas, volvió a maquillarse, a ponerse falda, sonreía. Y así toda semana. Qué gusto, de verdad. Qué paz. Y todo por un polvete que no duró ni diez minutos.

Lo mejor de todo es que yo ya lo sabía. No hay que ser un lince para saber que eso era justo lo que le hacía falta: menos teoría, menos diatribas feministas y más práctica. Un buen polvo de los de toda la vida. Pero llego a tomar yo la iniciativa o a insinuárselo siquiera y me retuerce las pelotas.

En fin, para que luego digan que los simples somos nosotros. Ja, ja, ja. «Nuestra sexualidad es más compleja que la vuestra». *Nistri sixilidid is mis cimpliji qui li vistri, mimimimimimi*. Venga hombre.

Eso sí, ahora tendré que pedir cita con el fisioterapeuta, porque tengo el cuello y la espalda machacados. Por lo menos parece que la he dejado bien satisfecha y no me va a reclamar piruetas eróticas en los próximos días. Menos mal. A mi edad, mi próstata y yo no estamos para estos trotes.

LOLA

Me olvidé de llamar a Berta. Ya, ya lo sé, fue una cagada, pero es que tenía la cabeza en otras cosas. No estoy intentando justificarme, ¿eh? Al revés, si me da hasta vergüenza reconocerlo, que no era por nada importante, ni siquiera tenía que ver con el trabajo. Bueno, un poco sí tenía que ver, por lo menos de manera tangencial. O fundamental, según se mire, puesto que un pequeño malentendido o un rumor descontrolado podía costarme el puesto.

Dios, qué lío.

Por supuesto que estoy hablando de Diego. ¿De quién si no? Cuando me lo encontré en la puerta del despacho, me dio un vuelco

el corazón. No contaba con ello. Con que estuviese ahí esperándome, quiero decir, porque a clase iba a tener que volver en algún momento por narices, aunque sólo fuera a hacer el examen.

Para eso sí que estaba preparada, fíjate. Pensaba ignorarle por completo y, cuando se acercase a entregar las hojas, mirarle entornando los ojos, como si me sonase ligeramente de algo y me estuviese costando un mundo ubicarlo. Un plan grandioso, como puedes ver, pero teniendo en cuenta las circunstancias, tampoco es que tuviera mucho margen de maniobra. En cualquier caso, para tropezarme con él así, y encima con Alicia delante, no tenía ninguna estrategia. Yo creo que por eso se me notó el doble. Los nervios, digo. Y a él también, ¿no te parece? A Alicia desde luego no le pasó desapercibido.

Diego retomó las clases, pero no volvió a acercarse a mi despacho. Le notaba esquivo, intranquilo, cortado. En clase no abría la boca, ni siquiera para soltar alguno de sus famosos comentarios impertinentes, y evitaba cruzar su mirada con la mía a toda costa. Yo, que me había ilusionado tanto por el encuentro del lunes, empecé a dudar. ¿Le gusto? ¿Me tiene miedo? ¿Me tiene miedo porque se ha dado cuenta de que me gusta y sólo quiere aprobar la asignatura? No me habría venido nada mal poder hablar con alguien y, aunque Alicia no destacaba precisamente por su madurez sentimental, no tenía a nadie más.

A Eduardo no podía comentárselo, por razones obvias. Y a mis amigas, víctimas de furor uterino, tampoco. Pensarían que estoy desesperada, que tengo algún tipo de crisis existencial o, peor, que mi reloj biológico ha dado la voz de alarma y mis hormonas se han encargado de localizarme un ejemplar masculino biológicamente adecuado. Uno joven y fuerte, con pelo, en vez del señor ese con vista cansada que vive conmigo.

Que esa es otra. En qué momento se me ocurriría a mí abalanzarme sobre Eduardo en la cocina, como si estuviésemos rodando una película porno cutre. Menuda estupidez. Casi que prefería su cara de perrito apaleado y esos suspiros de víctima resignada que daba antes, en serio, porque es que lo de ahora es insufrible. Qué pesado, madre mía, con qué soberbia me mira, con

qué seguridad me acaricia el pelo y me besa al saludar. Sólo le falta llamarme nena y pellizcarme el culo. Y comprarse un frasco bien grande de Brummel para hombre, eso también. Si antes había empezado a darme asquete, ahora lo que me da es una pena tremenda. La misma sensación que cuando leo los artículos de Pérez-Reverte. ¿De verdad se puede estar tan ciego en cuestión de mujeres? Qué triste, ¿eh? Con lo bien que deconstruye a Hegel y para lo poco que sirve en la vida.

En fin, que te puedes hacer una idea del caos de aquella semana. Por un lado, Eduardo en casa, venido arriba; por el otro, Diego en clase, encogido como un conejito asustado; y en medio de los dos, yo, con un montón de trabajo y un cacao mental de primero de adolescencia. Y además ovulando, que ya era mala suerte, porque estar cachonda perdida en una situación así no es que ayude precisamente. No me podía concentrar en nada. En cuanto me quedaba a solas en el despacho, me llegaban *flashes* de cuando Diego se me pegó por detrás y me pasó el brazo por encima. Evocaba su olor y el calor que desprendía y mi mente calenturienta se disparaba sin control ni mesura. De pronto me sorprendía fantaseando con su respiración en mi cuello, sus manos —grandes y ásperas, en las que no había podido evitar fijarme en clase— agarrándome el culo, su erección durísima restregándose contra mis muslos y…

Buf, qué calor hace aquí de repente, ¿no?

O soy yo. Seguro que soy yo, si ya te lo he dicho, que estoy ovulando y más salida que una perra en celo. Para colmo, en casa no puedo masturbarme, porque está Eduardo y no vaya a ser que me pille y quiera repetir lo del otro día, así que lo tengo que hacer a escondidas en el despacho. Un desastre. Si hasta se me olvidó la reunión del departamento, como para acordarme de Sonia, Berta y su santa madre.

No me llega a llamar Begoña el viernes, histérica perdida, y como si no hubiesen existido nunca.

—¡Lola! —gritó al teléfono. Jadeaba, como si hubiese estado corriendo—. ¡Tenemos un problema! ¡Un problema gordísimo!

—¿Qué pasa?

—¡La policía!

Me pareció que se le quebraba la voz y empezaba a llorar. Me asusté.

—A ver, Begoña, tranquilízate, por favor. ¿Qué pasa con la policía? —A través del teléfono me llegaban sus esfuerzos por reacompasar la respiración. Tardó un buen rato en contestar—. ¿Begoña?

—La policía —dijo al fin—. Una compañera de trabajo se ha puesto a salir con el policía de la investigación.

—¿Y? —pregunté.

—No es el jefe —dijo—. Pero Sandra Milena, mi compañera, me ha dicho que está investigando por su cuenta. Que quiere resolver el caso como sea… ¡Y quiere que la ayude!

—¿Que la ayudes cómo? ¿Les has dicho algo de…?

—¡No! —chilló—. Por Dios, no. ¿Cómo les voy a decir algo yo? ¿No ves el follón en el que me meto? Como se entere mi marido…

—Sí, perdona, tienes razón.

—¿Y qué hago? ¿Qué hacemos? ¡Ahora sí que hay que avisarla!

—Begoña —dije—, tranquilízate. Déjame pensar en algo y te llamo.

BEGOÑA

Nadie sabe lo que pasó aquel día. Bueno, casi nadie. Al principio, ni yo misma terminaba de creérmelo. Fue todo tan rápido, tan poca cosa que, cuando pensaba en ello, me parecía que había sido uno de mis sueños. En realidad había sido peor. No es que yo me lo hubiera tomado muy en serio nunca, la verdad, para mí sólo era un juego, una fantasía inocente. Quizás no inocente, aunque sí secreta. Y con eso me bastaba. No creí que fuera a pasar, que fuera peligroso.

Qué necia fui.

Nada más ocurrir no sentí mucho. Tal vez demasiado silencio cuando se marchó Andrés, ahora que lo pienso. Luego llegaron los niños del colegio, subió Manuel a cenar y resulta que sí, que todo había cambiado. Era una sensación extraña, como de vértigo, igual que aquella vez que fui en barco y, al bajar, las cosas se veían de

otra forma, como por separado. La voz de Blanquita quejándose de la comida, Toño haciendo ruido de disparos en el pasillo, Manuel arrastrando una silla para sentarse. No sé cómo explicarlo, era como estar ahí en medio y, al mismo tiempo, estar muy lejos.

Sólo me duró un momento, enseguida se me pasó y todo volvió a ser normal. Pero durante los días siguientes, sin venir a cuento me venían a la cabeza imágenes de aquello y, de nuevo, sentía que flotaba por encima con el corazón encogido.

Empecé a evitarlo con todas mis fuerzas. Antes me gustaba, ¿sabe? Lo provocaba. Cuando tenía un ratito para mí en la cocina o veía la tele con los niños, me ensimismaba, imaginaba cosas, cómo sería mi vida sin Ramón, por ejemplo, si no me hubiese casado con él o si muriese en un accidente y yo me quedase viuda, Andrés consolándome y confesándome que siempre había estado enamorado de mí. Después me sentía culpable, aunque no mucho. Eran historias tontas, fantasías, no hacían daño a nadie. Entiéndalo: no fumo, no bebo, no pruebo el dulce, no gasto en maquillaje, no salgo nunca por ahí, hace años que no me compro unos zapatos…, el único capricho que me permito, permitía, era ese, soñar un poco. No pensé que se me pudiera ir de las manos hasta que fue demasiado tarde.

Yo creo que por eso no reaccioné a tiempo. Bueno, para ser exactos, no reaccioné de ninguna manera. Entre la casa, los niños, el trabajo, Ramón que volvió de viaje y después se marchó otra vez, Manuel que se pasaba el día metido en mi cocina, pues como que se me fue olvidando. Más bien se mezcló con lo que había imaginado durante años y llegó un momento en el que empecé a dudar de mí misma. Ya no sabía si había ocurrido de verdad o sólo era otro más de mis sueños.

Hasta que aparecieron los síntomas, claro. Ahí ya no hubo sueño ni fantasía que valiera. Al principio pensé que era el mes, ya sabe a lo que me refiero: el pecho hinchado y sensible, el dolor de la tripa, caliente, como si te estuviesen clavando agujas desde dentro, el estómago revuelto. Lo de siempre, vamos. Además, aunque venía con retraso, no le di mucha importancia. Ya tengo cuarenta y cinco y se supone que a partir de ahora se te desajusta el cuerpo porque te

empieza la menopausia. Pero no era la menopausia. Ojalá lo hubiera sido, fíjese lo que le digo.

Lo que me hizo darme cuenta fue el cansancio. Esa fatiga pesada que te amodorra durante todo el día y te provoca un sueño profundo, negrísimo, en cuanto te sientas un momento, es inconfundible.

—Mamá… Mamá… ¡Mamá! —Toño insistía, cada vez más alto, clavándome un dedo en el hombro—. ¡Despierta, mamá!

Cuando abrí los ojos estaba en la butaca del salón, Blanquita y Toño de pie recién llegados del colegio, con las mochilas todavía puestas.

—¡Ay, Dios mío! —Me levanté de golpe, mareada. Me daban pinchazos en el cuello—. ¿Qué hora es?

—Las dos y media —contestó Blanca.

—¿Qué hay para comer? —preguntó Toño.

A las once me había sentado un momentito a descansar los riñones y había encendido la tele. Ni siquiera recuerdo qué echaban. Fui a la cocina y les preparé unos huevos fritos con arroz. Me dolía muchísimo la cabeza.

—¿No hay patatas fritas? —se quejó Toño.

—No me ha dado tiempo.

—¿Porque te has dormido? —preguntó.

—Sí —dije—. Lo siento.

—¿Estás enferma? —preguntó Blanquita.

—No, cariño. —Sonreí—. Sólo un poco cansada.

—Últimamente siempre estás cansada…

Me puse a repasar para mis adentros los días anteriores, qué había hecho, cómo habían sido las noches, si me había sentido más cansada de lo habitual y, de pronto, lo supe. Sin ninguna duda, supe que estaba embarazada y que lo que me había parecido un sueño inocente iba a convertirse en una pesadilla.

Y ya ve, no me equivoqué. Mire lo que está pasando, que cada paso que doy intentando salir adelante resulta que es un paso para atrás. Es como si tuviese una pared delante y cada decisión que tomo, cada cosa que hago procurando acabar con todo esto

rebotase allí y, como el balón que lanza Toño en el parque todas las tardes, volviese para golpearme con más fuerza.

Le parecerá que exagero, que una cosa no tiene que ver con otra y que lo del hombre del hotel, lo de Sonia, el noviazgo entre García y Sandra Milena son puras coincidencias que habrían ocurrido de todas formas y que no tenía por qué haberme metido en este embolado. Habría bastado con dejarlo pasar aquel día que nos citaron en el hotel o ahora mismo si no hubiese llamado a Lola para que avise a Sonia. ¿Que por qué lo hago entonces? Supongo que me siento culpable.

Y sola, eso también. Ramón y yo nos lo contábamos todo, ¿sabe? Por mucho que hayamos tenido nuestros más y nuestros menos —en veinte años de casados, figúrese—, cuando hemos tenido un problema, una preocupación, una angustia, lo que fuera, hablábamos y enseguida nos sentíamos mejor. Siempre nos hemos apoyado el uno en el otro y juntos hemos salido adelante.

Por eso, esto que hice no se lo puedo contar. No quiero. Le destrozaría y, por primera vez desde que nos conocemos, me convertiría justo en la última persona que podría ayudarle. Imagínese, me moriría de pena.

Así que, bueno, no hay que ser muy listo para darse cuenta de que todo esto, lo de Sonia, en el fondo, lo hago por egoísmo, para distraerme de lo que de verdad me duele buscándome responsabilidades en otro sitio. Si me doy cuenta hasta yo, que me dejo arrastrar, que parezco boba, lloriqueándole al teléfono a Lola por algo que en realidad no tiene mayor importancia y enredándolo todo más. Me arrepentí nada más colgar, ya ve. No pensé que volvería a llamar. Pero lo hizo, al día siguiente me llamó y me preguntó si me parecía bien que nos encontrásemos las cuatro otra vez.

—No —dije—. Ni hablar.

—¿Por qué no? —se sorprendió.

—No veo para qué.

—Pues porque esto es como el teléfono escacharrado y lo vamos a liar todo más —contestó—. Lo mejor es que busquemos un sitio discreto y habláis tranquilamente. Así ella también puede

preguntarte lo que necesite saber para poder atenerse a todas las consecuencias. ¿Lo entiendes?

—…

—¿Begoña?

—Está bien —claudiqué.

SONIA

¿Yo qué coño me lo iba a esperar? Me tendieron una trampa, las muy zorras. Vamos, lo que se dice una encerrona como la copa de un pino.

Me había escrito Alicia, como siempre. Casi todos los días me mandaba un WhatsApp para contarme novedades de pichafloja. No, no, así sólo le llamo yo, ella le llama por su nombre normal, Luis. Por lo visto, el pavo está superpesado mandándole mensajes de amor a todas horas, que yo amor ahí veo poco, más bien nada de nada, pero Alicia está empeñada en interpretarlo todo como le conviene a ella. Yo no sé si es que es tonta o se lo hace.

También es verdad que las últimas veces me ha dicho que estaba un poco, ¿cómo dijo? Ah, sí, cansino. Menuda palabreja, ja, ja, ja. Cansino. Cómo se nota que la niña es de buena familia; en mi pueblo, de toda la vida, a eso se le llama puto psicópata coñazo. Con todas las letras. O ya me dirás, si no, a qué viene esa obsesión repentina por lo que hace o deja de hacer, que Alicia me contó que incluso llegó a llamarla zorra porque un día no perdió el culo por contestarle enseguida. *Heavy*, ¿eh?

Pero eso no es lo peor, ojo. El colmo fue que el tío, justo después, lo remató llamándola y mandándole mensajes como un poseso para pedirle perdón. Me dijo Alicia que hasta lloró. Venga, chaval, no me jodas. ¿A ti te parece normal? No, ¿verdad? A ella tampoco, menos mal. Yo creo que ahí ha empezado a darse cuenta de que las intenciones del pavo ese no son tan sinceras ni tan románticas como intenta venderle. No hay que ser una lumbreras para entender que si alguien se molesta contigo, lo normal es que se haga el digno hasta que tú le pidas perdón, ¿no? No viene arrastrándose para

pedírtelo él a ti. Bueno, igual sí, pero no si tú no se lo has discutido antes y no tan rápido, que el tío no tardó ni tres segundos en llamarla. Mala cosa, fíjate lo que te digo. Eso es que estaba disimulando y se le ha escapado, que sólo quiere camelarla. No sé cuánto tardará Alicia en verlo así de claro, aunque por lo menos se va pispando de que algo no cuadra.

En fin, que ese era el percal. Por eso no me pareció raro que el viernes me preguntara si iba a estar en casa el fin de semana y si podía pasarse. Pensé que querría seguir comentando jugadas o esconderse de sus amigos drogatas. Para serte sincera, lo de las jugadas me daba bastante pereza, desde que soy puta profesional todo lo que tiene que ver con el amor me da bastante pereza en general, pero lo de los amigos drogatas no podía ignorarlo, entiéndelo. Si la niña volvía a caer y terminaba por perderse del todo sólo porque a mí me aburrían sus historias, no me lo perdonaría. Además, era verdad que iba a estar en casa. Mis clientes están todos casados y sólo nos vemos entre semana, en horario de oficina, y desde que Geli no está, ha dejado de venir gente a gorronear comida y echar la tarde en mi salón. Le contesté:

El sábado por la tarde me viene bien.

¡¡¡¡¡¡Genial!!!!!!

Me puso muchos muñequitos de esos sonriendo, lanzando corazones, manos que aplauden y la flamenca esa flipada que zapatea, como si no supiese para qué sirven los signos de exclamación. Pasé de contestar.

Hice un bizcocho, eso sí. Normalmente se me acaba secando y tengo que tirarlo, por eso no lo hago nunca. Me da no sé qué tirar comida, ¿sabes? Así que aproveché que no iba a estar sola y me vine arriba. Y menos mal que lo hice, porque se presentaron todas. Alicia, Lola y Begoña. Sin avisar, ahí, con dos cojones.

Las senté en el salón y preparé café. Estuvimos mucho rato calladas, Alicia lanzándome sonrisitas avergonzadas, la muy traidora, y Begoña y Lola mirándose los pies. Cogí un trozo de bizcocho.

—Lo he hecho yo —dije.

Alicia y Begoña dieron un respingo y se sirvieron corriendo. Lola, que seguía tiesa como si tuviese un palo de escoba metido por el culo, se aclaró la garganta y dijo:

—Yo no, gracias. No como nada que contenga productos de origen animal.

—Se te nota —contesté.

Puso los ojos en blanco y bufó, aunque no entró al trapo.

—Tenemos que hablar contigo —dijo.

—No jodas —contesté—. Mira que yo pensaba que sólo habíais venido a merendar.

Fue una malísima forma de empezar la conversación, lo sé, pero no lo pude evitar. Ya te he dicho que no soporto a las tías como ella, todo el día dando lecciones desde lo alto de su superioridad moral. Sólo son simpáticas si lloriqueas y echas pestes de tu vida, porque tú, pobrecita imbécil, debes de haberte hecho puta porque eres tonta, te han engañado o te han manipulado. Menos mal que ella sí que sabe lo que te conviene y ha venido a salvarte de ti misma, ¿verdad?

Ja.

—Begoña tiene que contarte una cosa —intervino Alicia, nerviosa por la tensión que se respiraba.

—Sí… —dijo Begoña—. No quiero asustarte, pero…

—Tenemos una buena y una mala noticia —interrumpió Alicia, cantarina—. La buena es que el inspector que lleva el caso del hombre del hotel pasa del tema y no está investigando nada.

—¿Y la mala? —pregunté.

—La mala es que…, bueno, hay un policía que se ha puesto a investigar por su cuenta.

—¿Cómo que por su cuenta? —me asusté.

—Su jefe, el inspector, no lo sabe —dijo Begoña—. Lo hace para causarle buena impresión. Lo sé porque se ha puesto de novio con una compañera de trabajo.

Se me hizo un nudo en el estómago. En un segundo, toda la tranquilidad que había reconquistado se esfumó. Me quedé callada, pero mi cabeza se puso a repasar a toda leche lo que había hecho

las últimas semanas, con quién había estado, dónde, qué posibilidades había de que alguien me relacionase con el cabronazo. Lola debió de darse cuenta y, rebajando el tono del principio, dijo:

—No sabe nada, Sonia. Ni cómo te llamas ni dónde vives. Ni siquiera sabe si eres española. Lo único que tiene es un vídeo borroso en el que se te ve a lo lejos.

No contesté. No quería contarles que con eso era más que suficiente, que lo de Geli me había obligado a hablar con varios maderos, que sabían mi nombre, mi dirección, que dos habían venido a mi casa y que, si alguno de ellos veía mi foto y me reconocía, tardarían cero coma en encontrarme. Puta mala suerte. De pronto me pesaron los brazos, las piernas, el silencio de mi casa. Me sentí agotada.

—¿Y si te tiñes el pelo de otro color? —propuso Alicia.

No me dio tiempo a contestarle que era subnormal: me puse a llorar como una imbécil.

8

Lola

Vale, sí, lo reconozco, me dio pena. A pesar de que la llorera se le pasó enseguida y volvió a su rollo sarcástico de siempre, que prácticamente nos echó de su casa, la cara que puso cuando Begoña le contó lo del policía ese, de pánico absoluto, se me quedó grabada a fuego.

—No ha sido buena idea —dijo Alicia ya en la calle, apoyada en su coche.

Begoña suspiró, intentando controlar las lágrimas que se le empezaban a acumular en los ojos. Hay que ver lo que llora esta mujer.

—La culpa es mía —se lamentó.

—No —dije, pasándole el brazo por los hombros—. Es mía. Fui yo la que se empeñó en venir a contárselo.

Nos quedamos un rato más allí, lo que Alicia y Begoña tardaron en fumarse un cigarro, y después nos despedimos, cabizbajas y sin mucho entusiasmo. Yo me sentía bastante culpable por mi falta de compromiso y en cuanto perdí de vista a las demás, llamé a Berta.

—¿Diga? —contestó ansiosa, intentando imponerse a los berridos que se oían de fondo—. ¿Juanma?

—Berta, soy Lola.

—Ah, Lola, ¿qué tal? —Parecía decepcionada. Y cabreada, eso también—. Perdona, pero me pillas en un mal momento… De hecho, en un momento de mierda. Juanma no está y Martina… no sé qué coño le pasa. ¡No para de llorar!

—Tengo que hablar contigo.

—¿Ahora?

—Sí. Bueno, cuando puedas, pero a poder ser pronto. Soltó un bufido al teléfono—. Es importante —dije.

—Está bien —cedió—. Ven.

Mandé un WhatsApp a Eduardo avisándole de que no iría a cenar y me fui para allá. Serían las ocho y media cuando llamé al timbre de Berta, con los berridos del bebé retumbando en el portal. Tardó un buen rato en abrirme, desgreñada y con cara de desesperación.

—¡Gracias a Dios! —Me puso al bebé en los brazos y salió corriendo hacia el baño, gritando—: Hace dos horas que tengo que cagar y hoy no he podido ni ducharme.

—Tranquila —dije—. Dúchate si quieres, yo me ocupo.

No me contestó. Ni siquiera sé si me oyó. El bebé, bueno, Martina, seguía desgañitándose en mis brazos cuando conseguí colocarla en vertical, la cabecita apoyada en mi hombro, como había visto hacer a Berta cientos de veces. Tuve que ponerme a dar vueltas por el salón, canturreando a trompicones las pocas canciones infantiles que recordaba. Al cabo de un rato, el bebé se calmó y, aunque era bastante mono, estaba calentito, suave, olía bien y me enterneció y todo eso, lo que realmente sentí fue alivio. Un alivio infinito porque no fuera mío. Dios mío, pensé, de la que me he librado.

En ese momento reapareció Berta, el pelo húmedo, la ropa limpia y mucha mejor cara.

—Puf —dijo—. Mil gracias, tía. No te imaginas el día de mierda que he pasado… Ay, ¡si se ha dormido! ¿Te importa quedártela en brazos? Como se vuelva a despertar, soy capaz de tirarla por la ventana.

Me reí. Nos sentamos en el sofá y, cuando consideré que ya se había desahogado lo suficiente, la interrumpí para explicarle la situación. Por supuesto omití lo del aborto, le dije que ni siquiera conocía a la implicada, que había sido una alumna la que me había pedido ayuda.

—¿Qué posibilidades tiene? —pregunté.

—Depende —contestó—. Aunque me temo que no pinta bien.

—No fue ella.

—Ya, pero aun así. Incluso en el mejor caso, que fuese un infarto masivo y no un derrame, por ejemplo, que no lo sabemos, la omisión de socorro no se la quita nadie… Además, dices que puso el cartel de *no molestar*, ¿no? —Asentí—. Peor me lo pones entonces.

Si le toca un fiscal tiquismiquis o la viuda insiste mucho, la pueden acusar hasta de homicidio involuntario.

—¿Homicidio?

—No sólo no pide ayuda, sino que encima, hipotéticamente, entorpece que le encuentren y le ayuden otros.

—Joder, Berta, qué enrevesada.

—Sólo te estoy exponiendo todas las posibilidades.

—Ya… —Me quedé pensativa unos segundos. Al final me atreví a preguntar—: ¿Y si dijera que se murió cuando ella ya se había marchado? ¿Tú podrías ayudarla?

—No —contestó—. Se llevó el móvil y lo tiró a una alcantarilla. ¿Para qué iba a hacerlo si no tenía nada que ocultar? Lo siento en el alma, pero es que es como si se hubiese delatado ella sola. —Vaya mierda, pensé—. Si te soy sincera —continuó Berta—, lo mejor que puede hacer esa mujer es desaparecer del mapa. Irse a otra ciudad, lo más lejos que pueda. Hay organizaciones que se dedican a ayudar a mujeres en riesgo de exclusión social por causa de explotación sexual. Normalmente se ocupan de casos de trata y toxicómanas, aunque seguro que le echan una mano o, como mínimo, la asesoran. Son muy discretos, están acostumbrados a casos delicados.

—¿Y si no quiere?

—Bueno, eso ya es decisión suya. Pero, por lo menos, tú habrás hecho todo lo que estaba en tu mano.

Me marché de allí tarde, con una sensación agridulce. Por un lado, me daba mucha rabia la actitud de Sonia, esa soberbia con la que había despreciado la preocupación y las molestias que se habían tomado Alicia y Begoña por ella, todo lo que habían arriesgado para ayudarla. Por otro, intuía en su rechazo una especie de resignación fatalista, la aceptación sumisa de un destino injusto, pero igualmente inevitable. Después de todo, ella no había pedido nuestra ayuda en ningún momento. De hecho, casi habíamos tenido que obligarla a escucharnos. ¿Qué nos daba miedo a nosotras en realidad? ¿Lo que pudiera pasarle a Sonia o los remordimientos por no haber movido un dedo para evitarlo? No olvidaba dónde y cómo nos habíamos conocido, o más bien, las circunstancias que nos habían situado a cada una de nosotras allí donde nos encontramos,

a la salida de una discreta clínica abortiva en el centro de Madrid. Solas las cuatro. ¿Hasta dónde estábamos realmente dispuestas a llegar para ayudar a Sonia? ¿A cualquiera? ¿Estábamos siendo unas hipócritas?

Quizás. Aun así, no podía ignorar lo que me acababa de contar Berta. Decidí darle una última oportunidad, recopilar toda la información que pudiera sobre aquellas organizaciones e ir a hablar con Sonia por mi cuenta.

BEGOÑA

No había vuelto a ver a Sonia desde que me la crucé en el hotel aquel día, después de lo de la clínica. Me pareció bastante ordinaria cuando coincidí con ella en la sala de espera, con ese escote exagerado y masticando chicle con la boca abierta, pero me cayó simpática enseguida. No sé, me gusta la gente a la que se le nota en la cara lo que está pensando y Sonia tiene unos ojos muy expresivos.

En el hotel, por ejemplo, me di cuenta de que era ella porque mientras se acercaba vi que me había reconocido y que le daba apuro encontrarme ahí. Fue por eso por lo que supe que era…, bueno, que se dedica a eso, ya me entiende. Que yo no tengo nada en contra, conste, allá cada uno con sus circunstancias, Dios me libre de juzgar a nadie. Aunque preferí no saludarla, por no ponerla en un compromiso a ella y no delatarme a mí misma: Gladys estaba todavía en la habitación que acabábamos de limpiar, iba a salir de un momento a otro y nos hubiese visto hablando. Con lo cotilla que es, seguro que al día siguiente todas las compañeras sabrían que tenía amistad con una…, ya sabe, que eso era lo de menos, pero me preocupaba que alguna terminase por descubrir de qué nos conocíamos.

Y menos mal que no la saludé. Si lo hubiese hecho, ahora estaríamos las dos metidas en un lío más gordo del que ya tenemos, yo con lo que había hecho, ella con lo del hombre ese que se le murió en la cama. No me habría quedado más remedio que

confesárselo a la policía, Ramón se habría enterado de todo y Sonia estaría en la cárcel.

Puf, no me lo quiero ni imaginar. Se me ponen los pelos de punta sólo de pensarlo.

El caso es que, como le iba diciendo, Sonia me cayó simpática desde el primer momento y, después de haber estado en su casa, me gustó todavía más. Supongo que me esperaba otra cosa, desde luego no que la tuviese tan limpia, tan arregladita, el sofá ahuecado, las plantas todas frondosas, las ventanas impecables. Me dio hasta un poco de envidia. Y el bizcocho, madre mía, el bizcocho cómo estaba, riquísimo, como el que hacía mi abuela. Me habría comido otro trozo si la situación no hubiese sido tan penosa. Porque lo era, no se imagina qué angustia pasé y la pena tan horrorosa que me dio ver llorar a Sonia. Si ya me parecía que igual estaba metiendo la pata con tanto alarmismo, ahora lo tenía clarísimo.

De camino a casa, decidí que había llegado el momento de dejarse de lamentos y empezar a ser valiente. Quise hacer algo para ayudar de verdad, así que el lunes, cuando volví al trabajo, me las arreglé para que me pusieran en el turno con Sandra Milena.

—¿Qué tal con tu novio? —le pregunté. Estábamos terminando el primer pasillo de la mañana.

—Huy, divino —sonrió con toda la boca—. Este sábado me llevó a bailar y lo pasamos rebién.

—Me alegro —dije—. Parece buen chico.

—Ay, sí, sí que lo es.

—¿Y cómo va la investigación esa, por cierto?

Lo pregunté mirándola de reojo, como si fuese algo sin importancia. En realidad, estaba muy nerviosa, no porque pensase que hubiesen descubierto algo, sino porque disimulo fatal y no quería que me notara demasiado interesada. Sandra Milena puso cara de aburrimiento.

—Pues él anda desorientado porque no sabe por dónde empezar. Yo avisé a todas las compañeras, pero pues la chica no debe de haber vuelto al hotel porque nadie la ha visto.

—Normal —dije—. Yo tampoco volvería. —Sandra Milena se encogió de hombros y siguió a lo suyo—. ¿Y no te da pena? —insistí.

—¿Quién?

—La chica —contesté.

—¿Por qué debería apenarme ella? Me apena el hombre que murió, solo, pero sobre todo me apeno por la esposa, que, además de cornuda, se quedó viuda.

—Ya, claro —dije—. Tienes razón, pobre mujer. Pero la chica no lo mató, ¿no?

Me miró ceñuda.

—Pues no se sabe bien. *Disque* le hicieron la autopsia y salieron restos de la pastillita azul esa que toman los hombres y algo del corazón. Pero, igualmente, ella no tenía forma de saber eso y su deber era ayudar. Por lo menos, llamar a una ambulancia.

—A lo mejor le entró miedo.

—Eso mismo dice Gladys. Que si hubiera sido ella, también habría salido de allí como alma que lleva el diablo.

—¿Tú no?

Sandra Milena suspiró.

—Supongo que sí —admitió—, pero pues quién sabe. Igualmente, Alberto sólo hace su trabajo. Para eso está la policía, ¿no?

—Claro.

Gladys apareció con repuestos de champú y acondicionador para el baño y ahí terminó la conversación. Sandra Milena no volvió a sacar el tema y yo no me atreví a preguntar otra vez. No sabía qué pensar. Había dado por hecho que el asunto del muerto seguía importándole, que hablaríamos más y podría persuadirla de que la chica tenía pinta de extranjera, de rusa o algo así, meterle otras ideas en la cabeza para que buscaran en el sitio equivocado y acabaran cansándose. Pero, por lo que me contó, no habían avanzado nada y, de todas formas, Sandra Milena estaba más pendiente de sus uñas, su pelo y su futura suegra, una mujer antipática y recelosa, convencida de que sólo estaba con su hijo por interés. A decir verdad, la chica del hotel no le interesaba mucho.

El que me preocupaba era él. Me pareció buena gente, pero eso de que su jefe no le toma muy en serio es verdad, que me acuerdo de cómo le trataba de inútil cada vez que decía algo. En comisaría le llamó imbécil y le dio una colleja delante de nosotras, figúrese la

vergüenza que debió de pasar. A mí no me gustaría que me trataran tan mal, así que entiendo que el chico quiera hacerse respetar. Lo que me da rabia es que tenga que ser a costa de Sonia. Anda que no podría buscarse un asesino o un traficante, ¿no le parece? Aunque, claro, una mujer siempre es más fácil, los criminales hombres dan más miedo. Hay que tener narices para arriesgarse con ese tipo de gente y, bueno, no quiero criticar, el García este será muy buena persona y todo lo que usted quiera, pero de valiente no tiene mucha pinta. Y de listo tampoco, la verdad.

Mala combinación, si me permite el comentario. Hay gente tan obsesionada por ayudar y hacer el bien que no se paran a pensar en que puedan estar haciendo más daño que dejando las cosas como están. No todo es blanco o negro. La vida no es tan sencilla.

No, no lo digo por mí, no crea que estoy intentando justificarme. Al revés, me he dado cuenta de que, por mucho que haya procurado ser siempre honrada, no soy buena persona. Si lo fuera, para empezar no habría coqueteado con Andrés hasta el punto de…, bueno, ya sabe hasta qué punto, y ahora tendría suficiente valor para confesárselo a Ramón, que fuese él el que decidiese si quiere seguir conmigo o no. Pero le destrozaría y él no se merece sufrir por nada del mundo, mucho menos por mi culpa.

A veces pienso que lo más justo sería ahorrarle el disgusto, dejarle yo sin decirle por qué, inventarme cualquier excusa. O morirme, eso sería lo más fácil para todos. Si yo me muriese, él sufriría, pero por lo menos no se sentiría traicionado.

ALBERTO GARCÍA

La palabra que mejor me define es tenaz. Cuando se me mete algo entre ceja y ceja, no paro hasta conseguirlo.

Mi lema es: imposible no es opción. ¿Le gusta? Suena bien, ¿verdad? Se me ocurrió a mí solo, cuando entrenaba al fútbol a chavalines del barrio. Antes de salir al campo les preguntaba: «¿Qué es imposible?». Y ellos tenían que contestar a coro: «¡Nada!». Y después juntábamos las manos en el centro y gritábamos:

«¡Imposible no es opción! ¡Imposible no es opción! ¡Imposible no es opción!». Los pobres eran malísimos, no ganamos ni un partido, pero ya ve, a motivados no nos superaba nadie. Luego se hicieron mayores, empezaron a vaguear, sólo les interesaban las chicas y el equipo se disolvió. Una pena, porque eran unos chavales majísimos.

Encargué unas camisetas con el lema, para que no se olvidaran de mí. Yo la mía aún la tengo, es mi favorita para hacer *running*. Quince kilómetros todas las mañanas, llueva, truene o apriete el sol. En mi profesión hay que estar en forma, nunca se sabe detrás de quién habrá que salir corriendo. Por eso, aparte del *running*, también voy dos veces por semana al gimnasio, a hacer pesas y a clases de *krav maga,* una técnica de lucha israelí muy eficaz. Todavía soy principiante, sólo sé hacer un par de llaves, pero con tesón y perseverancia estoy convencido de que acabaré dominándola y, cuando llegue el momento de emplearla contra un maleante peligroso, estaré preparado. Le reduciré por sorpresa, así, con tres movimientos rápidos: ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! ¡Yeehaaaaa!

¿Ha visto qué bien me sale? Y sin caerme. Estoy deseando ponerlo en práctica delante de mi jefe. Se va a quedar impresionado, seguro que no se lo espera. No me toma demasiado en serio, ¿sabe? Cree que soy un ingenuo sólo porque confío en la ley y la justicia y pienso que tiene que aplicarse a todos por igual. Sin distinciones. Sin favores. Sin excepciones.

No estoy diciendo que él sea un corrupto, no me entienda mal. Es un buen policía, el mejor investigador que he conocido en mi vida. Lo que pasa es que ya está mayor y, claro, le puede el desencanto. Echa pestes del sistema, dice que está mal hecho, que al final siempre pagan los mismos, los pobres, los desfavorecidos, los que tienen mala suerte; y que, en cambio, los verdaderos criminales, los más peligrosos, los que roban sin mancharse las manos y matan sin tener que empuñar un arma, esos siempre se escaquean y viven como reyes.

Y, bueno, sí, algo de razón tiene, en ese sentido el mundo está mal hecho, muy mal hecho, pero tampoco podemos ser injustos con los honrados. Lo cortés no quita lo valiente, ¿entiende lo que le digo? Anda que no hay pobres y desfavorecidos íntegros, que tienen

una vida miserable y, aun así, no se les ocurre utilizar sus circunstancias como excusa para cometer delitos. Míreme a mí, que vengo de una familia humilde. Mi madre se quedó viuda con tres niños pequeños y aprendió a sobrevivir sin hacer daño a nadie. No teníamos ni para pipas, figúrese, y hemos salido todos adelante sin robar ni una barra de pan.

En fin. Que la vida es dura, no digo yo que no lo sea, pero eso no es justificación para saltarse la ley a la torera. Ni aunque pongas tu vida en riesgo, como la *call girl* aquella del hotel, que no sé qué manía le ha entrado al inspector, que se niega a indagar más y se enfada si quiero hacerlo yo. Si dependiese de él, el caso moriría de inanición. La última vez que le propuse un nuevo enfoque, me dijo:

—García, como me vuelva a tocar los cojones con el tema, le pongo a dirigir el tráfico. Se lo juro por mi madre.

Así que ya ve, me he tenido que poner a investigar por mi cuenta, en mi tiempo libre. Al principio me daba rabia, porque tampoco es que me sobre. Entre los entrenamientos y que me he echado una novia… Ay, sí, se llama Sandra Milena. Es colombiana y la chica más guapa que he visto en toda mi vida. Todavía me parece increíble que una chica como ella se haya fijado en mí. Nunca he tenido mucho éxito con las féminas, ¿sabe? Antes estaba gordito y en el instituto se reían de mí. De hecho, Sandra Milena es mi primera novia de verdad, así que imagínese, lo que más me apetece en el mundo es estar con ella, no andar detrás de un fantasma por todo Madrid. Pero el deber es el deber y, además, estoy deseando ver la cara del inspector cuando le cuente que la he encontrado yo solo.

De momento no he tenido suerte, pero todo se andará. Para empezar, voy a revisar el archivo, por si estuviera fichada y, si no, no descarto preguntar a los compañeros. Ya conoce mi lema: ¡Imposible no es opción!

ALICIA

Lo que más le reprochaba mi padre a mi hermana, cuando todavía se podía hablar con ella, era su egoísmo. Entonces a mí me parecía

una palabra espantosa, el peor insulto de todos. Una persona egoísta tenía que ser alguien malo, interesado, manipulador, alguien que acabaría quedándose solo.

Yo no estaba de acuerdo con mi padre, no creía que Bárbara fuera nada de eso, pero no la defendía. Sabíamos que rebelarnos contra las expectativas de mis padres tenía un precio y que, si lo hacías, era porque estabas dispuesta a pagarlo. Bárbara y yo nos apoyábamos, o bueno, más bien yo la apoyaba a ella con mi discreción durante las broncas y mi absoluta disponibilidad después de ellas, cuando se colaba en mi cuarto por la noche, frustrada y dolida.

—Menudo par de gilipollas —decía, acostada a mi lado—. Los odio.

Ahora, aunque a mi hermana le encajen aquellos atributos que yo asociaba con el reproche de mis padres, sigo pensando que no fue egoísta con ellos. Quizás sólo quiso ser ella misma.

En cambio, la única egoísta de verdad que hay aquí soy yo. Lo he sido con mi hermana, dejando que se perdiera sin dar la voz de alarma porque no quería renunciar a su complicidad —que, de todas formas, he acabado perdiendo—, y también con Cristina, en la que no he querido confiar y a la que a veces pienso que sólo utilizo como un escudo para no sentirme tan expuesta y tan fuera de lugar en un grupo al que no soy capaz de enfrentarme sola. Pero todo esto ya lo sabía, o por lo menos lo intuía, y lo tenía más o menos asumido.

En cambio, lo que no sospechaba era que también estaba siendo egoísta con Sonia. Mi empeño por encontrarla primero, la insistencia cansina con la que intenté arrastrarla a comisaría después, la arrogancia con la que decidí llevar a Lola y a Begoña hasta su casa, sin preguntar antes e ignorando las veces que me había dicho que no quería saber nada más del tema. ¿Qué pretendía con todo eso?

Estaba convencida de que mi comportamiento era desinteresado, altruista incluso. Me decía a mí misma, con orgullo, que estaba arriesgando mucho para ayudarla. De hecho, cuando terminó de llorar y nos echó de su casa, me sentó hasta mal. Qué desagradecida, pensé. Pero al llegar a mi coche y ver las caras tristes y avergonzadas de Lola y Begoña, me di cuenta de lo equivocada que estaba.

Porque, ¿quién soy yo para decirle a Sonia lo que tiene o no que hacer con su vida? En comparación con ella, ¿qué arriesgo yo de verdad? Nada importante. En serio. Como mucho que mis padres me castiguen sin salir, me quiten el coche y me bloqueen las tarjetas de crédito. Tonterías de niña pija y mimada.

Cuando llegué a casa aquella tarde, me sentía derrotada. Sólo tenía ganas de encerrarme en mi cuarto a llorar.

—Buenas tardes, señorita Alicia —me saludó Nela al entrar—. Sus padres salieron hace rato. ¿Quiere que le prepare algo de cenar?

—Gracias —sonreí—. No tengo hambre.

—Como quiera.

Subiendo las escaleras, oí que me gritaba desde la cocina:

—Se me olvidó decirle ayer que le llegó una carta de la universidad. Se la he dejado en su mesa.

Se me encogió el estómago. ¿Otra carta de la universidad? En medio segundo, todo el abatimiento que traía se convirtió en miedo, alarma, prisa por llegar hasta mi cuarto y esconderla, ponerla a salvo, a pesar de que milagrosamente y gracias a la ingenuidad de la chica —la carta iba dirigida, como siempre, a mi padre—, ya lo estaba. La abrí rompiendo el sobre, con el corazón en la garganta.

En pocas palabras, con un lenguaje burocrático y desapasionado, lamentaban comunicarle que la alumna María Alicia Muñoz de las Heras, o sea yo, había superado el plazo para presentar un justificante de no asistencia y quedaba excluida de la convocatoria de junio. Si bien, añadían, le quedaba abierta la posibilidad de presentarse a dos asignaturas en septiembre. El máximo de asignaturas pendientes tolerado para pasar de curso eran tres, por lo que, en cualquier caso, informaban de que la alumna María Alicia Muñoz de las Heras tendrá que repetir el segundo curso de ADE. Rogaban confirmación lo antes posible y, en caso de duda, se ponían a su entera disposición.

Lo primero que sentí fue alivio. Un alivio fraudulento, como cuando te retrasan un día la entrega de un trabajo que todavía no has empezado. Porque, aunque haber salvado la carta me permitía escurrir el bulto, librarme de la bronca de mis padres —total, no tenían por qué enterarse, las mensualidades y la matrícula eran

siempre las mismas, podría sacarme este curso el año siguiente y estirar la carrera un año más allá del programa—, la perspectiva de tener que volver allí me deprimía.

Odiaba el edificio, odiaba los pupitres, las clases, la cafetería, odiaba al resto de los alumnos, a los que conocía y a los que no, odiaba la carrera, las asignaturas, a los profesores, la página web de la universidad. Lo que yo quería era no tener que volver allí nunca más. El problema era que no sabía dónde quería ir. ¿Estudiar otra cosa? ¿El qué?

Mi interés en otros temas es puramente superficial. Ni siquiera tengo un hobby. Lo único que había hecho el último año, aparte de sufrir por Luis, era salir, drogarme, ir al parque, drogarme, quedar con Cris, drogarme. Mi vida y la de mis supuestos amigos se reducía a esperar que llegase el jueves por la noche, anticipar la explosión del fin de semana. No leíamos, no íbamos al cine ni salíamos a tomar una cerveza. Sólo nos importaba drogarnos a destajo y empalmar toda la noche. El resto, el mundo real, no era más que un accesorio, un mal necesario que tolerábamos sin prestarle mucha atención. Total, ¿para qué? Ninguno de nosotros era lo bastante friki o inteligente como para pegar el pelotazo con una *startup* revolucionaria, así que, ¿qué tipo de vida nos esperaba? Con veinte años, no sabíamos hacer un huevo frito o poner una lavadora, ni siquiera nos hacíamos la cama por la mañana. Eso sí, todos teníamos coche, móviles de última generación, habitaciones espaciosas, ropa de marca, estudiábamos economía en universidades privadas y cada verano teníamos prácticas aseguradas en empresas importantes. Nuestros padres esperaban de nosotros que nos incorporásemos al sistema con orgullo y satisfacción, la misma que exhibía el pereza de mi primo Bosco, que a sus veintitrés añitos y recién salido de la carrera, se pasaba los días encerrado en la oficina dándose aires de consultor de altos vuelos, alardeando de sus jornadas maratonianas —catorce horas al día, fines de semana incluidos—, sus corbatas de seda y sus trajes a medida.

—¿Y qué haces ahí encerrado todo el día? —le preguntó Bárbara en la última comida familiar en la que coincidimos.

—Trabajar —contestó él, con el desprecio de quienes creen estar por encima del bien y del mal.

—Sí, eso ya lo has dicho —insistió Bárbara, mordaz—. Pero lo que te estoy preguntando es: ¿qué haces exactamente?

Al final, y para sutil humillación del primo modélico, lo único que sacamos en claro Bárbara y yo es que se pasaba el día haciendo papeleo y consultando cifras en su ordenador. La panacea laboral, ¿no te parece? Un montón de pasta y tan poco tiempo para gastártela, que tu único consuelo es hacerte hasta los calzoncillos a medida y con iniciales. Con ese panorama, no te extrañará que algunos no tengamos ninguna prisa en terminar la carrera, ¿no? El futuro que nos espera se parece mucho a una prisión.

Así que, ¿qué otra cosa podía hacer con mi vida? Todo me daba igual y, después de lo del aborto, salir a drogarme también. No porque hubiese aprendido una lección ni porque le hubiese visto las orejas al lobo. Había sido desagradable, sin duda, me había llevado un susto de muerte, pero nada más. No me sentía culpable por lo que había hecho, ni siquiera me sentía diferente. Para lo único que había servido aquella situación era para darme cuenta de lo sola que siempre he estado.

SONIA

Anda, que menudo espectáculo di. Con lo poco que me gustan a mí los dramas, que ni en las películas los soporto, y cojo y me pongo a llorar a moco tendido delante de esas tres pánfilas. Tenías que ver la cara de susto que tenían, parecía que estuviesen viendo caer un meteorito.

La peor, Alicia, con diferencia. Yo creo que, después de todas las conversaciones que habíamos tenido en las que la pobrecita desvalida siempre era ella, no se esperaba que eso me estuviera afectando tanto. No sé, supongo que tenía otra imagen de mí o que, por primera vez, se dio cuenta de lo que es mi vida en realidad. Le pasa a casi todo el mundo, ¿sabes? Por cómo hablo y me visto piensan que soy una descarada y que me importa una mierda lo que

piensen de mí. Se sienten intimidados. Pero te diré que la mayoría de las veces no es más que una pose. Siendo mujer y puta, lo poco que la gente está dispuesta a respetarte depende del miedo que les des. Así que ya ves.

De todas formas, tampoco lo pude evitar. Es que manda cojones que me tenga que tocar justo a mí el único puto madero motivado. Qué pasa, ¿que no hay en todo Madrid otro muerto que investigar? ¿Uno al que hayan asesinado de verdad? ¿Alguien a quien le hayan dado una paliza?

Anda que no le habría venido bien a la Geli un pelota como este en vez de los dos panolis cachas que le tocaron, que vaya par de gilipollas engreídos, no te lo puedes ni imaginar. Vinieron tres veces a hablar con ella —la primera porque les habían llamado desde el hospital, las otras dos porque, como el médico nos había insistido para denunciar, no les quedó más remedio que presentarse en casa y hacer el paripé— y la trataron como escoria. Les faltó decirle que se lo había buscado ella solita, que es que, claro, pasearse por el centro disfrazado de putón verbenero el día del clásico y habiendo perdido el Madrid era una imprudencia. Que bastante suerte había tenido, podían haberla matado.

Mamones. Te juro que dijeron eso: disfrazado de putón verbenero. Putos ignorantes. Llega a ser cualquier otro y le parto la boca yo misma, pero en el estado en el que estaba Geli me tuve que morder la lengua, que sólo faltaba que encima me enchironaran a mí y se quedase sola.

En fin, que así de injusto es el mundo. Y para colmo de males, yo ahora tenía a un poli acomplejado siguiéndome la pista. Vale que, como dijo Lola, al no saber quién era yo, todavía tenía un margen de tiempo, pero a quién vamos a engañar: ¿tiempo para qué? ¿Para esconderme mejor? Ni loca, óyeme bien. Ni loca. Si ser puta ya conlleva riesgos, ser una puta acojonada es casi un suicidio. Desde que dejé la agencia, mi seguridad depende justamente de lo expuestos que puedan estar mis clientes, de que gente corriente nos vea juntos en las recepciones de los hoteles, en los restaurantes, dondequiera que vayamos; que al tío, por muchas ganas que tenga, no se le pase por la cabeza hacer algo chungo porque hay testigos.

¿Lo entiendes? Si me paso a la clandestinidad, es cuestión de tiempo que algún capullo se envalentone y a saber qué me hace. Puf, se me pone la piel de gallina. No quiero ni pensarlo.

Así que, como comprenderás, esconderme no es una opción. Lo mejor sería irme a otra ciudad, empezar de cero lejos de aquí. Pero ¿cómo? Me gasté todos mis ahorros con lo de Geli y no me queda un puto duro, no tengo amigos que puedan echarme una mano, mi familia… Bueno, con mi familia hace diez años que corté la relación. La última vez que hablé con mi madre le monté un pollo por teléfono, a propósito, porque tenía claro que iba a desaparecer de su vida y preferí que creyera que no quería volver a saber nada de ellos y no que me había pasado algo malo. Me pareció lo *menos peor.* Había una vecina de mis padres, la loca oficial del barrio, que andaba siempre por ahí despeinada, con la mirada perdida y hablando sola. A mí me daba muchísimo miedo. Mi madre me contó un día que antes era una señora normal, guapa incluso, pero que le desapareció una hija poco antes de nacer yo y se volvió loca de dolor.

—Bastante bien lo lleva —decía con pena cuando nos la cruzábamos por la calle—. Me pasa a mí y me tienen que encerrar.

Entenderás que yo no podía dejar que le pasase eso a mi madre, ¿no? Prefiero que crea que la odio. Aunque sé que sufre, más iba a sufrir la pobre sabiendo la verdad.

Bueno, que no quiero ponerme sentimental otra vez, que no es el momento. Lo que tengo que hacer es pensar un plan: dónde ir y qué hacer. Aquella noche, cuando se marcharon estas de mi casa, estuve mirando en internet agencias en otras ciudades, aunque acabé agobiándome más. Por las fotos que tienen colgadas, mi impresión es que las chicas que trabajan en agencia son todas mucho más jóvenes que yo. Que no es que yo sea vieja, ojo, voy a cumplir treinta y tres este año, pero las putas somos como los deportistas de élite: a partir de una edad, tenemos que dejar hueco a las nuevas promesas y, si hemos sido lo suficientemente buenas, dedicarnos a entrenar. Tendría que echar mano de antiguos contactos, hacer un poco la pelota y rezar para que la policía no haya ido metiendo las narices donde no la llaman y mi exjefa no se haya enterado de mis

devaneos por libre. Dejar un puticlub para cambiar de vida está bien visto, pero hacerlo para instalarte por libre y llevarte a los clientes, mala cosa, se considera alta traición.

En cualquier caso, sin pasta no iba a ser fácil. Podría pedir un préstamo a Alicia o a Lola, lo que pasa es que a una no quería meterla en líos y a la otra…, puf, antes me arranco la lengua que ir a pedirle nada a la tiquismiquis de la moral esa. Que vale, tampoco quiero ser injusta, por mucho que me joda, tengo que reconocer que la tía se ha tomado sus molestias y se ha preocupado por encontrarme y venir a avisarme. Pero me sigue cayendo como el culo, no lo puedo evitar. Además, que no lo ha hecho por mí, ¿eh? Que tonta no soy. Lo ha hecho por calmar a Begoña, que esa pobre sí que lo está pasando mal con todo esto. Ni que hubiese sido culpa suya que la policía me ande detrás.

Tendría que hablar con ella, ¿no te parece? Decirle que no se angustie, que ya me las arreglaré, y darle las gracias. Eso sobre todo. Con la llorera que me entró no se las pude dar cuando estuvieron aquí y es la que más se las merece de todas.

9

Lola

Fue una semana de locos, no te voy a engañar. Entre las clases, la evaluación de final de curso que se acercaba y los alumnos enloquecidos recopilando apuntes y bibliografía, todo lo que no habían hecho durante el semestre concentrado a toda prisa en unas semanas, estaba desbordada. No te exagero: no paraban de llegarme emails con consultas de todo tipo, me asaltaban por los pasillos y en la cafetería para pedirme puntualizaciones, se me acercaban grupos enteros al terminar las clases y me seguían como un enjambre casi hasta mi despacho. Una locura.

Mucha gente la odia, pero a mí la época previa a los exámenes es la que más me gusta de todas. Después de pasarte meses enteros dando clase a cuatro gatos mustios con cara de estar aburriéndose como ostras, encontrarte el aula llena de pronto es un subidón. Además, no sólo vienen a clase, también la siguen, cogen apuntes como posesos, preguntan dudas y corren a la biblioteca a fotocopiar libros. Aunque sea un interés puntual y sepas de antemano que no va a durar más de unas semanas —y que luego te va a tocar dejarte los ojos descifrando las caligrafías de tropecientos exámenes mediocres—, por lo menos saboreas un poquito del ideal que se supone que encarna el mundo universitario y por el que tú, profesor, te has currado un doctorado, las oposiciones y superado todo tipo de laberintos burocráticos. Ya sabes a lo que me refiero: clases dinámicas, enriquecedoras y alumnos inteligentes y motivados. Vamos, digo yo que debería ser así, teniendo en cuenta que se convertirán en los futuros abogados, jueces, fiscales, empresarios, quizás incluso en el próximo gabinete de Gobierno. Sería lo suyo, ¿no?

Sí, ya, ya lo sé, que soy una idealista. Porque ya me dirás tú, con la nota de corte que tiene derecho, que te vale un aprobado raspado en selectividad, qué clase de gente esperaba yo que estudiara en la pública. Desde luego que lumbreras, los menos. Alguno hay que tiene vocación, tampoco quiero ser injusta, pero la mayoría vienen de rebote, porque en España todo el mundo tiene que ir a la universidad, aunque la mitad no valga para estudiar, o no saben qué hacer y cogen derecho, que es la licenciatura parche, porque te sirve para todo, pero no te compromete a nada. En fin, una pena, pero es lo que hay.

En cualquier caso, como te iba diciendo, a mí la época de preevaluación me encanta, por mucho que me agote. El problema es que en aquellos momentos tenía otras cosas más importantes en qué pensar.

Por un lado, estaba Eduardo, que cada día que pasaba me recordaba más a un viejo verde, con esas sonrisitas obscenas y esas miraditas aprobatorias que me lanzaba por encima de sus gafas de farmacia, como diciendo: «Repetimos cuando quieras, nena, yo sé lo que necesitas…». Buah, qué grima, de verdad, me entran escalofríos sólo de pensarlo. Además, bueno, pasó una cosa. El jueves, mientras preparaba la clase del día siguiente, llamaron a la puerta de mi despacho. Era Diego. No me sorprendió. A pesar de lo esquivo y silencioso que había estado en clase los últimos días, desde que me había tropezado con él yendo con Alicia, esperaba que viniese en cualquier momento.

—Pasa —dije sonriendo.

Entró rápido y se sentó frente a mí, al otro lado de la mesa. Estaba nerviosísimo. Nos mirábamos a intervalos, incómodos, evidenciando más aquello que se supone que intentábamos disimular.

—Bueno —carraspeé—. ¿Has terminado los comentarios de texto? ¿Tienes alguna duda?

—Ah, sí, perdón. —Soltó una risa abochornada mientras rebuscaba en su carpeta—. Aquí están.

Cogí las hojas que me tendió y, sin mirarlas, las dejé encima de la mesa. No tenía ningún sentido ponerme a leer ahí, con la tensión

que se respiraba en el ambiente y el corazón que me iba a mil por hora. Vamos, es que había tanta electricidad que casi se podían ver chispas saltando de uno a otro. No sabía qué hacer, así que me limité a seguir sonriendo, pensando que, de un momento a otro, sucedería lo inevitable.

Transcurrieron uno, dos, tres, cuatro segundos y, de pronto, Diego se levantó a toda prisa, como impulsado por un resorte, pero en vez de saltarme encima, que era lo que yo quería, corrió hacia la puerta murmurando adiós y muchas gracias. Qué decepción, madre mía. Mi gozo en un pozo.

Sin embargo, justo antes de salir del despacho se acordó de algo y, mirándose los pies, volvió a acercarse a mi mesa y puso encima una cartulina morada que sacó del bolsillo de su pantalón.

—Es… es el cartel de un concierto que hay el sábado. En Vallecas. Tocan unas chicas del barrio, por si le, eh, por si te apetece venir. Creo que también son feministas.

Se escabulló fuera sin darme tiempo a pestañear. Cogí el *flyer* y lo desdoblé sin demasiado entusiasmo: «Palominos en mi Txumino»*…* Venga ya. ¿En serio? Yo no soy una experta en música, pero ¿Palominos en mi Txumino? Me entró la risa floja imaginándome en un tugurio oscuro rodeada de melenudas bebiendo calimocho y saltando descontroladamente. ¿Qué pintaba yo allí? Nada, ¿verdad? Cuando se lo comenté a Alicia por teléfono, me dijo:

—Le gustas. Es más, le gustas mucho.

—¿Y por eso me invita a un concierto de punk rock?

—De punk rock feminista, Lola —se rio—. Supongo que a él le parece superromántico.

—Ya…

—¿Vas a ir?

—Ni de broma.

—Anda, no seas tonta. Yo te acompaño si quieres. Puede ser divertido.

Insistió bastante, se puso hasta un poco pesada, así que al final le dije que me lo pensaría y ahí quedó la cosa. En realidad, no la llamaba para eso. Tenía a Berta, que se aburría jugando a las casitas, bombardeándome todo el santo día con información sobre

las organizaciones de las que me había hablado. Me pasaba *links*, que me redirigían a otros *links*, que a su vez me redirigían a otros *links*. Tuve que empollarme páginas enteras de manifiestos abolicionistas, testimonios de prostitutas rehabilitadas y todo tipo de informes complicados y liosos, como si yo tampoco tuviera otra cosa que hacer que sentarme a amamantar durante horas con el iPad a mano. Trillar aquella información era complicado, requería tiempo y, sobre todo, la colaboración directa de aquella a quien iba dirigida.

Alicia, a la que mantenía al tanto de mis pesquisas y que continuaba hablando con Sonia por WhatsApp, me decía que no estaba segura de que fuese a apreciar que nos entrometiéramos más.

—Se va a cabrear —advirtió.

—¿Y qué hacemos entonces? ¿Esperamos a que la encuentre el poli ese y le llevamos tabaco a la cárcel?

—No, claro que no. Pero me da la impresión de que estás dando demasiado por hecho y que, no sé, igual deberías preguntarle a ella primero qué es lo que quiere hacer, ¿no te parece?

—Vamos a ver, Alicia, ¿a ti te parece que a ella le gusta lo que hace? Esto es una buena oportunidad para cambiar de vida, nada más. No la voy a obligar.

Me dio la razón, aunque no la noté muy convencida. Yo creo que, más que otra cosa, a Alicia le daba miedo Sonia. Que se enfadase y nos mandase a todas a la mierda, empezando por ella. A mí me daba igual, pero a Alicia parecía unirle un vínculo especial con Sonia, un poco enfermizo y dependiente, todo sea dicho, pero teniendo en cuenta que ella tampoco lo tiene que haber pasado muy bien con todo este tema del aborto y lo de su universidad, entiendo que se haya agarrado a la primera ilusión de amistad y apoyo que se le ha cruzado por delante. Hasta qué punto Sonia es consciente de eso y de lo frágil que es Alicia es otra de las cosas que tengo que aclarar con ella en cuanto me coja el teléfono.

RAMÓN

No sé decirte exactamente en qué momento noté que estaba pasando algo raro. Llevaba ya un tiempo con la mosca detrás de la oreja, ya lo sabes, que Bego estaba rarísima. Se pasaba el día en las nubes y, cuando volvía a la realidad, estaba de un humor de perros. No se le podía decir nada, enseguida saltaba como una fiera.

Aunque lo que me hizo sospechar de verdad fue que, sin venir a cuento, últimamente le han entrado unas fogosidades que ni de recién casados. Que oye, no me quejo, yo encantado de la vida, pero hay algo…, no sé, algo no anda bien. A ver cómo te lo explico: es como si no fuese ella, o sí, sí que es ella, claro, pero de otra forma. No es sólo que esté distraída pensando en sus cosas, que eso ya sé cómo es, no sería la primera vez que la pillo haciendo la lista de la compra en plena faena, veinte años de matrimonio dan para mucho, créeme. Es más como si no estuviese ahí para nada, como si no me viese. Se pone a hacer cosas que no había querido hacer nunca, vamos, que es que yo no me habría atrevido ni a insinuárselo, pero todo como por su cuenta. No era… bonito. Romántico. Romántico, eso es. ¿Entiendes? Que no era que de pronto la sintiese yo muy enamorada y con ganas de complacerme. Era más bien al revés, como si lo que buscase fuera castigarse ella.

Bueno, da igual, yo me entiendo. Además, no me gusta hablar de estas cosas, me da la sensación de que le estoy faltando al respeto a Bego y no quiero. No estoy intentando presumir de nada, es sólo que de verdad me parecía que había algo raro. Por eso llamé a Andrés. Yo no tengo mucha experiencia en esto, pero él es un pichabrava de cuidado. Le encantan las mujeres. Por eso no se ha casado nunca, yo creo, porque es que es cruzársele una tía guapa o con un buen culo, y da igual lo encoñado que estuviese con la novia, se le pasa el amor en un periquete. No sabría decirte con cuántas ha estado ya, aunque son muchas, eso seguro. Así que pensé que quién mejor que él para aconsejarme. Y le llamé. Me costó mucho dar con él. El móvil no me lo cogía, en el taller me decían siempre que estaba ocupado y que no podía ponerse al teléfono, en su casa me saltaba el contestador… Total, que al final, un día que devolví el camión pronto, me fui a buscarle a la salida del trabajo.

—¡Andrés, machote! —le saludé—. ¡Que estás desaparecido! —No le hizo mucha ilusión verme, se lo noté en la cara. Me imaginé que habría quedado con alguna mujer y yo le había cortado el rollo, pero en ese momento me importó tres cojones—. No seas cabrón —le dije—. Llevas tres meses que no te hemos visto el pelo, que parece que te estás escondiendo.

—Está bien.

Fuimos a tomar una cerveza. Yo le había dicho a Bego que no iba a cenar, daba por hecho que estaría toda la tarde de cañas con Andrés, que después de tanto tiempo tendría mucho que contar, pero casi no abrió la boca. Te lo juro por Dios. Con lo que habla normalmente, parecía una tumba.

Que no tenía novia ahora mismo, que tenía mucho trabajo, que estaba cansado. Eso fue lo único que conseguí sacarle. No le conté nada de lo de Bego, claro, ¿cómo? Si en cuanto terminó la cerveza, dijo que le dolía la cabeza y que se iba. Media hora estuvimos, nada más. De camino a casa, me imaginé de todo: que estaba enfermo, que tenía problemas de dinero, que se había metido en algún lío, algo por el estilo. Estaba preocupado.

Entré en casa deseando contárselo a Bego. Andrés siempre ha sido como de la familia, ya te lo he dicho. Bego le conoce bien, también se preocupa por él. Pero cuando le dije que había ido a buscarlo, antes de contarle de qué habíamos hablado, puso una cara que, bueno, ya no hizo falta nada más. De pronto, todo estaba clarísimo.

Y ahora…, ¿ahora qué? Me siento como si me hubiesen dado una hostia en toda la jeta y todavía estuviese mareado. No me atrevo ni a pronunciarlo. La verdad es que no sé ni si quiero saberlo.

BEGOÑA

Me había dicho que iba a llegar tarde, así que cuando apareció por casa antes de tiempo, con esa cara de perro apaleado y arrastrando los pies, lo primero que pensé fue que le habían echado del trabajo, fíjese lo que le digo.

—¿Qué ha pasado, Ramón? ¿Estás bien?

Yo estaba haciendo la cena. Ramón se sentó a la mesa de la cocina y soltó un bufido.

—He ido a ver a Andrés —dijo.

En ese momento se me heló la sangre. ¡Dios mío de mi vida y de mi corazón! ¡Qué mal lo pasé! Le juro que vi pasar toda mi vida por delante de los ojos en un segundo, que me entró hasta vértigo. Yo creo que conseguí disimular rápido y no se dio cuenta, pero, de todas formas, tonta no soy, esto no es algo que vaya a poder mantenerse en secreto para siempre. Andrés es como su hermano, ¿sabe? No tiene sentido que desaparezca de nuestras vidas así de repente, sin ningún motivo. Estaba claro que Ramón empezaría a mosquearse y que, bueno, como ha terminado pasando, iría a buscarle.

Por suerte, Andrés no le contó la verdad. En realidad, no sé qué le contó; según Ramón, nada. Dijo que estuvo muy raro y que se quiso ir enseguida, como si le estuviese rehuyendo, pero poco más. Estaba muy triste. Ramón, digo. Imagino que no se explicaba ese comportamiento por parte de su mejor amigo. Si supiera lo que ha pasado, entonces sí que entendería muchas cosas; la actitud de Andrés, para empezar, y también la mía. Aunque no se le pasaría la tristeza. Al contrario, se pondría peor.

Por eso aquella tarde, cuando se me pasó el susto, fui todavía más amable que de costumbre: le freí un huevo más, fregué yo, acosté a los niños, dejé que eligiera el programa de la tele, le abracé en la cama. Me daba una pena horrorosa. Para colmo, a la mañana siguiente volvió a irse con el camión y, a pesar de todos mis esfuerzos del día anterior, seguía como decaído. Me sentí muy mal, con muchos remordimientos de conciencia.

Normalmente, cuando se marcha Ramón se me pasan pronto. Los niños, el trabajo, la casa, Manuel, hay un montón de cosas que me distraen, aunque más que eso, el no tener que andarme con pies de plomo para no meter la pata es lo que más me serena los nervios.

Pero esta vez, no sé, no conseguía olvidarme del asunto. Lo tenía todo el rato dándome vueltas en la cabeza, me notaba el estómago encogido, como cuando de pequeña había hecho una trastada en el

colegio y sabía que, de un momento a otro, iba a sonar el teléfono y sería la monja, y a mi madre, que estaba de buen humor y acababa de prepararme la merienda, se le iban a enturbiar los ojos y me iba a soltar un tortazo nada más colgar.

Lo que quiero decir es que hay cosas que se ven venir desde lejos. Como aquella tarde, sola en casa, cuando sonó el telefonillo. Abrí sin preguntar quién era porque en el fondo ya lo sabía. Supongo que hacía tiempo que lo esperaba.

—Pasa —le dije, apartándome de la puerta.

Andrés avanzó despacio, mirándolo todo con curiosidad, como si fuese la primera vez que entraba en casa y no tuviese prisa por llegar a la cocina. Se sentó con cuidado en su silla de siempre y respiró hondo antes de atreverse a mirarme a los ojos. No dijo nada. Parecía muerto de miedo.

—¿Quieres un café? —pregunté.

Carraspeó.

—Sí, un café está bien. Gracias.

Me puse a preparar la cafetera, de espaldas a él. El nudo del estómago me había subido hasta la garganta y empezaron a temblarme las manos. Escuché cómo Andrés cogía aire antes de decir:

—Bego, tenemos que hablar.

Me volví hacia él, apoyándome en la encimera detrás de mí.

—Ay, Andrés, me estoy volviendo loca —dije—. No sé qué hacer. El pobre Ramón…

Se me quebró la voz. Andrés se levantó y me abrazó. Yo, bueno, le habría apartado, pero él era la única persona que podía consolarme de verdad, sin mentiras de por medio, y me hizo sentir bien. Hasta que, al cabo de un rato, noté que la forma que tenía Andrés de acariciarme la cabeza y la espalda no era muy normal. Comprendí que lo estaba entendiendo todo al revés cuando se puso a besarme el cuello, aunque estaba tan sorprendida que no reaccioné enseguida.

Pero es que yo no me esperaba eso, de verdad. Yo pensaba que Andrés había venido a ayudar, a proponerme algo, una mentira a medias entre los dos, alguna historia que explicase su desaparición

para intentar que las cosas volvieran a ser como antes. Porque eso era lo que yo más necesitaba en este mundo: un cómplice, alguien que cargara con parte de mi culpa y me aliviara un poco la conciencia. Alguien que me dijera que sí, había sido un error, pero que no tenía tanta importancia y no estaba mal querer hacer como si no hubiera pasado, convertirlo en un recuerdo lejano, de esos que acaban pareciendo mentira. Desde luego, lo último que quería era esto.

Le aparté.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Andrés… —suspiré—, me parece que te estás equivocando.

—Bego, yo te quiero —dijo—. Te lo juro por mi vida que te quiero.

—No puede ser, Andrés.

Insistió, claro, como si yo sólo hubiera dicho que no para ponerle a prueba. Dijo que, después de más de tres meses sin vernos y la visita de Ramón, se había tirado la noche pensando, que casi no había dormido. Había decidido que, antes de recuperar a su amigo, tenía que zanjar el asunto conmigo.

—Pero es que ha sido verte, Bego, y yo… Yo no lo puedo evitar.

Luego dijo que siempre me había querido, que había soñado miles de veces con lo que acabó pasando aquel día y que, aunque lo había intentado, no conseguía arrepentirse. También dijo que sabía —*sabía*, fíjese bien— que yo también le quería, que entendía que para mí fuese difícil aceptarlo, por los niños y Ramón, pero que el amor no entendía de reglas, que cuando pasaba, pasaba, y que teníamos derecho a ser felices juntos.

Yo no hacía más que repetirle que no, que no y que no. Al principio con amabilidad, que incluso le pedí perdón, porque me daba pena verle así de angustiado por mí y no quería herir sus sentimientos. Aunque cuando me di cuenta de que no me estaba escuchando, empecé a enfadarme.

—Basta, Andrés. Para ya —le pedí.

Le entró por un oído y le salió por otro. Así que tuve que gritarle para que se callara, por pura desesperación, y bueno, me da vergüenza reconocerlo, pero se me fue de las manos. Me puse como

loca, le insulté y todo. Si no llegan a llamar al timbre, creo que hasta le habría pegado. Supongo que tenía mucha tensión acumulada.

SONIA

Fue coña total. En serio. Yo acababa de terminar con un cliente y me volvía para casa, cuando me di cuenta de que estaba cerca del barrio de Begoña. Tenía previsto ir a hablar con ella algún día, no tenía que ser ese obligatoriamente, aunque justo aquella tarde no tenía nada que hacer y pensé que qué me costaba desviarme un par de calles de camino al metro y bajar por la suya. Me acordaba más o menos de cuál era del día de la clínica. Sólo quería echar un vistazo, te lo juro, y era la ocasión perfecta.

Normalmente me cojo un taxi, ¿sabes? No me mola nada pasearme por la calle vestida de faena a plena luz del día y entre semana encima, que canta un huevo, pero este cliente se piensa que soy universitaria, así que cuando nos vemos, me disfrazo de bohemia. Ya sabes: vaqueros, zapatillas sucias, moño despeinado, ropa interior de algodón, sin maquillar. Hasta llevo una carpeta llena de papeles, para darle más realismo al asunto. Yo me veo horrorosa, aunque con él me funciona de puta madre, que es lo importante. No, no te equivoques, no es ningún pervertido. La mayoría no lo son, por si te interesa saberlo. Lo que pasa es que me debe de ver joven y se cree que esto lo hago para pagarme la carrera, así que me deja unas propinas de la hostia; y, oye, no seré yo quien desaproveche esa generosidad.

Bueno, el caso es que como iba discretita y tal y tengo que ahorrar, pues en lugar de taxi me fui a pillar el metro y ya cogí por la calle de Begoña. Reconocí el portal al pasar por delante. No pensaba llamar, básicamente porque no sabía qué piso era ni si estarían el marido o los niños, y de pronto se empezaron a escuchar unos gritos que lo flipas. Que lo flipas rollo los sudacas de mi barrio, vamos. Yo agaché la cabeza y seguí andando, pero entre el griterío capté una voz, una voz de hombre que decía: «Bego, Bego, por favor», y me quedé tiesa. Pensé, ahí va la hostia, a ver si va a ser la Begoña, *mi*

Begoña, que le están dando una paliza. O ya me dirás tú qué cojones iba a pensar con esos gritos.

En ese momento me la sudó todo, claro está, y me abalancé sobre los telefonillos como una loca. Me daba lo mismo que fuera su marido o el presidente del Gobierno, lo único que quería era parar aquello como fuese. Ya se me ocurriría algo que me explicase cuando les tuviese delante. Con las pintas que llevaba, podía pasar por cualquier chica decente, hasta por vendedora ambulante de enciclopedias si es que todavía existe eso. ¿Se sigue haciendo, por cierto? Bueno, qué más da, si es que además no era yo la que estaba haciendo algo malo, al revés. En cualquier caso, me puse a tocar todos los botones, aunque no debí de acertar el piso, porque los gritos seguían escuchándose cuando alguien abrió el portal sin preguntar. Una vez dentro, me orienté por los ecos y subí un par de pisos, creo que tres, antes de encontrar la puerta. Llamé enseguida.

De repente, silencio. Eso me tranquilizó un poco y me di cuenta de que llevaba aguantando la respiración desde la calle. Pensé que, al ver que había alguien ahí, el tío se había achantado y había parado de… pegarle o lo que sea que estuviese haciéndole. Yo seguía teniendo miedo, aunque ahora era un miedo diferente. ¿Qué coño iba a hacer cuando me abrieran? Si me abría el marido, claramente patada en los huevos, pero si me abría ella…

Me abrió ella. No tenía heridas ni nada hinchado, pero estaba sofocadísima, roja como un tomate y con los ojos así como de chalada. Al principio ni me reconoció, con eso te lo digo todo.

—¿Va todo bien? —pregunté.

Me asomé al piso por encima de su hombro y vi al tipo ese. Puf, vaya cara que traía el colega. Parecía que le habían metido una escoba por el culo.

—¿Sonia?

Los ojos de Begoña habían recuperado la humanidad. Y menos mal, porque por un momento creí que me iba a caer una hostia a mí también.

—Hola —dije sonriendo—. Pasaba por aquí y… —Me acerqué a ella y le susurré al oído—: Tronca, se oyen los gritos hasta en la calle.

Se estremeció con todo el cuerpo y se giró hacia el tío. No abrió la boca, aunque debió de hacerle alguna señal con la cabeza o le miró raro o qué se yo, el caso es que él reaccionó enseguida. Cogió su chaqueta y se acercó a la puerta.

—Ya me voy —dijo.

Miró fijamente a Begoña, pero esta sólo tenía ojos para sus pies. Esperó un par de segundos y, cuando quedó claro que a Begoña no le iba a salir de los cojones darse por aludida, se marchó achantadísimo. Vamos, yo por lo menos le vi jodido que te cagas.

Nada más desaparecer el tío por la escalera, sin dejar de mirarse los pies, Begoña me indicó que pasara. Me llevó hasta la cocina y se puso a preparar la cafetera. Era una situación un poco incómoda, ¿sabes? No estaba muy segura de qué se supone que tenía que decir.

—¿Siempre estáis así? —dije.

—No es mi marido.

¡Ahí va la hostia con Begoña! Con lo modosita que parecía la *jodía*. Me fijé en que le temblaban las manos.

—¿Estás bien? —pregunté—. ¿Quieres que me pire?

—No —contestó—. No te preocupes. Es que ha sido… Es complicado.

Se puso a llorar ahí de pie, tapándose la cara como el día de la clínica. Esta vez sí que me dio pena y la abracé fuerte. Tardó un rato en calmarse y contarme lo que había pasado.

Que menudo marrón, por cierto: el mejor colega del marido y, para rematar la jugada, el tío va y se encoña. Ya es mala suerte, ¿no? Y eso sin contar que se quedó preñada, que menos mal que no lo sabe nadie, porque ya sería lo único que le faltaba. Puf. Ahora entiendo que llorase en la clínica. Nos ha *jodío* mayo con las flores, como para no llorar.

En fin, que vaya movida. No pudimos hablar mucho más, porque iban a llegar los niños del colegio y Begoña no quería que me encontraran allí y empezaran a hacer preguntas. Le dejé mi número antes de irme, por si necesitaba cualquier cosa, hablar, dar una vuelta, partirle las piernas al desgraciado aquel, lo que fuera.

—Gracias —dijo.

Al llegar a casa, todavía tenía mal cuerpo. Qué mal rollo, en serio. A pesar de todo lo que me está pasando a mí, no me cambiaba por la Bego ahora mismo ni de puta coña.

ALICIA

Me quedé toda la semana en casa. Dije que me encontraba mal y, a pesar de que los finales estaban a la vuelta de la esquina, nadie puso ninguna pega. De hecho, mis padres estuvieron especialmente cariñosos: se acercaban a preguntarme si necesitaba algo, me besaban en la frente al cruzarse conmigo en el salón, mi madre me compraba revistas y le decía a Nela que me preparase purés y sopas. No mencionaron ni los exámenes ni las clases en ningún momento, no debía de preocuparles lo más mínimo. Confían en mí, ya sabes.

Yo estaba triste, desganada, me pasaba las horas en pijama viendo la tele tirada en el sofá. No me atrevo a decir que estaba deprimida porque, de alguna manera, me parecía que era algo voluntario, como cuando en plena rabieta te dejas arrastrar un rato por la autocompasión.

Lola me llamaba todos los días, estaba encendida. Con lo que había pasado de nuestro culo todas estas semanas, de pronto era como si le fuera la vida en ello. Por suerte, no llamaba para interesarse por mí —no tenía ganas de hablar con nadie—, sino por Sonia.

—¿Has hablado con ella? —preguntaba.

—No.

—Pues llámala ahora, anda, y luego me cuentas.

—Llámala tú —le dije.

—Lo haría, pero tú eres la que más relación tiene con ella. Además, yo no le caigo muy bien. Si la llamo yo, sospechará algo.

Con lo mandona que es Lola, por no discutir con ella acababa cediendo y escribía a Sonia todas las tardes para ver qué tal. En el fondo me hacía gracia notar cómo se acobardaba Lola en cuanto se trataba de hablar con Sonia. Por mucho que me dijera que estaba

alienada, que era una pobre víctima del heteropatriarcado y que había que salvarla, en el fondo, Sonia le imponía.

—Pero no digas nada de lo que estoy buscando, ¿vale? —me decía —. Tú tan normal. Es sólo para saber que sigue bien.

—Que sí.

De todas formas, yo ya me escribía con Sonia casi a diario. Desde aquella vez que dormí en su casa, cuando lo del gatillazo con Luis, Sonia era la única persona con la que me apetecía sincerarme. Lo que pasa es que, después de la emboscada que le tendí en su casa y lo mal que le sentó, me sentía culpable por estar pasándole información a Lola, por muy banal que fuera. Supongo que tenía un conflicto de lealtades.

Sonia, por su parte, estaba normal, puede que un poco más seria que de costumbre. No hacía bromas todo el rato ni me pinchaba a la primera de cambio, pero tampoco es que yo fuera la alegría de la huerta y, en lo referente a mi vida, que es de lo que hablábamos siempre, no había nada nuevo que contar. Me limitaba a retozar en mi miseria.

Si hubiese dependido de mí, creo que podría haber seguido así indefinidamente, hasta fusionarme con el sofá. Sin embargo, a finales de semana, mis padres me fastidiaron el plan.

—Ya sabes lo que odio las bodas —dijo mi madre—, pero tenemos un compromiso. Sólo estaremos fuera una noche.

—No te preocupes, mamá. Ya me encuentro un poco mejor.

—El domingo por la tarde estamos de vuelta, prometido.

Sonreí para tranquilizarla y me dio otro beso en la frente. La verdad es que no me importaba que se fueran. Dos días sola en casa sin tener que fingir tos ni dolor de cabeza y fumando todo lo que quisiera en el salón, imagínate, me hizo hasta ilusión. El problema fue que no me duró mucho. En mi nebulosa melancólica se me olvidó contar con Bárbara.

—Ali, tía, ¡que se piran los viejos! —me dijo en una de sus apariciones estelares por mi cuarto—. Ya he avisado a todo el mundo. ¡Este finde la liamos parda!

—Ay, no, Bárbara, por favor. No me encuentro bien…

—No me jodas, tronca, que yo no soy tonta. A ti lo que te pasa es que estás rayada, pero ya verás como con un par de tiros se te pasa. Hazme caso.

Dios. Mi gozo en un pozo. Las fiestas sin padres son un auténtico desfase y, si se hacen en tu casa, son una putada. La gente acaba pasadísima, les importa todo una mierda y tienes que ir detrás controlando que no te quemen los sofás, no tiren copas en las alfombras buenas ni se encierren a follar y a ponerse tiros en el cuarto de tus padres. Te toca estar al pie del cañón todo el fin de semana. Y cuando digo todo el fin de semana, me refiero a *todo* el fin de semana. Lo que no se gasta en garitos y copas se gasta en drogas, duplicando así el consumo habitual y las posibilidades de amortizarlo. Con decirte que muchos cuentan que se van de viaje para no tener que volver a su casa hasta el domingo, te harás una idea de lo que se me avecinaba. Una locura.

Pero, a pesar de que en mi estado apiltrafado y antisocial aquello fuese una pesadilla —que lo era—, no era lo peor. Lo peor, con diferencia, era que Luis iba a venir a la fiesta. No había vuelto a verle desde lo del gatillazo y, aunque había reducido su acoso telefónico después de su salida de tono, seguía escribiéndome casi a diario, manso como un corderito. Con lo que le había idolatrado siempre, me sorprendió el escalofrío de repulsión que me recorrió la espalda al visualizarlo, sudado y con la boca pastosa, repitiéndome en persona todas las chorradas romanticonas que me había dicho por WhatsApp.

Decidí que lo mejor sería escaquearme, buscarme otro plan, el que fuera con tal de no estar en casa el sábado por la noche. Le propuse a Sonia hacer algo tranquilo, pero no la vi muy por la labor, así que, cuando Lola me habló de un concierto al que la habían invitado en Vallecas, vi el cielo abierto. Intenté convencerla y, aunque estuve a punto de conseguirlo, en el último momento se echó para atrás.

—Es una locura —dijo—. Y tengo un montón de trabajo atrasado. Hablamos el lunes.

Al final, no tuve más remedio que resignarme a la fiesta y recurrir a Cris. Aunque todavía estaba mosqueada conmigo, prometió no

dejarme a solas con Luis en ningún momento. No era la panacea, pero mejor eso que nada, ¿no?

10

Sonia

Vi que alguien me había estado llamando el viernes por la mañana, pero ni pajolera idea de quién era. Al principio me asusté, claro, pensé que podía ser de la policía, aunque enseguida me dije que qué coño iba a ser la poli. Digo yo que si ya saben quién soy, vendrían directamente a buscarme, ¿no? Además, era un móvil normal, quiero decir, con cifras de esas, no un número oculto, y no creo yo que los maderos anden por ahí aireando sus contactos.

El caso es que hasta el viernes por la tarde no vi las llamadas y, cuando descarté a la policía, se me ocurrió que podría ser un nuevo cliente. Los fijos no me llaman nunca, nos comunicamos por WhatsApp, que es lo más seguro porque los mensajes no aparecen en la factura del teléfono y se pueden borrar sin dejar rastro. Pero sí que alguna vez le han pasado mi número a algún colega, compañero de curro o lo que sea, y lo primero que hacen es llamar. Que a mí me parece bien, ojo, se pueden adivinar mogollón de cosas por la voz y la actitud: si está tan tranquilo o muriéndose de vergüenza o, al revés, te empieza a soltar guarradas desde el minuto uno. Así ya sé a qué atenerme y decido si quiero quedar con él o no.

Bueno, pues como acabé convencida de que era un nuevo cliente, pasé de devolverle la llamada el viernes, que estaba matada. Lo último que me apetecía era ponerme a echar un kiki, mucho menos con un desconocido, que hay que esforzarse el doble, romper el hielo y todo eso, y se puede alargar la cosa que no veas. Me fui a la cama pronto y me olvidé del asunto.

El sábado, en cambio, después de haber hecho la casa, la compra y tal, me puse a coser un rato por la tarde y, en fin, cosiendo le das mucho al tarro, estuve haciendo cálculos mentales sobre cuánto tiempo necesitaría para ahorrar lo suficiente para poder largarme,

descontando los gastos normales que tengo, y de pronto me acordé de las llamadas. La verdad es que no me venía nada mal un cliente nuevo. Si además conseguía fidelizarlo, ya sería la leche, así que, aunque ya eran las nueve de la noche, cogí el teléfono y llamé. Me cogió una pava con una mala hostia que a puntito estuve de colgar. A ver si iba a ser la mujer y me quedaba sin cliente.

—¡Sí! —gritó.

—Disculpe, ¿con quién hablo? —pregunté con voz de secretaria repelente.

—Hola, Sonia. —Hostia puta, que sabía mi nombre—. ¿Sonia? —preguntó.

—Eh… ¿Quién es?

—¡Soy Lola! ¿Quién va a ser?

—Joder, tronca, qué susto me has dado.

—Perdona.

—¿Qué quieres?

—Tengo que hablar contigo —dijo.

—¿De qué?

—Bueno…, es un tema delicado. Tendría que ser en persona.

—¿No vendrás a tocarme más los cojones con eso que tú y yo sabemos, no?

—No, no, no tiene nada que ver con eso —dijo—. ¿Puedes quedar ahora?

—¿Ahora?

—Bueno, o más tarde.

—¿En el concierto?

—¿Qué concierto?

—Pues el de los chuminos esos *escocíos* al que te han invitado.

—Ah —se extrañó—. Eh…, no voy a ir, ¿por qué? ¿Tú sí?

—¿No estás con Alicia?

—No.

—Ahí va la hostia.

Colgué el teléfono y llamé a Alicia. No me cogió. Volví a marcar. Me había contado lo de que sus padres se piraban a una boda y que su hermana quería montarla parda en su casa. Pero es que, si a ella no le apetecía un cojón, imagínate lo que me apetecía a mí, así que

me hice un poco la lonchas cuando me dijo de quedar. Luego, como soy tonta del culo, me sentí mal, que aunque ya sé que la niña no es responsabilidad mía, pues una tiene su corazoncito, qué se le va a hacer. Estuve a punto de llamarla para invitarla a casa a ver una peli, lo que pasa es que justo me salió con no sé qué de un concierto macarra al que iba a ir con Lola y, mira, yo ahí ya me desentendí.

Ahora me la estaba imaginando en la fiesta, el pichafloja a su lado y ella con esa cara de pánfila que pone cuando le entra la timidez y no se atreve a decir que no, y me entró un agobio horroroso. La muy jodida seguía sin cogerme el puto teléfono, así que llamé a Lola otra vez.

—Tenemos que ir a buscarla a su casa —dije.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Te lo cuento luego.

—Está bien —dijo—. Ve a plaza de Castilla, te recojo en un Uber. Dame diez minutos.

Tardó veinte, pero pagó ella, así que no me quejé. Cuando llegamos…, puf, cuando llegamos. Qué pedazo de choza, colega, como las de las revistas de la pelu. La rehostia. Se escuchaba música, jaleo de gente y tal, aunque allí debe de dar igual, porque no había ni Dios por la calle, era un fondo de saco y las demás casas, bueno, lo que se veía de ellas por encima de las tapias, estaban a oscuras.

Nos abrió la puerta una pava que clarísimamente era la hermana de Alicia. Se parecen un huevo, pero esta es como la versión loca. Tenía los ojos superabiertos, de asustar, y la mandíbula se le iba para todos los lados.

—¡Hola, hola, hola! ¿Vosotras quiénes sois? ¿Colegas del Rulas?

—Amigas de Alicia —dije, como si tuviese una patata en la boca—. Yo soy Piluca y esta es Cayetana, como la duquesa.

—Ay, ¡encantada! Yo soy Bárbara, la hermana de Alicia. No sois de la Mora, ¿verdad? ¿De qué os conocéis? ¿De la uni? Huy, ¡qué sandalias más guapas, tía! ¡Me flipan! Yo tengo unas parecidas, pero no me las he puesto hoy porque son incomodísimas. ¿Las tuyas son cómodas? ¿De dónde son? Ay, pero pasad, las copas están ahí en la terraza. Alicia no tengo ni idea de dónde está. —Se giró hacia un

grupo de gente—: ¡Mikiiiiiiiiii! ¿Sabes dónde está Ali? Miki es un tío de puta madre, ahora os lo presento, no me oye, bueno, da igual, seguramente Alicia está en su cuarto, poniéndose a escondidas, la muy puta. Ja, ja, ja. Si queréis pillar, el Rulas tiene pastis y perico, y aquí somos todos de buen rollo. Por cierto, ¡qué sandalias más guapas, tía! ¿Te lo he dicho ya? Yo tengo unas…

—¿Dónde está el cuarto de Alicia? —pregunté.

—Ay, sí, perdona, ja, ja, ja. Arriba, la segunda puerta a la izquierda. Y las copas, allí en la terraza y también hay hielo y…

—Gracias —dije—. Ahora vamos.

—¡Genial! ¡Qué buen rollo que hayáis venido! ¡Huy, temazooooo! —gritó, dándose la vuelta y perdiéndose entre la gente—. Vamooooooos…

La cara de Lola era un poema. Estaba como hipnotizada.

—Tranquila, que no se le olvida respirar —dije, tirando de ella hacia la escalera.

Subimos al primer piso y encontramos la puerta. Estaba cerrada. Pegué la oreja, pero la música retumbaba por toda la casa y no se oía una mierda. Llamé por si las moscas.

—¡Pasa! —gritaron desde dentro.

ALICIA

Me tensé en cuanto oí que llamaban a la puerta. Todavía no había visto a Luis, así que di por hecho que sería él. ¿Quién si no? Por suerte, Cris estaba conmigo.

—¡Pasa! —gritó.

Al principio no las reconocí. Bueno sí, claro que las reconocí, lo que pasa es que flipé tanto que tardé un par de segundos en comprender que estaban realmente ahí, en mi casa, en mi habitación. Había deseado tanto que ocurriera algo así que, ahora que estaba sucediendo de verdad, no terminaba de creérmelo.

—Hola, pichona. —Sonia sonreía.

—Ho… hola —dije, levantándome de la silla—. ¿Qué hacéis aquí?

—¿Tú qué crees? —Se cachondeó Sonia—. Te hemos llamado la host…, o sea, como miles de veces, tía, en serio. Nos hemos megapreocupado. O sea. De verdad.

Me entró un ataque de risa. Lola se mantenía en un segundo plano sin decir nada, con los ojos muy abiertos. Su mirada estaba fija en Cris, más bien en el regazo de Cris, que había interrumpido la preparación de unas rayas y, con un libro en las rodillas y el DNI en la mano, me miraba interrogante.

—Esta es Cris —dije—. Cris, estas son…

—Piluca y Cayetana —se me adelantó Sonia—. Encantadas de la vida.

—Hola —saludó Cris—. Eh… ¿queréis unos tiros?

—No, gracias —contestó Sonia con una dulzura exagerada—. Todo para ti.

Cris, que no suele entender los sarcasmos, mucho menos cuando va hasta el culo, siguió a lo suyo. Preparó dos rayas, se metió una y me pasó el libro. Sonia y Lola seguían de pie y me miraban. Lo rechacé.

—Tía, Ali, no seas coñazo —me recriminó Cris—. No pretenderás que nos quedemos aquí encerradas toda la noche, ¿no? Miki lleva un rato esperándome abajo y…

—Vete con él —dije—. No te preocupes.

Cris suspiró, se metió la otra raya y, sin decir nada más, salió del cuarto. Sonia se tumbó en la cama de un salto y Lola se sentó en el borde.

—¿Eso era cocaína? —preguntó Lola—. ¿Cocaína de verdad?

—Sí —contesté—. Pero yo no me he metido nada.

—Muy bien —dijo Sonia, incorporándose—. Así me gusta. Por cierto, menuda choza, chavala. Tu habitación es más grande que todo mi piso.

—Preciosa, sí —dijo Lola—, ¿pero ahora qué hacemos?

—Tomarnos una copa. —Sonia se levantó—. Necesito ver esa piscina de cerca. Vamos.

Bajamos a la fiesta despacio, con cuidado, como si nos hubiésemos colado en una reunión de zombis asesinos y tuviésemos que pasar desapercibidas para sobrevivir. Había gente por todas

partes y la música, a esas horas todavía bailable, estaba altísima. Nos cogimos de la mano hasta llegar a la mesa de las bebidas, en la terraza. Estaba poniendo unas copas cuando escuché a Luis que se acercaba.

—Hombreeeee, Ali —gritó, cogiéndome por la cintura—. Qué de puta madre que hayas bajado. ¿Quiénes son tus amiguitas?

Sonia, que le debía de haber cogido gusto al personaje de Tamara Falcó, golpe de melena incluido, volvió a presentarse como Piluca y a Lola como Cayetana.

—Buen rollito —dijo Luis, repasando a Sonia de arriba abajo. Me recordó a esos tíos babosos que te taladran con miradas lascivas y amenazantes por la calle, dejando claro todo lo que te harían si te pillasen a solas. Un escalofrío de asco me recorrió la espalda y me solté de su abrazo—. ¿Y se puede saber de dónde han salido este par de bombones?

—Nos conocemos de la universidad —dijo Sonia, con la sonrisa más pérfida que he visto en mi vida—. Yo estudio sexología. O sea.

—¿Sexología? —Luis estaba eufórico. Debía de ir ya hasta el culo de todo—. ¡Qué pasada, tronca!

—Bah, no creas, es una carrera supertriste. O sea, imagínate, todo el día ocupándote de tíos inseguros con problemas de virilidad, impotencia y esas cosas. —Levantó el puño y, sacando el índice, lo plegó hacia abajo despacito—. Ya sabes. O sea.

A Luis le cruzó un destello fugaz de terror por la cara. Cuando vas pasado, se te distorsionan las percepciones. No sólo de tripi, con cualquier droga, la mínima reacción inoportuna por parte de otro puede dispararte asociaciones negativas y arrastrarte a una paranoia aterradora. Desde obsesionarte con que todos te miran mal y nadie te quiere, hasta que tus amigos se ríen de ti y conspiran a tus espaldas. Es una mierda de viaje, pero con un poco de suerte y, si tienes experiencia, la mayoría de las veces sólo dura unos segundos.

—¿Os preparo unas bombitas? —ofreció Luis, volviendo a concentrarse en mí.

—No, gracias —contesté.

—Venga, Alicia, no seas…

—Oye, ¿Luis, era? —interrumpió Sonia, con voz melosa y mirándole a los ojos—. Luis, cielo, casi no queda hielo. ¿Por qué no nos vas a buscar un poco a la cocina y si eso después nos preparas lo que tú quieras?

—¡Hostia! —Luis se llevó una mano a la frente y gritó—: ¡Hielo! ¡Claro que sí! ¡De puta madre, tía! ¡Qué buen rollo! Ahora mismo vuelvo… Pero no os escapéis, ¿eh?

Las tres sonreímos como si no hubiésemos roto un plato en nuestra vida.

Mientras Luis se alejaba bailoteando hacia la cocina, Sonia me cogió del brazo y le hizo una señal a Lola para que nos siguiese. Nos sentamos en una hamaca en la parte oscura del jardín, al otro lado de la piscina. Vista desde ahí, la fiesta parecía una película. Unos bailaban, otros hablaban, reían, fumaban, se abrazaban.

Cris pululaba por ahí, detrás de Miki. Siempre había sabido que era una relación desigual, aunque no creía que tanto. Desde lejos y sobria, se notaba la desesperación en los gestos de Cris, cómo fingía que estaba cómoda mientras él la ignoraba. Me dio mucha pena. Me pregunté si, visto desde fuera, Luis y yo dábamos la misma impresión. Probablemente sí. Luis volvió a la terraza, sin hielos y frotándose la nariz. Se le debió de olvidar el encargo, nosotras, en cuanto entró en la cocina y se encontró con alguno de sus amigos machacando pastillas en la placa de inducción. Bárbara rotaba de grupo en grupo, el alma indiscutible de la fiesta, deslumbrando con su carisma de Narcojefa. Su risa estridente, como de vieja loca, se escuchaba a intervalos por encima de la música. Me dio miedo. Hay cosas que sólo se entienden bien a cierta distancia.

—Gracias por venir —dije al cabo de un rato.

—Lo llego a saber y venimos antes —dijo Lola, poniéndome una mano en el hombro—. ¿Nos vamos ya?

—Por favor —contesté.

Nos levantamos y rodeamos el jardín, pegadas al seto. Lo último que queríamos era que nos interceptase algún colgado y se pusiera a darnos la brasa. Dejé a estas esperándome junto al coche y subí un segundo a mi cuarto a por mi bolso y las llaves de mi coche.

—No tardo —dije.

Pero sí que tardé un poco, porque dentro de la casa me fue imposible evitar ciertos encuentros. Claro que me refiero a Luis, ¿a quién si no? Entré por la cocina y ahí estaban él y el Rulas, un amigo chunguísimo de mi hermana que, como podrás deducir por su nombre, es el que se encarga de las pastillas, mano a mano preparando unas bombitas.

—¿Te piras? —preguntó Luis.

—Voy a por tabaco a la gasolinera.

—De puta madre —dijo el Rulas—. ¿Me pillas un Lucky?

—Claro. Luego me lo pagas.

Sonreí y pasé de largo, camino de las escaleras. No sé si fue porque, después de varias semanas de baboseo virtual, era de esperar que hiciese algo así, el caso es que no me sorprendió en absoluto que Luis me siguiera, sigiloso como un depredador, hasta mi habitación. No, no te preocupes, no me hizo nada. Sólo cruzamos unas palabritas sin importancia, aclaramos algunos términos confusos de nuestra relación. De ahora en adelante, dudo mucho que vuelva a darme el coñazo a mí o a alguna de mis amigas.

—¿Dónde coño estabas, pichona? —inquirió Sonia cuando nos metimos en el coche—. Hemos estado a punto de entrar a buscarte.

—Perdón —me disculpé—, me ha surgido un imprevisto.

—¿Todo bien?

—Mejor que nunca —me reí.

Abrí la cancela con el mando y arranqué. Hacía tiempo que no me sentía tan bien.

LOLA

Fue un fin de semana surrealista, para qué te voy a engañar. Después de salir de La Moraleja, entrando ya en Madrid, Alicia preguntó que cuál era el plan.

—Huy, el mío, sobar —dijo Sonia—, que a mí el chunda chunda ese de tu casa me ha puesto la cabeza como un bombo.

—Yo tengo hambre —dijo Alicia—. Podríamos ir a picar algo.

—¿Dónde? —pregunté—. A estas horas va a ser complicado encontrar un sitio tranquilo.

Sonia se encendió un cigarro y suspiró:

—Si queréis, yo os preparo unos macarrones. —Se inclinó hacia adelante, asomándose entre los asientos y me apuntó con el índice —: Pero a mí no me vengas con tus movidas de talibana come-hierba porque los pienso hacer con mogollón de queso.

—Por mí, bien —dije—. Estoy premenstrual.

—Entonces no le harás ascos a un poco de choricito picadito también, ¿no?

Me reí.

—No te pases.

—Está bien. Pues sin chorizo se ha dicho.

Y, madre mía, cómo estaban los macarrones. Me supieron a gloria. ¿Cuánto hacía que no comía queso de verdad? ¿Dos, tres años? Dios, qué ricos estaban y qué bien me sentaron. Con decirte que nada más terminar, repantingadas en el sofá, Alicia se lio un porro y yo, con lo que soy, que no soporto el humo, le di un par de caladas.

—Por lo que veo —se cachondeó Sonia cuando se lo pasé, aguantándome la tos—, hoy es el día de las excepciones para todas.

Sonreí, la cara relajándoseme ya por el efecto. En ese instante me sonó el móvil. Era Eduardo, quién si no. Me había marchado de casa corriendo hacía horas, sin darle muchas explicaciones, y ahora debía de estar preocupado. Pero ¿sabes qué? Que me dio igual. No sé si fue porque iba fumada o porque últimamente me tenía harta, el caso es que rechacé la llamada y apagué el teléfono. Que le den, pensé.

—Puedes dormir aquí si quieres —dijo Sonia, aplastando la chusta en el cenicero sin mirarme.

—Gracias —dije.

Y terminé de relajarme. Nos quedamos un buen rato en silencio, hipnotizadas por el techo y la música psicodélica de Alicia. Se me cerraron los ojos. De pronto, Alicia preguntó:

—¿Era el chico del concierto?

—No —contesté sin abrir los ojos—. Era mi pareja.

—¿Y qué pasó con el chico del concierto?

—El chico del concierto es un alumno y no hay más que hablar.

Sonia se empezó a reír.

—No jodas que te has tirado a un alumno. Mírala, Mrs. Robinson, si parecía tonta cuando la compramos.

—No, no, para nada. —Me incorporé, intentando despejarme—. ¿Qué dices? ¿Estás loca? Podría perder mi trabajo. Es sólo que…, no sé, creo que le gusto.

—A ti también te gusta —chinchó Alicia.

—No. Bueno, sí, un poco. Bueno, no, no me gusta. Me parece guapo, que es diferente. Sólo hemos tonteado un poco, nada más, que es un niñato macarra y yo tengo pareja.

—Con la que se nota que te va de putísima madre —ironizó Sonia, señalando mi móvil.

—Oye —dije—, que una cosa no quita la otra. Eduardo y yo llevamos muchos años juntos. Ahora estamos pasando una crisis, pero eso no quiere decir que vaya acostándome con todos los que se me cruzan por delante.

—Claro que no —apostilló Sonia.

—¿Es por lo del…? —Alicia dejó la palabra flotando en el aire.

—No —dije—. Ni siquiera lo sabe. La crisis viene de antes.

—¿De hace cuánto? —quiso saber Alicia.

Hice memoria. Este año había sido un desastre en todos los sentidos, pero el anterior… La verdad es que el anterior tampoco había sido memorable. ¿Y el de antes del anterior? Me entró vértigo.

—Un par de años —contesté.

—Eso es mucho, ¿no? ¿Folláis?

—Lo normal.

—¿Cuánto es lo normal? —se interesó Alicia.

—No sé, Alicia. Lo normal es… lo normal. Yo qué sé.

—¿Una vez a la semana?

Me reí con ganas.

—Al mes, más bien. Y tirando por lo alto.

—Hostia puta. —Sonia dio un respingo—. ¿Una vez al mes? ¿Estás de coña? Criatura, que te van a salir telarañas en el chocho.

Alicia se empezó a reír y, muy a mi pesar, yo también.

—A ver, Sonia, que Eduardo y yo llevamos ya muchos años juntos. Nuestra relación se basa en otras cosas, el sexo ya no es tan importante.

—Anda que no. Así estás como estás, no te jode.

—Bueno, Sonia…

—Te lo digo por experiencia —me interrumpió—. La mayoría de mis clientes están casados y son unos infelices que te cagas. Y me apuesto el culo a que sus mujeres están igual, lo que pasa es que a nosotras no nos disculpan las ganas de follar.

—Es que las mujeres no *necesitamos* follar.

—Que te lo has creído tú, maja. A las tías nos gusta follar exactamente igual que a los tíos.

—Si no digo que no, pero no con cualquiera.

—Anda, nos ha *jodío* mayo con las flores. Pues claro que no con cualquiera. Con el que nos mola, no te jode, aunque digo yo que te puede molar uno sólo para follar, ¿no? Que si lo hace un tío, es lo más normal del mundo, pero si lo hace una tía, como nosotras no necesitamos de eso, es que es un zorrón o ninfómana perdida. Las mujeres tenemos que andar siempre justificando nuestros polvos con amor, porque de toda la vida es mucho mejor ser tonta que puta.

—Ya, sí. Tienes razón. ¿Pero eso qué tiene que ver con mi relación?

—Todo, criatura, tiene todo que ver. Porque eso de que follar no es importante es una moto que nos hemos vendido todos porque a la gente le acojona estar sola y no tiene los huevos de reconocerlo. Y también, y esto te lo digo como mujer, porque los tíos tienen una virilidad frágil de cojones y prefieren mil veces que les dejes porque no te dan la manita por la calle que porque no saben comerte el coño como es debido.

—Joder, Sonia —empecé a enfadarme—, eso es muy fácil decirlo cuando no has tenido una relación larga. Eduardo y yo llevamos doce años juntos. Doce. Después de todo lo que hemos invertido y de todos los sacrificios que hemos hecho, no podemos echarlo todo a perder sólo porque llevemos un par de años regu…

—¿Pero tú eres feliz? —preguntó Alicia.

Suavicé el tono.

—Ahora mismo, no mucho, la verdad —admití.

—¿Entonces…?

No llegué a escuchar lo que dijo, porque una burbuja de calor húmedo me estalló en la entrepierna.

—¡Mierda! —grité levantándome.

—¿Qué pasa? —Alicia se asustó.

—Me ha venido la regla. —Me palpé la costura del vaquero—. Y me he manchado el pantalón. Joder.

Sonia se levantó y, saliendo del salón, dijo:

—Anda, ven, que te presto ropa limpia y te enseño dónde tengo los támpax.

La seguí hasta el baño. Abrió un armarito lleno de cajas de támpax de todos los tamaños y salió. Enseguida volvió con una toalla y ropa limpia.

—Dúchate si quieres —dijo.

Cuando salí del baño, el pelo empapado y unas bragas de encaje negro demasiado pequeñas, me equivoqué de puerta y entré en un dormitorio. Al principio pensé que era el de Sonia, claro, ¿de quién más iba a ser? Pero una capa de polvo recubría todos los muebles y, a pesar de que la cama estaba deshecha, había ropa en una silla y un par de libros en la mesilla, la sensación de abandono era evidente.

Me llamó la atención un corcho en la pared. Estaba lleno de fotografías, postales, un pequeño mapa, papeles que parecían entradas de conciertos y billetes de tren. Me acerqué a mirar. En bastantes fotos salía Sonia, más joven, o no mucho más joven, aunque con una mirada más clara, sin ese poso de amargura que tiene en el fondo de los ojos. A su lado casi siempre aparecía otra mujer, mucho más alta, corpulenta. En una le pasaba el brazo a Sonia por los hombros, estaban en la playa; en otra brindaban, en otra hacían el gesto de la victoria por encima de una paella gigante. En todas sonreían.

—Aquí no se puede entrar.

Me sobresalté. Sonia, cargada con mantas y dos almohadas, me miraba tensa.

—¿Quién es? —pregunté, señalando a la mujer de las fotos—. ¿Es tu compañera de piso?

—No es asunto tuyo —contestó inquieta, rozando la antipatía—. Sal de aquí, por favor.

No insistí.

—Perdona —dije.

En cuanto cerró la puerta detrás de mí, Sonia volvió a relajarse. Más tarde, cuando se fue a la cama y me quedé a oscuras con Alicia en el salón, seguía dándole vueltas a lo que había visto en aquella habitación.

—Alicia —susurré—, ¿estás despierta?

—Sí.

—Oye, ¿tú sabes de quién es la habitación esa que hay al lado del baño?

—¿Qué habitación?

—Nada, déjalo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Alicia se durmió enseguida, pero yo tardé un buen rato: no podía quitarme aquellas fotos de la cabeza. Ni tampoco todo lo que me había dicho Sonia.

LUIS

Hostia puta, qué movidón, colega. Me entró un bajón chunguísimo, te lo juro, que hasta me tuve que tumbar en la cama de Ali porque me empezó a dar vueltas la cabeza y me entraron unas ganas de potar que lo flipas. Y eso que era pronto y tampoco me había puesto tantísimo. Qué mal rollo, en serio, qué puta mierda todo.

Al rato me empecé a encontrar mejor, aunque seguía superrayado, y ya me iba a levantar cuando entró la Cris llorando a moco tendido. Flipó tanto al verme que se paró en seco en la puerta, con la mano todavía agarrada al picaporte.

—¿Qué haces tú aquí? —Casi se atraganta con las lágrimas—. ¿Y Alicia?

—Se ha ido a por tabaco —dije.

Se marchó dando un portazo. Qué petardo de tía, de verdad, todo el puto día montando dramas y lloriqueando detrás del Miki, que yo no sé cómo la aguanta. Bueno, sí lo sé, porque se la chupa siempre que follan, no te jode, así también la aguanto yo si hace falta. Lo que pasa es que como yo soy gilipollas, porque es que soy gilipollas, me fui detrás de la Ali, que vale que está mucho más buena, pero, joder, qué carácter tiene la pava, me cago en la puta, vaya mala hostia que se gasta la colega.

De todas formas, no siempre ha sido así. Antes Ali molaba. Ahora, no sé, no tengo ni puta idea de qué cojones le pasa que lleva una temporada rarísima. Al principio pensé que era el bajón de las drogas. A mí también me pasa, que tengo épocas en las que todo me parece una puta mierda. Suele ser justo después de algún desfase gordo, en plan que hemos estado de festival o nos hemos tirado todo el finde a saco en casa de alguien sin padres, sin dormir, sin comer y mezclando de todo. No es igual acostarte a las siete de la mañana que no acostarte en absoluto durante varios días. Cuando por fin te metes en la cama, tienes tanta mierda en el cuerpo que, por muy cansado que estés, te tiras horas comiendo techo y te levantas con la sensación de que has soñado mucho, pero no has dormido un cojón. Por mucho que te duches, durante días enteros sigues notándote la piel picajosa y la boca como entumecida. Eso por no hablar del dolor de mandíbula y el estómago, tan encogido que la única forma de poder comer algo es hinchándote a porros antes. En fin, que eso es lo que creí que le pasaba a Ali, nada grave, que estaba rayada de tanto salir y punto. Aunque estoy empezando a pensar que son las malas compañías. La pava esa rara que estaba en la fiesta, sí hombre, la buenorra esa de las tetas que estudiaba sexología, ya sabes cuál te digo, ¿no? Tenía una cara de arpía que lo flipas. Vamos, me apuesto el culo a que ha sido ella la que le ha llenado la cabeza de pájaros, porque ya me dirás tú, la Cris fijo que no ha sido, esa está igual, igual de pava y de pesada.

—¿Os habéis acostado? —me preguntó más tarde.

Yo había vuelto a bajar a la fiesta y no tenía ganas de movida. Ya había tenido suficiente por una noche. Sólo quería ponerme un tirito y tomarme una copa tranquilo antes de pirarme a casa. Me encontré

a Cris en la cocina, sentada de brazos cruzados y con una jeta como de estar hirviendo en odio. Daba miedo mirarla.

—¿A ti qué te pasa, tronca? —me escaqueé—. ¿Y Miki?

—Se ha ido.

Iba a soltarle algún vacile, por costumbre más que nada, pero cuando abrí la boca me acordé de lo que había pasado con Ali antes y me achanté. No quería llevarme otra colleja. No, Ali no me pegó, aunque casi.

Vale que los últimos días me ignoró de mala manera, pero como había estado simpática esa noche, que hasta me presentó a sus colegas de buen rollo, pues yo qué sé, pensé que sólo se había estado haciendo la interesante para que la siguiera. No sería la primera vez. El caso es que entré en su cuarto detrás de ella y cerré la puerta.

—¿Qué pasa, Ali? —le dije, así como insinuante. Ella estaba de espaldas, metiendo cosas en su bolso, y ni se inmutó—. Estás muy guapa esta noch…

—Corta el rollo, Luis. ¿Qué quieres?

Me acerqué a ella despacio y la cogí de la cintura. Estaba tiesa como un palo de escoba.

—Tenemos un asunto pendiente tú y yo —sonreí.

—No creo —dijo, muy seria.

Intentó apartarme, pero yo la agarré más fuerte y me froté un poco contra su cadera, para que viera lo dura que la tenía.

—Anda, no seas tonta —le susurré al oído, verraco perdido—. Verás qué bien nos lo vamos a pasar.

Fue entonces cuando me empujó y caí hacia atrás, con todo el culo en la mesa.

—Hostia, tronca, ¿estás flipando? —le grité—. ¿Qué puta mosca te ha picado?

Ni me contestó. Terminó de coger sus cosas y se fue hacia la puerta, sin mirarme siquiera. Yo estaba cabreado como un mono. ¿De qué coño iba esta tía?

—Eso, pírate —seguí gritando mientras salía de la habitación—. Vete a follarte a otro, que la fama de puta te las estás ganando a pulso.

Ñiiiiiii, como si hubiese echado el freno de mano, se paró en seco. Pensé que iba a ponerse a llorar o a chillarme o algo, pero respiró hondo y empezó a darse la vuelta muy despacio.

—¿Se puede saber —dijo sin alterarse— qué jodido problema tienes tú con las putas, pichafloja de mierda?

Me quedé todo tieso, con la boca abierta. No me salían las palabras.

—Eso pensaba —dijo.

Y se piró. Así, sin más. Qué mal rollo, hostia puta, qué movida, ¿no te parece? Como para ponerme luego chulo con la Cris, que sólo me faltaba que me gritase algo parecido allí, en mitad de la puta fiesta con todo el mundo metiendo la oreja. Puf, ni de coña. Salí de allí *escopetao*. Ni siquiera llamé al Miki para ver dónde andaba.

BEGOÑA

Ramón volvió el viernes a mediodía. Seguía mustio y, bueno, igual es que yo estoy paranoica perdida, pero aparte de triste, le sentí arisco. No me dijo nada malo, no es eso, aunque el tono con el que me contestó un par de veces no me gustó, porque Ramón rencoroso no es. Que no sé si rencoroso es la palabra, lo que quiero decir es que no es de esos que se molestan y, en lugar de decirlo, se hacen los ofendidos para que les insistas. Eso me lo hacía mi madre, que en paz descanse, y es algo que no soporto. Me he pasado la vida vigilando todo lo que hacía o decía, muerta de miedo, no fuera a ser que la enfadase por cualquier cosa y se estuviera tres días sin hablarme. No se imagina lo que se sufre. Pero Ramón nunca ha sido así, gracias a Dios, y por eso, más que alarmarme, esa manera de quedarse silencioso y contestarme como si le estuviese costando horrores contener la rabia, un dolor muy fuerte y muy adentro, me extrañó.

No era la primera vez que reñían Andrés y él, ya le he dicho que se conocen desde pequeños, así que figúrese, incluso a las manos han llegado en alguna ocasión. Eso sí, yo no me he metido jamás.

Son cosas de hombres, de críos más bien, y a mí ni me incumben ni me interesan, ya se arreglan ellos solos cuando se les pasa.

Lo que ocurre es que Ramón siempre se ha desahogado conmigo, ¿sabe? Horas y horas le he tenido sentado en la cocina dándole vueltas a lo que fuera que había pasado, al principio echando pestes, poco a poco calmándose y reconociendo su parte de culpa —que no en balde se dice aquello de que dos no riñen si uno no quiere—, para terminar llamándole, disculparse en un segundo y ponerse a hablar de fútbol o de lo que fuera tan amigos.

Pero esta vez Ramón no me contaba nada, y eso era raro. Quizás tendría que haber sospechado que algo no andaba bien, lo que pasa es que, en esos momentos, yo tenía otra cosa en la cabeza y, si antes me costaba, ahora ya sí que no me quedaban fuerzas para mirar a Ramón a la cara.

Después del griterío que le había montado en mi casa a Andrés y de cómo acabó la cosa, que no acabó realmente porque nos interrumpió Sonia y no pudimos aclarar la situación, yo no sabía a qué atenerme. Cada vez que sonaba el teléfono o tocaban al telefonillo o al timbre, me daba un vuelco el corazón pensando que podría ser Andrés, despechado, dispuesto a arramplar con todo. Me daba cuenta de que había sido una estupidez por mi parte no haber contado con él desde el principio. Al fin y al cabo, aunque soy yo la que está casada con Ramón, Andrés no es ningún extraño. Tiene su propia relación con él, a su manera, pero igual de importante que la mía, y eso le hace tan responsable y culpable como a mí por lo que ha ocurrido entre nosotros, ¿no le parece?

Bueno, a mí por lo menos sí que me lo empezó a parecer. Aquel fin de semana procuré mimar mucho a Ramón y mantener los nervios a raya, y el lunes, en cuanto volvió a marcharse con el camión, llamé a Andrés.

—Tenemos que hablar —le dije al teléfono.

Suspiró, como si llevase mucho tiempo aguantando la respiración o como si fuese a echarse a llorar.

—Lo sé —dijo.

—¿Podemos vernos?

—Cuando tú me digas.

—Termino el turno a las cuatro.

—¿Paso a buscarte?

—Sí.

Avisé a Manuel, que prometió prepararles la merienda a los niños y quedarse con ellos hasta que yo volviera. Qué majo es, ni siquiera me preguntó por qué me iba a retrasar. Me sabe mal cargarle con estas cosas, ¿sabe? Pero es que no tengo a nadie más.

El caso es que ese lado lo tenía cubierto y, cuando Andrés vino a buscarme al trabajo, nos fuimos a tomar un café. Tenía muy mala cara y me fijé en que andaba arrastrando los pies. Yo estaba nerviosísima, imagínese, con lo que me había dicho la última vez, a saber con qué me salía ahora.

—Andrés, yo…

—Siento mucho lo del otro día —me interrumpió.

Asentí, apartando la mirada. No me gustaba lo que estaba viendo, no era el hombre que conocía y del que siempre había tenido miedo de haberme enamorado sin remedio.

—He estado pensando —dijo— y creo que lo mejor para todos es que me vaya.

Le miré.

—¿Adónde?

—A ningún lado, Bego —sonrió triste—. Me refiero a irme de vuestras vidas, desaparecer. Por lo menos durante un tiempo, hasta que deje de doler.

Asentí.

—Ramón se va a poner tristísimo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué propones? Ramón es como un hermano para mí, no puedo hacer como si lo que ha pasado no tuviese importancia.

—¿Y yo sí?

—Tú eres su mujer, Bego. La madre de sus hijos. Para Ramón, su familia ha sido siempre lo primero.

—¿Crees que debería contárselo?

—No lo sé.

Nos quedamos en silencio.

—¿Sabes qué? —dije al cabo de un rato—. Toda la vida he estado aguantándome los celos cada vez que Ramón pasaba una noche fuera, y han sido muchas. Siguen siendo muchas.

—Él nunca…

—Lo sé. —Intenté sonreír—. Pero ahora daría lo que fuera porque lo hubiese hecho una sola vez.

—Lo siento mucho —dijo.

—Yo también.

Nos despedimos con un abrazo y cada uno se fue por su lado. Fue muy triste, lo más triste que he vivido nunca. A mi manera, yo le quería, ¿sabe? Me daba mucha pena que acabara así, que algo tan grande y que parecía tan fuerte se fuera al traste por una sola equivocación. Todo el mundo debería tener derecho a una segunda oportunidad, ¿no cree?

En fin. Qué tristeza.

Cuando llegué a casa, Toño estaba viendo la tele. Manuel estaba en la cocina con Blanquita pintándose las uñas. Me senté con ellos.

—Tienes mala cara —dijo Manuel—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —sonreí—, no te preocupes.

Era verdad, pero sólo a medias. Fue un poco como cuando salí de la clínica, que me eché a llorar de puro alivio. Un alivio de mentirijilla, de los que duran poco, porque, aunque después de hablar con Andrés se me había pasado la angustia de los días anteriores, el problema seguía ahí. Por mucho que Andrés no me delatase, por mucho que intentase protegerme, no podía borrar lo que había pasado. Nadie podía hacerlo.

11

Lola

Cuando llegué a casa el domingo, Eduardo me esperaba sentado en el sofá. Iba sin afeitar, llevaba la misma ropa que el día anterior, llena de arrugas, y tenía los párpados hinchados. Era evidente que no había dormido en toda la noche. Al verme se sobresaltó, pero enseguida se le oscurecieron los ojos y se le inundó la mirada de rencor.

—¿Dónde cojones has estado?

Lo preguntó despacio, casi sin entonación y con los dientes apretados. Yo ya contaba con esa reacción, aunque tampoco me hubiese sorprendido que se abalanzase sobre mí, llorando de alivio. Camino de casa había barajado varias posibilidades y, para serte sincera, más que miedo o pena, lo que me daban todas era muchísima pereza. No tenía ganas de enfrentarme a Eduardo, y mucho menos así, desde una posición de inferioridad. Vale que llevábamos mal mucho tiempo, pero la que acababa de meter la pata hasta el fondo desapareciendo toda una noche era yo, y ahora, bueno, ahora le debía una explicación.

El problema era que no podía darle ninguna. Ninguna razonable, quiero decir. En el metro había intentado articular una historia que justificase no sólo el haber pasado la noche fuera, sino sobre todo el haberlo hecho de esa manera, como si en vez de mi pareja, Eduardo fuese mi padre y yo una adolescente rebelde que hubiera decidido escapar a pesar de la bronca que sabía que le iba a caer al volver.

—Lo siento —dije con un hilillo de voz—, me quedé sin batería y se me apagó el móvil.

Respiró hondo y se frotó los ojos. Conozco ese gesto: estaba haciendo esfuerzos sobrehumanos para no perder los estribos.

—No te he preguntado eso —dijo.

Me dejé caer en la otra punta del sofá y suspiré. De pronto me sentía cansadísima.

—En casa de una amiga —contesté.

—¿De quién?

—No la conoces.

—Joder, Lola, los tienes cuadrados. ¿Tú te crees que soy imbécil?

—Te estoy diciendo la verdad. Me vino la regla y me quedé dormida.

—¿Crees que no he llamado a tus amigas?

—Eduardo…

—Las he llamado a todas. Y, después, como nadie sabía nada de ti, he llamado a todos los hospitales de Madrid. Y a tráfico. Y a la puta policía. Y a…

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —Soltó una risa agria, despechada—. Qué huevos tienes, Lola. Qué huevazos.

—¿Y qué quieres que te diga, Eduardo? Tienes razón. No está bien lo que he hecho, lo reconozco. La he cagado y lo siento. Lo siento mucho.

—Lo sientes mucho, claro que sí. Sientes tanto haberte quedado sin batería y haberte dormido en casa de —con retintín— tu nueva amiga secreta que lo primero que has hecho al despertarte esta mañana ha sido llamar para avisar de que estabas bien. Y al llegar a casa, sigues sintiéndolo tanto que, nada más entrar, has corrido a abrazarme y pedirme…

Se le quebró la voz. Fijó la vista en la televisión apagada, esforzándose por controlar el temblor de su boca y las lágrimas que, sin embargo, empezaron a rodarle por la cara.

Hubiese estado o no con otro hombre, supongo que lo más humano en ese momento habría sido acercarme a él, ¿no crees? Acercarme y abrazarle, acariciarle la espalda, repetir que lo sentía, aceptar su vulnerabilidad y responsabilizarme de su tristeza. Pero no lo hice: no me moví de donde estaba. No fue una decisión consciente, quiero decir que no elegí dejarle ahí, humillándose a solas por maldad o para castigarle por algo. Simplemente no me

salió. Me quedé ahí, observándole, paralizada. Al cabo de unos minutos, Eduardo se levantó y, sin mirarme, dijo:

—Voy a acostarme.

—Eduardo…

—Déjame en paz.

Se encerró en la habitación dando un portazo, dejándome sola en el salón. El aire estaba muy cargado y el silencio del apartamento era tan opresivo que me levanté a abrir una ventana. Hacía un día precioso, sin demasiado calor, y la calle estaba llena de gente paseando. En mi situación te parecerá una frivolidad, pero me hubiese encantado poder salir a dar una vuelta, sentarme en una terraza a leer un libro, tomarme una cerveza. Además de culpabilidad, empecé a sentir un ligero resentimiento hacia Eduardo.

Encendí el móvil y me encontré sesenta y seis llamadas de Eduardo y varios avisos de mensajes de voz que no me molesté en escuchar. Berta también me había llamado, dos veces, y me había escrito por WhatsApp para avisarme de que Eduardo estaba como loco intentando localizarme. La llamé.

—Tía, Lola, ¿qué ha pasado? ¿Habéis discutido?

—Más o menos.

—¿Puedes hablar? ¿Te apetece tomar algo?

—Hoy no. Eduardo sigue cabreadísimo.

—Joder, qué putada —dijo—. ¿Y mañana? ¿Tienes un rato? ¿Quieres que me pase por la uni?

—Me encantaría.

Al día siguiente, después de una noche de reproches, bufidos y algún que otro portazo, ver a Berta fue un soplo de aire fresco. Se trajo a Martina en una mochila, compramos unos sándwiches y nos los comimos en el césped del campus.

—Te juro que no estaba con otro —dije.

—¡Si yo te creo! A mí no me tienes que convencer de nada. Lo que no entiendo es por qué desapareciste así, sin más. Si me hubieses dicho algo, yo te habría cubierto las espaldas.

—No lo sé, Berta.

—Algo se te pasaría por la cabeza cuando apagaste el teléfono, ¿no? —No contesté—. ¿No? —insistió.

—Que estaba hasta las narices.

—¿De don Eduardo? —se mofó—. ¿Sigue instruyéndote sobre feminismo?

Me reí, aunque no tenía ninguna gracia. Esa era una de las cosas que más odiaban mis amigas —y yo también— de Eduardo, su condescendencia sobre todo, incluso sobre temas de los que no se había ni informado. En ese instante, tuve una sensación extraña. Era como si estuviese viviendo dos vidas: por un lado, la que giraba en torno a Eduardo y lo que habíamos construido durante años y, por el otro, otra no tan diferente a la que había tenido antes de él. Hacía siglos que no pasaba una noche entera a solas con mujeres, que no me prestaban unas bragas ni compartía baño con otra mujer desnuda y, bueno, igual piensas que me he vuelto loca, porque ni Sonia ni Alicia son mis amigas, pero a través de ellas me habían llegado reminiscencias de algo que, ahora me daba cuenta, echaba mucho de menos.

Quizás era esa la razón por la que llevaba tanto tiempo harta de todo. Harta de él, de sus manías, de tener que avisarle si cambiaba de planes, de negociar los fines de semana, de la sensación de estar imponiéndole a mis amigos. Sentía mi relación con Eduardo como un peso que tiraba de mí hacia abajo, limitando mis movimientos. Y no estaba enfadada con él, no le odiaba, no le recriminaba nada. En realidad, sólo estaba cansada. Cansada de estar harta.

—Ay, Berta, qué mierda todo.

—Se le pasará —dijo—. Ya verás.

Me frotó la espalda y me besó en la cabeza.

—¿Y si no se me pasa a mí?

—Entonces te vienes a casa.

—Seguro que a Juanma le hace muchísima ilusión.

—Hace dos años, su hermano se pasó tres meses tirándose pedos en *mi* sofá, ¿recuerdas?

—¡El cromañón! ¡Es verdad! —Me reí—. Que no sabía usar la escobilla del váter.

—Y Juanma le defendía.

—Te vengaré.

—Cuento con ello. ¿Recuerdas el plan?

—Compresas —asentí.

—Compresas usadas *everywhere*.

—Pobre Juanma.

—Bah, ya vive con dos mujeres. Mejor que se vaya acostumbrando.

Me abrazó otra vez y a mí se me escaparon dos lagrimones. Berta me cubrió la cabeza de besos, me cogió la barbilla y, mirándome a los ojos, repitió que iba en serio.

—Gracias —dije, secándome las lágrimas.

—Para eso estamos las amigas.

ALICIA

Cuando llegué a casa el domingo, mis padres no habían vuelto todavía. Bárbara dormía con las persianas bajadas, pero la casa, excepto por una mancha que apestaba a whisky en la alfombra del comedor, estaba bastante recogida.

Encendí el móvil y vi que tenía varios avisos de llamada, todos de Cris. Había WhatsApps de Luis, preguntando dónde me había metido y si quería que nos viésemos en mi habitación, y uno de Bárbara, pidiéndome que le comprase tabaco a ella también. El último mensaje era de Cris, reprochándome, a las seis de la mañana, que la hubiese dejado allí sola. Conociéndola, debía de estar supercabreada, pero ¿sabes qué? Que no me sentía culpable. La fiesta, la música, la casa abarrotada de gente me parecía un mundo lejano. Como si fuese un recuerdo antiguo y algo borroso, no un lugar del que había salido apenas unas horas antes.

Sin embargo, la semana empezó y tuve que fingir que retomaba las clases. Lola y Sonia tenían que trabajar, así que me fui a pasar el día sola al Retiro. Me aburrí tanto que al día siguiente llamé a Cris. Estaba tan enfadada que me colgó seis veces antes de contestar al teléfono y empezar a insultarme.

—Eres una zorra —dijo.

—Tía, lo siento.

—Me dejaste tirada en tu puta casa.

—Pensé que estabas con Miki…

—Miki pasa millas de mi culo. —Se puso a llorar—. Es un cabrón.

—Ay, Cris… Anda, paso a buscarte y damos una vuelta.

Por primera vez en un año, no tuve que insistir para encerrarnos en el coche. De pronto, la que no quería volver al parque nunca más era ella.

—Le odio —dijo entre lágrimas—. Le odio, le odio, le odio, le odio.

—Ya lo sé. —La abracé.

—Tía, Ali, ¡que se piró sin avisar!

—¿Te ha llamado?

—¡Qué va! Si siempre soy yo la que le escribe o le llama.

—Pues no lo hagas.

—No pienso.

—Muy bien.

—Este fin de semana, voy a ligar con todos los que se pongan a tiro delante de él. Que se joda.

Por experiencia sabía que esa estrategia no servía para nada, aunque también sabía que el rencor que alimentaba ese tipo de planes maquiavélicos y ridículos era un buen síntoma. Al fin y al cabo, yo había estado igual hace no mucho.

Cuando se calmó, Cris me preguntó por Piluca y Cayetana.

—¿Quiénes?

—Tía, Alicia, las tías esas raras que aparecieron por la fiesta.

—Ah, sí, claro.

—Luis dijo que las conocías de la uni, pero era un vacile, ¿no? Vamos, igual es que iba muy pedo, pero me parecieron como muy mayores, ¿no?

Suspiré. La verdad es que estaba cansada de mentir. Hablar por WhatsApp había sido muy intenso, aunque después del fin de semana tenía la sensación de que mi relación con ellas había alcanzado un punto de no retorno. Vale que no era probable que nos convirtiéramos en el típico grupo de amigas que quedan todos los días, o que cuentan automáticamente las unas con las otras para sus planes, pero no podía negar que Lola y Sonia habían empezado a formar parte de mi vida de una manera significativa.

¿Más que Cris? No lo sé. Con ella había vivido muchísimas cosas y ahora, viéndola agarrarse a mí como a un clavo ardiendo, me acordaba de la cantidad de veces que habíamos estado así, las dos juntas, a solas, intercambiando confidencias con las que íbamos construyendo nuestra intimidad. No obstante, también existían zonas oscuras entre nosotras. Por ejemplo, sabía que sus padres se habían separado hacía unos meses. Me lo había dicho Luis, que se enteró por Miki. Yo no me atreví a preguntarle a ella, di por hecho que me lo confesaría en uno de sus arranques de sinceridad desvergonzada, igual que me contó cómo intentó meterle mano un amigo de su padre borracho en el baño de su casa en una fiesta el año pasado o lo poco que le gustaba que le comieran el coño. Pero no lo hizo nunca y la misteriosa separación de sus padres se convirtió en un límite palpable de nuestra amistad.

Por supuesto, yo tampoco se lo contaba todo. No le hablé de mis sospechas sobre la adicción de Bárbara, ni de cómo me sentía cuando mi madre se pasaba con los Orfidales y le patinaba la lengua. No eran cosas importantes, pero sí el tipo de secretos que te alejan poco a poco de una persona. En cambio, ocultarle lo del aborto supuso un punto de inflexión. ¿Por qué lo hice? No lo sé. No fue una decisión premeditada. Tenía miedo, había momentos en los que incluso pensaba que sólo era un mal sueño, que aquellas dos rayitas rojas habían sido producto de mi imaginación. No quería que fuese verdad. Los embarazos no deseados a nuestra edad eran un mito social, no nos lo tomábamos demasiado en serio, abortar era algo que les pasaba a otras, no conocíamos a ninguna chica que lo hubiese hecho. Las reglas se retrasaban constantemente, pero siempre acababan bajando y todo quedaba en un simple susto y un par de días de dolor intenso, nada más.

Cuando supe con seguridad que la mía no iba a venir, Bárbara me dijo que tuviese cuidado con encoñarme con Luis. La única que sabía que me gustaba de verdad era Cris, así que Bárbara sólo había podido enterarse a través de ella, o de Miki, por lo que era probable que el propio Luis lo supiese también.

—Me prometiste que no ibas a contárselo a nadie —le recriminé a Cris.

—Tía, lo siento. Sólo se lo dije a Miki… Me juró que guardaría el secreto.

—Pues ya ves que no lo ha hecho.

Como comprenderás, aquello no me animó a confesarle que estaba embarazada. Sin embargo, ahora que Miki había salido de la ecuación y Lola y Sonia amenazaban con entrar en ella, parecía un buen momento para hacerlo, ¿no crees?

—No son de la universidad —dije.

—Ya me lo imaginaba. Luis se lo había creído —se rio—, y Bárbara igual. No sabía que están a punto de echarte de la uni.

—¿Se lo has contado? —Me asusté. Cris abrió muchísimo los ojos —. Joder, tronca —grité—. No me lo puedo creer… ¿Qué le has contado? No le habrás dicho lo de las cartas, ¿no?

—Lo siento, tía. Pensé que ya lo sabía.

—Joder, joder, joder. ¡Joder!

—Ali. —Me cogió del brazo con suavidad—. Ali, lo siento mucho. En serio. Bárbara es tu hermana, di por hecho que… Lo siento.

Respiré hondo para calmarme. Cris me pasó el porro y, acariciándome la espalda, volvió a decirme que lo sentía. Bueno, qué remedio, lo hecho, hecho estaba. Por lo menos, lo del aborto seguía siendo sólo mi secreto.

SONIA

Ya sé que sólo eran unos macarrones con queso, pero hacía la tira que no cocinaba para nadie. Ni me fumaba un canutillo de tranquis en el salón. Ni me reía como una loca. Ni hablaba con otras tías de cosas de las que hablamos las tías. Y luego lo mejor por la mañana: las tres desayunando en bragas y camiseta, con la cara hinchada, turnándonos en el baño, que entras a ducharte y ya está el espejo empañado y el aire cargado de vapor caliente.

¿Para qué te voy a engañar? Claro que me gustó. Cómo coño no me va a gustar si yo lo que más odio en este mundo es estar sola.

Lo que pasa es que después se marcharon y a mí se me volvió a abrir el agujero del pecho. Casi prefiero estar sola, fíjate lo que te

digo, así por lo menos no tengo nada que me recuerde a la Geli. Que no es que no me acuerde de ella, ojo, me acuerdo mucho, me acuerdo todos los días, pero cuando lo hago, yo ya sé que no es más que eso, un recuerdo lejano, y no me pierdo. Es como ver una película, no puede hacerme daño. En cambio, lo de este fin de semana… Ha sido un poco como cuando la Geli estaba aquí y, claro, ahora estoy todavía más triste que antes.

Además, que no soy tonta. Lola y Alicia no son mala gente, pero no me hago ilusiones: no vamos a ser amigas. ¿Que por qué? Ja, ¿tú qué crees? ¿Tú tienes muchas amigas putas? Pues eso. No digo que sea por maldad ni a propósito, pero es inevitable. Ya te dije que lo más duro de ser puta es cómo afecta a tu vida *normal*, cuando intentas relacionarte con personas que no tienen nada que ver con esto. Es como una habitación oscura llena de gente en la que tú estuvieras en el centro, en pelota picada, con un foco apuntándote desde arriba. Parece que los otros estuviesen viendo tus secretos más íntimos, que no es verdad, no tienen ni puta idea, pero *te miran* como si lo supiesen todo de ti. Y esa mirada, por mucha compasión que transmita, no es agradable.

A nadie le gusta dar pena. Es todavía peor que dar asco, fíjate. Si le das asco a alguien, es porque se siente amenazado y en el fondo está acojonado, pero si le das pena, es que te está mirando desde arriba. Te humilla aunque no quiera. La única alternativa que te queda es mentir, esconder lo que haces, que no se apropie de lo que eres. Y, bueno, no te voy a engañar, es un coñazo agotador. Por eso, al final las putas siempre acabamos relacionándonos entre nosotras, como si fuéramos una secta o viviéramos en una realidad paralela. Lo tengo asumido, así que no me voy a hacer ilusiones.

Esto durará lo que dure y ya verás que algún día, sin quererlo y a lo mejor hasta sin saberlo, Lola y Alicia me dan la patada. Qué se le va a hacer si vivimos en universos incompatibles. Sólo espero no estar aquí para verlo, llevarme un recuerdo bonito de ellas: la cara de felicidad de Lola rebañando el plato de macarrones y la de Alicia bostezando mientras vacía el azucarero en su taza de café.

Ya.

Ya está.

Ya paro, sí, que se me va a correr el rímel y tengo que ir a trabajar. Bastante mal voy, que con todo el follón del fin de semana no he tenido tiempo de acicalarme, que mira cómo llevo las uñas, mira, si parecen mejillones. Y el potorro ni te cuento, peor que el Yeti. Un desastre. Menos mal que el de hoy no es de los que se fija en esas cosas, que sólo me faltaba empezar a perder clientes justo ahora, que es cuando más los necesito.

He estado haciendo cálculos y en tres o cuatro meses tendré suficiente para marcharme de aquí en condiciones. Aún no es seguro, aunque lo más probable es que me vaya a Vigo. El tiempo es más jodido que el de Madrid, pero tiene playa. Además, Geli vivió allí un tiempo y, por lo que contaba, había buen ambiente. Mejor que aquí, desde luego. Se hizo muy colega de un pavo con el que compartía piso, un peluquero que por las noches tenía un espectáculo de *drag queens*. Creo que se llamaba Kike o algo por el estilo, no me acuerdo bien, pero su nombre de guerra era Madame Boba Boom, eso sí lo sé, y tengo una foto suya que encontré entre los papeles de Geli. Aunque no se dedica a lo mismo que yo, fijo que tiene contactos en el mundo de la noche y me puede echar una mano. Ojalá. A estas alturas de mi vida, lo último que quiero es ponerme a hacer la calle.

Pero bueno, que para eso es pronto todavía. Antes tengo que reunir pasta, no puedo presentarme allí sin un chavo.

Por lo demás, la semana empezó sin sobresaltos. Alicia me dio la brasa lo que viene siendo lo normal en ella, que es escribirme todas las putas noches preguntándome que qué tal, como si fuera mi madre. Al menos estaba bastante más animada que la semana anterior, que la había notado un poco depre, así que, si estaba muy cansada, pasaba millas de enrollarme. Que con Ali hay que tener cuidado porque, como le des pie, se pone a rajar y no para la tía. Qué intensidad, madre mía, lo que hace la juventud.

Me contó que el pichafloja la estaba dejando en paz y que se alegraba un montón. Me he quitado un peso de encima, dijo. Yo no le hice muchos aspavientos, por si las moscas, pero la verdad es que me sentí superorgullosa de ella. También me dijo que Lola había tenido follón con el novio —cosa que, después de colgarle el teléfono

el sábado, no era muy difícil de adivinar— y que lo más probable era que se mudase a casa de una colega. Me dio un poco de penilla, aunque no me atreví a escribirle.

Fue ella la que me llamó a mediados de semana para decirme que no se había olvidado de mí y que había lavado la ropa para devolvérmela. A mí la ropa me la sudaba, no eran más que unas bragas viejas y unos vaqueros descoloridos que hace la tira que no me pongo, pero insistió tanto que al final me pareció hasta feo decirle que no.

—Lo único que esta semana lo tengo complicado —dijo—. Con la mudanza y eso…

—Me lo ha contado Alicia. Lo siento.

—Gracias.

—¿Estás bien?

—Sí. —Me pareció que sonreía al otro lado del teléfono—. Un poco acojonada.

—Normal.

—Ya.

—Oye, si necesitas algo…

—Lo sé, gracias.

Le deseé suerte y quedamos en hablar la semana siguiente, cuando estuviese instalada. Yo seguí con mi vida de hormiguita ahorradora y me desentendí. Tenía mucho trabajo, el verano es temporada alta en mi negocio, más incluso que en Navidad, y mira que ahí hay años que no doy abasto, pero no me quejo, al revés, ahora mismo me viene de putísima madre.

BEGOÑA

Cuando Ramón volvió de viaje, yo estaba más calmada. No mucho más, pero algo sí. Hablar con Andrés me había sentado bien y, aunque seguía sintiéndome muy mal por lo que pasó entre nosotros, al menos tenía la sensación de haber hecho lo correcto en lo importante. ¿En qué? Pues en qué va a ser. Anda que no podría estar teniendo una aventura de verdad con Andrés, incluso irme con

él, y no lo hago. Eso tiene que contar algo, ¿no le parece? Bueno, a mí por lo menos sí que me lo parecía y supongo que por eso, cuando volvió Ramón, yo estaba más calmada.

En cambio, él no. Al revés, trajo peor cara que la que se llevó al marcharse, y eso que aquella ya era mala. No era la de cansancio, que esa me la conozco, sino más como de encontrarse mal.

—Hola —murmuró al abrir la puerta.

Entró en casa andando despacio, un poco encorvado y frotándose los ojos. No me dio un beso. Pasó directamente a la terraza y dejó su bolsa al lado del cesto de la ropa. Ni siquiera la vació.

—¿Estás bien, Ramón? ¿Te frío un huevo?

—No tengo hambre.

—¿Quieres darte una ducha?

—Luego.

Cogió una cerveza de la nevera y se fue al salón. Saludó a los niños, que estaban viendo la tele, y se sentó con ellos. Yo metí su ropa en la lavadora y me puse a planchar en la cocina. Encendí la radio. Desde donde estaba podía verles en el sofá, Toño embobado con la tele, Blanquita con un libro de esos que le presta Manuel y en medio Ramón, tieso como un palo, la lata sujeta encima de su rodilla. Me puse a pensar en mis cosas mientras planchaba, que, bueno, mis cosas es mucho decir, a lo que me refiero es a que hice el plan de la semana siguiente: mis turnos de trabajo, los menús, la lista de la compra y todo eso, que estando yo sola con los niños la mayoría de los días entre semana, tengo que tener la casa organizada como si fuese un cuartel.

De pronto, sentí que Ramón me estaba observando. Fue un momento nada más, porque en cuanto levanté la vista, él la apartó enseguida y volvió a mirar la televisión. Aun así, en el medio segundo en que nuestras miradas se cruzaron, me dio tiempo a ver algo que…, no sé explicarle qué es lo que vi, aunque sí sé que no me gustó. Ramón nunca me había mirado así antes, ¿sabe? Tan fijo y tan serio a la vez. Tan concentrado. Hasta escalofríos me entraron, fíjese lo que le digo.

Durante la cena apenas probó bocado y no abrió la boca, aunque como estaban los niños alborotando y Toño empezó a contarle lo de

la serie esa de marcianos y monstruos que tanto le gusta, que yo me pierdo con tanto nombre raro y lo rápido que habla el niño, pues no se notó tanto. Pero luego, cuando terminamos de cenar y me levanté a recoger la mesa, Ramón se quedó sentado y volví a sentir su mirada clavada en mi espalda. Me puse tan nerviosa que se me cayeron los cubiertos haciendo un ruido tremendo y se llenó todo el suelo de manchas de tomate. Blanquita vino corriendo, asustada.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. —La tranquilicé—. Se me han caído los cubiertos.

Ramón se levantó, salió a la terraza, preparó el cubo de la fregona y lo dejó al lado del lavavajillas. Se fue al salón sin decir nada y encendió la tele. Blanquita me miró, frunciendo el ceño.

—¿Qué le pasa? —preguntó en voz baja.

—No se encuentra bien.

Se encogió de hombros y me ayudó a recoger. Entre las dos acabamos enseguida. Me dio un beso de buenas noches.

—Estás pálida, mamá —dijo.

—Sólo estoy un poco cansada.

—No te acuestes tarde.

—Descuida.

Se fue a la cama. Toño ya estaba acostado. Llámelo como quiera, el caso es que tenía la cabeza zumbándome con ideas raras y, de pronto, me daba muchísimo miedo quedarme a solas con Ramón. Aunque sabía que no podía quedarme en la cocina toda la noche, lo alargué todo lo que pude repasando la encimera con la bayeta, doblando los trapos, colocando las sillas, pero se me agotaron las tareas y no me quedó más remedio que enfrentarme a la situación.

Entré en el salón y me senté al lado de Ramón. Él no se inmutó. No me sonrió, ni me puso una mano en la rodilla, ni me acarició el pelo como suele hacer siempre. Seguía tieso, con los ojos distraídos. Le juro que parecía un robot. Estuvimos así unos minutos, no sé decirle cuántos, a mí desde luego que se me hicieron eternos, hasta que la tensión se hizo tan insoportable que no pude más.

—Ramón… —No se movió. Acerqué mi mano a su rodilla, sin llegar a tocarla—. Ramón —repetí—, yo…

Se levantó de pronto, casi de un salto.

—Me bajo al bar —dijo.

Antes de poder reaccionar, escuché la puerta de la calle. Me entraron unos sofocos horrorosos. ¿Usted cree que se huele algo? Porque es que a mí es la única explicación que se me ocurre. Ramón no es así, ¿sabe? Normalmente es todo lo contrario. Y no lo digo sólo porque se bajase al bar, que no lo ha hecho nunca, sino por todo lo demás, todo su comportamiento de aquella tarde. Pero entonces, ¿por qué no me dice nada? ¿Por qué no me pregunta? ¿Por qué se controla?

Yo, que había empezado a creer que conseguiría salir de esta, ahora no sé qué pensar. Me voy a volver loca. Estuve a punto de llamar a Andrés, figúrese, pero me dio miedo que Ramón entrase en ese momento y me pillase hablando con él. Ahí sí que se iba a armar una buena. Si había alguna posibilidad de que estuviese así por otra cosa, no podía echarla a perder por una tontería como esa.

Puf, qué angustia pasé. Aquella noche no conseguí pegar ojo. No sé a qué hora volvió Ramón, porque me hice la dormida cuando le sentí meterse en la cama, aunque era tarde, eso seguro. Al día siguiente me fui a trabajar pronto y le dejé durmiendo. Por la tarde recogió a los niños en el colegio y se fue con Toño al parque y, nada más terminar de cenar, otra vez al bar. Apenas me hablaba y no me miraba a los ojos. Yo a él tampoco. Cada vez me daba más pánico acercarme y me di cuenta de que él me estaba evitando. Yo no seré muy inteligente ni tendré estudios, pero sí sé sumar dos más dos. Y él igual.

Ay, madre. Me siento como si estuviese encerrada en una habitación con una olla a presión al lado, a punto de estallar. ¿Qué hago? ¿Qué va a pasar?

La noche siguiente, cuando Ramón se bajó al bar, estaba tan desesperada que acabé cogiendo el teléfono y marcando el número de Andrés. Por suerte sonó el timbre y no llegué a marcar. Era Manuel. Se me había olvidado por completo que era jueves.

MANUEL

Todos los jueves por la noche subo a casa de Bego a ver una serie que le gusta mucho. Es un culebrón superchorra, pero a ella le encanta y, bueno, al final he acabado pillándole el gustillo y me he enganchado. Por lo menos nos echamos unas risas.

Herminia, la vieja que me alquila la habitación, tiene una tele más grande y también la ve, aunque paso de quedarme con ella. Es una arpía. Seguro que nadie la echa de menos cuando se muera. Te lo digo en serio, es malísima, es de esas que disfrutan haciéndole la vida imposible a los demás. Nunca viene nadie a verla, ni siquiera sus hijos, y yo intento no pasar más tiempo del estrictamente necesario en casa porque estamos en guerra.

O sea, ya sé que suena fatal, que ella es una señora mayor y yo le saco dos cabezas, pero es que es lo que es. Una guerra silenciosa, tácita, como la guerra fría, pero una guerra al fin y al cabo. La empezó ella, ¿eh?, que yo, con la que se montó en el pueblo y las palizas que me dio mi padre, lo último que quería era tener mal ambiente en casa. Así que al principio me aguanté.

En cambio ella, desde el primer día, dio rienda suelta a sus instintos psicópatas. Me llamaba pervertido, sarasa, timorato, enclenque —está viciadísima con los autodefinidos, por eso sabe tantos sinónimos—, pero a mí eso no me molesta. Después de las burradas que he tenido que soportar durante años en el colegio, que incluso me robaban los libros y los llenaban de pintadas, te puedes imaginar que lo que me diga una vieja amargada en camisón me entra por un oído y me sale por el otro. Lo que pasa es que acabó por darse cuenta y cambió de estrategia. Empezó a buscarse otras formas de putearme y, oye, tengo que reconocer que me sorprendió. La vieja tiene recursos.

Mira, un día, por ejemplo, echó lejía en una lavadora que yo había dejado puesta antes de irme a la facultad. Por supuesto que lo negó, pero, vamos, que las manchas esas son inconfundibles y yo la lejía no la había tocado. Ni siquiera sé dónde la guarda. Esto sin contar los calcetines que me esconde para que los lleve todos desparejados, ni cómo me sabotea con vinagre los *tuppers* de la comida, ni la cantidad de veces que se llena los bolsillos de arena del parque para esparcirla por mi cama.

¿A que es fuerte? Si ya te lo he dicho, que la vieja esta es una estratega peligrosa. Un día me dije: «Manu, o contraatacas o va a acabar contigo». Y eso hice. Empecé a apretar los grifos del baño con todas mis fuerzas, a esconderle las gafas; si me he comido un bocata, se las toqueteo con los dedos llenos de grasa; si deja un autodefinido a medias para más tarde, le relleno palabras mal… Ese tipo de cosas. Una mañana le cambié de sitio algunos cuadros y figuritas, aunque, en vez de cabrearla, que era lo que yo pretendía, se creyó que se estaba volviendo senil. De pronto la vi tan frágil y tan sola que me dio pena. No lo he vuelto a hacer. Lo de los cuadros, quiero decir, las otras cosas sí. Seguimos combatiendo, pero con deportividad.

En cualquier caso, lo que te estaba contando es que los jueves subo a casa de Bego a ver la serie. A veces subo antes y ceno allí también, bueno, la verdad es que ceno allí a menudo, aunque aquel día justo tenía que estudiar y me quedé en casa hasta casi la hora de empezar. Cuando llamé al timbre, me abrió Bego con el móvil en la mano y un careto que lo primero que pensé es que había ocurrido una desgracia, tipo, no sé, que Ramón había tenido un accidente y se lo acababan de decir por teléfono, o algo por el estilo.

—Ay, Manuel… —Se puso a llorar.

—¡Bego! —Me acerqué a ella, preocupadísimo—. ¿Ha pasado algo? ¿Dónde están los niños? ¿Y Ramón?

Begoña negaba con la cabeza, intentando hablar entre las sacudidas del llanto. Decía: «No… bien… están bien… soy yo… ay, Manuel… qué he hecho… qué he hecho».

Yo no entendía nada de lo que decía, pero por cómo estaba debía de ser gravísimo. Nunca la había visto tan fuera de sí, y eso que la he visto llorar cientos de veces, que Bego es muy sensible y llora hasta con los anuncios de detergente. Tardó bastante en calmarse —tuve que abrazarla muy, muy fuerte durante media hora por lo menos— y, cuando lo hizo, me contó lo que estaba pasando.

Vaya dramón. En serio, ¿a quién se le ocurre? Si el Andrés ese es un gilipollas. El típico chulito que se cree muy gracioso, de esos que siempre se ríen superalto de sus propias bromas y no paran de soltar comentarios cerdos, incluso delante de los niños. Buah, te

prometo que no entendía qué veían Ramón y Begoña en él para quererle. Yo, cada vez que subía y veía que estaba, me volvía a bajar con la vieja, con eso te digo todo.

—Y encima, Ramón está rarísimo —dijo—. Creo que sospecha algo…

—Jo, Bego.

—¿Qué hago, Manuel? Dime, ¿qué puedo hacer?

—No sé… Si fuera tú, se lo diría.

—Ni hablar.

—Pero, Bego, a ver si va a pensar que seguís liados.

—No hemos estado liados, Manuel, fue sólo…

—¡Pues por eso mismo! Le dices la verdad, le pides perdón y le juras por todo que no se va a repetir.

—¿Y si no me perdona?

—Ramón te quiere. Eres… eres la madre de sus hijos, seguro que lo acaba entendiendo.

—¿Y si se muere?

—De eso no se va a morir, Begoña. Y tú tampoco.

Le había echado un chorrito de vodka al té que le hice —sin que lo supiera, claro— y en cuanto le empezó a hacer efecto, se relajó. Me quedé un rato más con ella y me bajé con la vieja. Begoña me había prometido que esperaría a Ramón y hablaría con él esa misma noche, así que antes de irme le dejé preparado otro *té especial,* esta vez doble. Espero que la ayude, desde luego el otro le había sentado fenomenal.

12

Lola

A ver, no fue una mudanza de verdad. Me refiero a que no nos repartimos los muebles, ni rescindimos el alquiler del piso, ni me cambié de dirección postal. Ni siquiera avisé a mis padres. Sólo cogí mi ropa y algunos libros y me instalé en casa de Berta.

Puede que mi decisión fuese precipitada —en cierto modo, supongo que lo era—, pero es que, desde que aparecí por casa el domingo, el ambiente había ido empeorando por minutos. Eduardo estaba muy dolido y muy cabreado y yo, que entendía su postura, no hacía más que pedirle perdón por activa y por pasiva. Lo que había hecho estaba mal, fue una estupidez y no tenía excusa. Hasta ahí, todo bien.

El problema es que para él eso no era suficiente. Eduardo esperaba que estuviese arrepentida y, bueno, aunque era una expectativa razonable por su parte, no era mi caso. No me arrepentía de nada. Al revés, a pesar de la tormenta que había desatado con mi comportamiento, o quizás precisamente por ella, me alegraba de lo que había pasado. Hay dinámicas tan rígidas y tan arraigadas que sólo puedes escapar de ellas haciendo saltar todo por los aires.

Sin embargo, Eduardo no se daba por vencido. Pensaba que todavía existía una posibilidad y daba por hecho que intentaríamos arreglarlo. Su frustración crecía con cada uno de mis silencios.

—Llevo dos años, Lola, dos, dos putos años comiendo alfalfa porque a ti se te ha puesto en la punta de los cojones hacerte vegetariana…

—Vegana.

—¡Me cago en Dios! ¡Qué más da cómo se diga! Lo que cuenta es que lo hago, ¿no? Y no sólo eso, joder, también me trago tus series

de tías gordas sin rechistar —empezó a enumerar con los dedos—, tus adoctrinamientos feministas de los cojones, los de tus amigas, que hagas toples en la playa hasta cuando están mis amigos delante, tus…

—Basta, Eduardo.

—¿Basta? ¿Qué pasa, no te gusta que te recuerde todo lo que hago por ti? Porque hay más, ¿eh?, mucho, muchísimo más.

Esto era lo que escuchaba en bucle desde que entraba por la puerta, un reproche detrás de otro. Eduardo no parecía comprender que su actitud, en vez de azuzar mi culpabilidad, estaba disolviéndola. La escrupulosidad con la que hacía inventario de sus sacrificios, lo absolutamente convencido que estaba de su generosidad y de mi ingratitud me producían un rechazo casi físico. Imagino que, exponiendo sus concesiones, lo que pretendía era demostrarme su amor, pero lo único que yo entendía era: «Hey, nena, te he comprado regalitos, ahora me debes un beso».

En fin, que salí de allí como alma que lleva el diablo y me fui a casa de Berta. Ya me ocuparía de encontrar piso y recuperar mis muebles cuando pasase la tormenta y terminase la evaluación.

Que es que esa era otra, la evaluación. Aunque había sido mi decisión, todos los cambios que implicaba mi traslado precipitado de domicilio —volver a convivir con gente de mi edad, con un bebé, observar las rutinas íntimas e inconscientes de otra pareja…, etc.—, me tenían descentradísima. Fíjate cómo estaría que no me acordé de Diego hasta que, a mediados de la semana siguiente, ordenando mi despacho, encontré el *flyer* morado, sepultado por una montaña de papeles.

Se me encogió el corazón. Dios, qué cagada, por favor. Así estaba Diego de mustio, que se pasaba las clases suspirando encogido encima de sus apuntes. El pobre debía de pensar que había hecho el ridículo y quedado como un niñato estúpido delante de su profesora. Qué mal me sentí, en serio.

Busqué los comentarios de texto que me entregó, los leí por encima y los corregí con mucha generosidad. Bueno, le puse un bien alto, que tampoco hay que exagerar. Una cosa no tiene que ver con la otra.

Al día siguiente, nada más entrar en el aula me acerqué a su mesa y le dije:

—Carrera, ya he corregido tus ejercicios. Pásate por mi despacho después de clase y te los doy.

Como había sido un poco seca —pero qué quieres, estaba toda la clase delante y no era plan—, le sonreí simpática. No contestó. Se encogió de hombros y volvió a concentrarse en su carpeta. Mierda, pensé, ¿y si no viene? Sin embargo, vino, aunque no después de clase, sino a ultimísima hora, cuando estaba terminando de recoger mis cosas para irme a tomar algo con Alicia y Sonia.

Yo estaba agachada encima de la mesa, de espaldas a la puerta abierta, y no le vi llegar.

—Vengo a por los comentarios —dijo.

Me giré de golpe, sobresaltada. Diego estaba de pie en el umbral de la puerta, tenía los brazos cruzados sobre la carpeta y se observaba los pies. Si nos hubiese visto alguien, pensaría que le estaba regañando.

—Pasa, Diego —dije—. Siéntate, por favor.

Se dejó caer en la silla de mala gana. Seguía mirando el suelo. Cerré la puerta, saqué los comentarios de mi maletín y me apoyé de espaldas a la mesa, frente a él. Nuestras rodillas casi se rozaban y, desde mi posición elevada, sus ojos parecían cerrados. La imagen de él dormido apareció en mi mente como un espejismo. Diego se revolvió incómodo en la silla.

—Te he puesto un bien alto —dije, señalando la nota con el dedo —. En los dos.

—Gracias —murmuró.

Nos quedamos callados. Yo estaba muy nerviosa, tenía el corazón a mil por hora, pero esta vez la pelota estaba en mi tejado, así que respiré hondo y dije:

—Oye, Diego, sobre el concierto…

—No importa —me interrumpió—. Era una tontería.

—En cualquier caso, te agradezco la invitación.

—Ya.

Percibí un ligero sarcasmo en su respuesta y en la forma en que se irguió un poco, echándose hacia atrás en la silla.

—Creo que ha habido un pequeño malenten…

Se levantó de golpe.

—¿Puedo irme ya?

—Eh…, sí, claro —dije. No esperaba aquella reacción y su dureza me desorientó—. Puedes irte cuando quieras.

Se dio la vuelta con tanta brusquedad que tiró la silla. Se agachó a recogerla y entonces yo, no me preguntes por qué, porque ni siquiera fui consciente de haberme acercado a él, le puse una mano en el hombro.

—Diego…

Lo siguiente que recuerdo son sus ojos, hambrientos y suplicantes, clavados en los míos y su respiración agitada a dos milímetros de mi boca. Estaba a punto de abalanzarse sobre mí y yo tenía las bragas tan mojadas que no pensaba impedírselo. Creí que iba a desmayarme de excitación cuando, de pronto, se abrió la puerta. Del susto, salimos disparados cada uno a una punta del despacho.

—Huy, perdón. —Era la mujer de la limpieza —. Pensé que no había nadie. ¿Paso más tarde?

Podía haberle dicho que sí, pero el instante se había volatilizado. La mujer entró con su cubo y sus trapos y Diego aprovechó para escabullirse a toda prisa del despacho. Si se había dado cuenta de lo que acababa de interrumpir, que al menos no le viese la cara a él. Además, yo también tenía que irme. Otra vez iba a llegar tarde a mi cita con estas.

SONIA

Alicia llevaba unos días dándome por culo para ver si quedábamos. A ver, pobre, que ha sonado como si a mí no me apeteciese un cojón verla y no es eso; lo que pasa es que Lola también quería venir y, entre el mogollón de curro y que ahora vive con una colega y le echa una mano con la cría y eso, pues la tía tiene más compromisos que un ministro corrupto. Ali me llamó a mí primero, yo le dije cuándo podía, luego llamó a Lola, que no podía a esa hora, pero sí

por la tarde, yo por la tarde ese día no podía, pero al siguiente sí, pero entonces Lola no… Bueno, un follón que te cagas.

Al final conseguimos encontrar un hueco que nos venía bien a todas y quedamos en una terraza de Malasaña. Yo llegué la primera, me senté a la sombrita y me pedí una caña. Cuando me había bebido la mitad apareció Lola por la esquina, corriendo toda atolondrada, que hasta tuve que pegarle un grito porque se pasaba de largo.

—Perdona —dijo sentándose. Respiraba rapidísimo—. No te había visto.

—¿Estás bien, tronca?

—Sí, sí, sí, perfectamente.

Pero lo primero que hizo fue pedirse un copazo y tomárselo en dos tragos, así que tú me dirás. En cualquier caso, yo no quise ser indiscreta y me hice la lonchas, como si tomarse un ron con Coca-Cola a las cinco de la tarde fuese lo más normal del mundo. Al menos le sentó bien. Se calmó y nos pusimos a hablar de todo un poco, Lola me estuvo contando la movida con el novio y lo mal que le había sentado que se pirara de casa. Nos dimos cuenta de que Ali no llegaba pasada más de una hora. La llamamos, pero no cogía el teléfono ni leía los mensajes. En su WhatsApp ponía que su última conexión había sido a las tres y pico. No le dimos demasiada importancia, porque ya sabemos que esta se pasa el día fumada y lo más probable fuese que se hubiese despistado con el día y la hora, o que incluso se hubiese empanado y quedado sopa en el sofá.

—Ella se lo pierde. —Guardé el móvil en el bolso—. ¿Quieres otra?

—La última.

—Venga.

—Oye, Sonia… —Lola se puso seria—. Ya que estamos, hay una cosa de la que quiero hablar contigo desde hace tiempo.

—Tú dirás.

Carraspeó.

—Le comenté tu caso a una abogada penalista amiga mía, de hecho, es la que me tiene acogida en su casa, y me estuvo explicando que, aunque tú no… —echó un vistazo alrededor y bajó la voz —… le hubieses hecho eso a aquel hombre, ya sabes a lo que

me refiero…, bueno, pues a pesar de eso, tu situación es bastante arriesgada ahora mismo. Me dijo que lo mejor que podías hacer es irte de Madrid, por lo menos una temporada.

Se me quedó mirando con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas, expectante. Yo le sonreí.

—Eso es justo lo que tenía pensado hacer —dije.

—Ah, pues mira, muy bien. —Lola se enderezó. De pronto estaba contentísima—. ¿Y cuándo…?

—Cuando ahorre. Estoy sin un chavo y, como comprenderás, no puedo pirarme con lo puesto.

—Ya, claro. Claro que no. —Dudó un momento antes de añadir—: Quizás yo pueda ayudarte.

—¿Cómo? —Me reí—. ¿Vas a prestarme pasta?

—¡Mucho mejor! —Se le iluminó la cara. Cogió su maletín y siguió hablando mientras rebuscaba entre miles de papeles—. He estado investigando un poco y he encontrado varias organizaciones que ofrecen asistencia a mujeres en riesgo de exclu… en tu situación. Hay una que me gustó mucho, porque, además de ocuparse del traslado a otra ciudad y proporcionarte alojamiento en un piso seguro, te ayudan a encontrar trabajo.

—¿De puta?

Lola dio un respingo y me miró espantada.

—No, por Dios, Sonia, claro que no —dijo—. Te buscan un trabajo normal, de lo que tú quieras.

—¿Y si quiero seguir siendo puta?

Lola se quedó callada, examinando mi expresión con la boca abierta. Yo no moví un músculo de la cara, pero ella acabó decidiendo que tenía que estar de coña y soltó una risita forzada.

—Venga, Sonia, para ya.

—Te lo estoy diciendo en serio, Lola.

—No me lo creo —dijo.

—¿Qué no te crees?

—Que quieras seguir acostándote con tíos por dinero.

—¿Y por qué no?

—Por favor, Sonia, no me digas que te gusta.

—Nunca he dicho que me gustase.

—¿Entonces por qué dices que quieres seguir haciéndolo?

—Porque una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Vale, Sonia. —Suspiró exasperada y se frotó la cara con las manos—. Creo que no nos estamos entendiendo bien.

—Yo te estoy entendiendo perfectamente, Lola. La que no está entendiendo una mierda aquí eres tú.

—Sólo pretendo ayudarte.

—¿A qué?

—A que no te encuentre la poli, para empezar, a que tengas otra oportunidad, a que no tengas que dedicarte a vender tu cuerpo, yo qué sé, Sonia, a que tengas una vida mejor, joder.

—Y te agradezco la intención —dije—, de verdad que sí. Pero no sé si es que no te das cuenta de lo que estás haciendo, porque yo estoy aquí, delante de tus narices, y, en vez de preguntarme, te has puesto a dar por hecho cosas sobre las que no tienes ni puta idea.

—¿Como qué?

—Como que quiero dejar de ser puta, por ejemplo.

—¿Y no quieres?

—Si fuese rica, dejaba de currar de lo que fuera mañana mismo, fíjate lo que te digo. Pero para ser cajera en un supermercado o fregar portales por cuatro duros, pues mira, prefiero quedarme como estoy.

—¿Y qué tiene de malo ser cajera o fregar portales?

—Hostia, Lola, ¿tú de qué puto guindo te has caído, criatura? Pocos portales has fregado tú en tu vida, me parece a mí.

—Fregar portales es un trabajo muy digno, Sonia, no veo dónde está el problema. Además, no estás vendiendo tu cuerpo.

—¿Ah, no? ¿Y la bayeta cómo la mueves, con la mente?

—No te hagas la tonta, Sonia, me has entendido perfectamente.

—Sí, claro que lo he entendido. Dices cuerpo cuando realmente te refieres a coño, porque por lo visto sigues en la puta Edad Media y la dignidad de una mujer y de lo que haga con su vida depende de qué papel juegue su coño en todo eso.

—Sonia…

—¡Ni Sonia ni hostias! Estoy hasta los huevos de que la gente se crea con derecho a decirme cómo tengo que sentirme con lo que

hago.

—Yo sólo quiero ayudar…

—¿Quieres ayudar? Pues préstame pasta, tronca, que es lo que necesito, no que vengas a arreglarme la vida.

—¿Y qué vas a hacer con el dinero? ¿Vas a seguir haciendo lo mismo?

—¿Y a ti qué cojones te importa?

—Me importa, Sonia, porque quiero ayudarte.

—Te equivocas, Lola. Tú no me quieres ayudar, lo que quieres es chantajearme.

—Sonia…

—Vete a la mierda.

Dejé un billete de diez euros sobre la mesa y me marché. Hacía siglos que no me sulfuraba tanto, pero es que estas cosas me ponen de supermala hostia. Buah, qué cabreo tenía, de verdad. Me pasé todo el camino a casa con los dientes apretados, aguantándome la rabia. Lola no hacía más que llamar, pero yo no le cogía. La musiquita saliendo del bolso estaba poniéndome frenética. Imagínate cómo estaba que, llegando a mi portal, se me quedó un pavo mirando y por poco le muerdo.

ALBERTO GARCÍA

Se lo dije la última vez, ¿no se acuerda? Venga, haga memoria. I… m… p… o… ¿no? Bueno, no pasa nada, la verdad es que casi nadie lo recuerda, pero es que es más complejo de lo que parece. Se lo digo yo: ¡imposible no es opción! ¿Ahora sí? Ve, si tampoco era tan difícil.

El caso es, como le iba diciendo, que lo de la perseverancia y el tesón dieron sus frutos. Sí, justo a eso me refiero: la encontré. Encontré a la *call girl*. ¡Ja!

Tuve que sacrificar un montón de horas de sueño, porque entre el trabajo y Sandra Milena mucho tiempo libre no me quedaba. Que no digo que Sandra Milena me dé trabajo, al contrario, me relaja mucho, no se imagina usted lo que me relaja estar con ella, tiene

unas manos increíbles, me hace unas…, eh…, masajes…, masajes, eso es, me hace unos masajes que me deja como nuevo. Y a mí, pues claro, me encanta estar con ella, pasear con ella, hablar con ella.

Hablamos muchísimo, bueno, ella habla muchísimo. Habla y habla, con esa voz aterciopelada y ese acento tan dulce que a mí me maravilla. A veces me distraigo un momento y pierdo el hilo y ya no sé si me está contando algo de su familia de Colombia o de un culebrón que ve ella por las tardes, pero es que es difícil de seguir. Hay que ver qué familias tan grandes tienen allí, son cientos de primos, primos de primos, hijos secretos, todos tienen nombres compuestos, y yo, pues qué quiere que le diga, me lío un poco. Sólo nos hemos peleado en una ocasión y fue porque confundí el nombre de la cuñada de la prima de su tía segunda con el de una de las hermanas de la mala de la telenovela. Madre mía, qué rebote se cogió. Que no la escucho, dijo, que no presto atención. Buf, la de masajes que me tocó darle a ella hasta que conseguí que me perdonara. Aunque ya está todo arreglado, no se preocupe, me he hecho un croquis

Lo que quería contarle es que, después de innumerables sacrificios y un trabajo de investigación intenso y arriesgado, encontré a la *call girl*. Empecé por el archivo. Pensé que podría tener antecedentes, en cuyo caso existiría un expediente con foto a su nombre. Al terminar mi turno me encerraba allí a repasar con detalle fotografías de sumarios antiguos, con la esperanza de que apareciese en alguno. No, ahí no tuve ningún éxito. Por un lado, me dio rabia, pero, por otro, también me permitió deducir que no era una asesina en serie, lo que era una posibilidad a tener en cuenta y que, no se lo voy a negar, me daba un poco de miedo.

Pero, bueno, al final me pilló el inspector y tuve que dejarlo. Se enfadó tanto cuando se te enteró de lo que estaba haciendo que me castigó una semana entera a hacer DNI. Un rollo, sí, aunque gracias a eso la encontré. ¡Ja! Tuve una idea genial. Verá, me fijé en que, ocasionalmente, la gente en la sala de espera levanta la vista del móvil, para descansar, supongo, ¿y a qué miran entonces? ¡Exacto! A los carteles de la pared. Así que esa noche amplié la foto que tenía

de la mujer, puse abajo SE BUSCA y, a la mañana siguiente, la pegué junto a las de los otros criminales que tenemos expuestos.

Al terminar la semana, nadie había reaccionado a la foto y terminó mi castigo. Fui a quitarla antes de irme, para no meterme en más líos con el inspector y, mientras la descolgaba, se me acercó Sánchez.

—¿Qué haces, García? ¿Te la llevas para tu casa? ¿Dónde la vas a colgar? ¿En el baño? Ja, ja, ja.

Sánchez es…, bueno, está en antidrogas, ya me entiende. A mí no me gusta mucho, porque siempre está haciendo bromas y nunca estoy seguro de lo que pretende. O sea, no sé si se está burlando de mí o es que de verdad esas cosas le parecen graciosas y sólo quiere ser simpático.

—No —dije—. No, no. Es que…, bah, da igual.

—A ver.

Me quitó la foto de las manos sin preguntar. La miró, levantó las cejas y, sin dejar de sonreír, me la devolvió.

—¿Y el zorrón este, se puede saber qué ha hecho esta vez?

Me dio un vuelco el corazón.

—¿La conoces? —pregunté.

—¡Y tanto que la conozco! Tiene una mala leche de cuidado. La última vez que la vi, casi me da una hostia.

—¿Es drogadicta?

—¡Ojalá! Ja, ja, ja, así le habría sacado un favorcillo. ¿Has visto qué tetas?

(¿Entiende ahora lo que le he dicho de Sánchez? ¿Usted cree que esto es gracioso? En fin).

—¿Y entonces? —insistí—. ¿Vendía droga?

—No, qué va a vender droga esta, si es puta.

—¿Y qué hizo?

—Bah, sólo era testigo. Hace un par de años le dieron una paliza a un travelo y nos tocó a Pereiro y a mí ir a su casa a hacer el paripé. Esta de la foto era la compañera de piso.

—Ah… ¿Y… cómo quedó la cosa? ¿Resolvisteis el caso?

—¡Qué va! Si le dieron de hostias el día del clásico. Estaba Madrid como para salir disfrazado de putón verbenero. A ver si te crees que

este fue el único al que dieron cera esa noche.

—Pero…, pero los que dan palizas en grupo suelen reincidir. ¿No se investigó más?

—*Ná*, ¿para qué? Si además luego se tiró a las vías. Esa peña no está bien de la cabeza.

—Vaya —me quedé un poco volado—. ¿Sabes cómo se llamaba?

—Ni puta idea.

—¿Y la compañera? ¿La… prostituta?

—Vanessa o Sonia o algo parecido, no me acuerdo bien. ¿Pero tú para qué la buscas, pillín? ¿Qué pasa? ¿Que tu novia no te deja satisfecho? Ja, ja, ja.

—¿Cómo? Eh, no. No, no, es para otra cosa.

—¿Para el inspector? No me jodas, García, suelta cancha, chaval, que aquí nos queremos divertir todos.

—De verdad, que no es importante. Es testigo potencial, nada más. Ya si eso busco yo en el ordenador.

Lo que me costó quitarme de encima a Sánchez. Qué hombre más desagradable y más ordinario, bueno, ya lo ha visto usted. En cualquier caso, con la información que me dio encontré el expediente en menos de cinco minutos. Ahí estaba su nombre, Sonia Alonso Cabrera, y la dirección completa del piso que compartía con aquella otra pobre, que en paz descanse.

Estaba tan nervioso que esa misma tarde me acerqué a comprobar la dirección. Quería confirmar si todavía vivía allí antes de avisar al inspector, no me fuese a caer otra colleja por impaciente. Vestido de paisano para no llamar la atención, me paseé disimuladamente calle arriba, calle abajo, hasta que la vi aparecer por la esquina. Era ella, sin ninguna duda. Bajaba la calle clavando los talones y con cara de pocos amigos. Debió de darse cuenta de que la miraba mucho porque, al pasar a mi lado, se paró en seco y me dijo, con bastante mala leche:

—¿Y tú qué coño miras, gilipollas? ¿Qué pasa, que tengo monos en la cara?

Me asusté tanto que me saqué la placa sin pensar.

—¡Policía! —grité—. ¡Identifíquese!

Se pegó tal susto que se le cayó el bolso al suelo.

ALICIA

Yo ya sabía que iba a ocurrir tarde o temprano, pero pensé que todavía me quedaba un poco más de tiempo. Me confié, supongo, y por eso me pilló tan desprevenida.

Había estado toda la mañana con Cris, fumando porros y comiendo pipas en un banco del rugby, y aproveché que estaba en la Moraleja para pasar un momento por casa antes de bajar a Madrid. Había quedado con Sonia y Lola y quería darme una ducha rápida y despejarme. Recuerdo que estaba contenta, pletórica incluso, y que, a pesar de la hora —en teoría tenía clase hasta las cuatro—, entré en casa corriendo sin ningún tipo de precaución.

No esperaba encontrar a mis padres sentados en el salón con cara de circunstancias y, nada más verles, se me encogió el estómago. Fue un acto reflejo. Cuando creces con una hermana mayor como la mía, acabas desarrollando un miedo casi enfermizo a cualquier atisbo de conflicto, por mucho que sepas —y te aseguren— que no tiene nada que ver contigo. Al fin y al cabo, tú también tienes que convivir con la bronca y no te libras de los gritos, los portazos, el llanto de tu madre en plena cena o esos silencios sofocantes que duran días enteros. Es un puto infierno. Por eso, desde que tengo edad suficiente para moverme con libertad, procuro desaparecer en cuanto olfateo la mínima señal de pelea.

Saludé a mis padres con prudencia y toda la naturalidad de que fui capaz, los dedos cruzados para que no me preguntasen qué hacía en casa a esas horas, por qué no estaba en clase y adónde se suponía que iba ahora si la semana siguiente empezaban los exámenes y tenía que estudiar. No tenía excusa, pero por la cara que tenían deduje que Bárbara había hecho una de las gordas, y yo, en ese momento, debía de ser la menor de sus preocupaciones. Ya te he dicho que me confié.

—Alicia —dijo mi padre—, siéntate un momento, por favor. —Me acomodé en el sillón frente a ellos, apoyé el bolso en el suelo y la

carpeta y las llaves en el regazo—. ¿Qué tal llevas los exámenes? —preguntó.

Como siempre que sacaban el tema, me dio un vuelco el corazón.

—Bien —dije, intentando mantener la calma.

—¿Crees que aprobarás todo?

—Eh… No lo sé.

Mi padre asintió despacio y se giró hacia mi madre, que apretaba los labios y se miraba las manos. Se quedaron callados. Yo estaba tan nerviosa y tan fumada que empecé a emparanoiarme. Me entraron sudores fríos. Tenía que salir de allí cuanto antes.

—Bueno. —Me levanté, forzando una sonrisa ingenua—. Me subo a estudiar, ¿vale?

—¡Siéntate! —Mi padre dio un golpe sobre la mesa.

En ese preciso instante, supe que no tenía escapatoria. No sé cuántas horas estuve allí sentada, escuchando reproches y sorteando preguntas trampa, porque acabé perdiendo la noción del tiempo. No sólo sabían lo de la universidad, sino también lo de las drogas, y querían una explicación para todo. Querían saber cuándo, querían saber dónde, querían saber con quién y, sobre todo, querían saber por qué. Y esa era justo la pregunta que no podía responder.

Yo, por mi parte, sólo quería saber cómo se habían enterado, de dónde habían sacado tantísima información, pero no tenía derecho a preguntar. Tampoco me atrevía. Al final, en un ataque de rabia, a mi madre se le escapó que había sido Bárbara. Había vuelto a desaparecer dinero en casa y, cuando fue a reclamárselo, Bárbara lo negó. Siempre lo niega. Esta vez, sin embargo, no le hizo falta desviar la atención hacia Nela, el jardinero o el técnico de la alarma, porque, gracias a la bocazas de Cris, me tenía a mí. A mi padre le bastó una llamada a la secretaría de la universidad para confirmar los disparates que contaba Bárbara y así, de pronto, me convertí en la mejor cortina de humo que mi hermana había tenido en toda su vida.

¿Que si la odié por ello? Creo que no. O sea, sí que odiaba lo que estaba pasando, la situación en la que me encontraba ahora mismo me producía mucha frustración, pero a Bárbara no le guardaba

ningún rencor. Supongo que no esperaba otra cosa. Hacía mucho tiempo que había dejado de contar con ella.

Estaba anocheciendo cuando por fin pude subir a mi habitación, agotada. Tenía los ojos hinchados de llorar y me dolía la cabeza. Me tumbé en la cama y saqué mi móvil. Había varias llamadas de Sonia y algunos mensajes de Lola. No tenía ganas de hablar con nadie, pero las había dejado plantadas y me sentí culpable, así que llamé a Lola.

—¿Alicia? —contestó—. Alicia, ¿dónde estás?

—En casa —susurré. No quería que mis padres me escucharan hablar por teléfono—. Lo siento, he tenido bronca en casa y…

—¿Va todo bien?

—Mis padres se han enterado de lo de la universidad.

—Ostras…

—Ya… No sé cuándo voy a poder volver a salir. Estoy supercastigada. Me han quitado el coche, las tarjetas, bueno, ya te imaginas.

—Joder, lo siento.

—¿Estás con Sonia?

—No… —Dudó un segundo antes de añadir—: Hemos discutido y se ha marchado hace un rato.

—¿Qué ha pasado?

—Le hablé de las organizaciones aquellas, ¿te acuerdas? Las que me recomendó mi amiga Berta y…, bueno…, me parece que no le ha sentado muy bien.

—Joder, Lola, te lo dije.

—Ya, si ya lo sé. Pero pensé que… En fin, que ahora no me coge el teléfono.

—Normal. Parece que no la conoces.

—¿Te importa llamarla tú?

—¿Y qué quieres que le diga?

—Que lo siento muchísimo.

—Puf… —suspiré—. Está bien. Pero no te prometo nada.

—Gracias.

Colgué y marqué el número de Sonia. Me saltó el contestador. Me extrañó, porque Sonia nunca había apagado el teléfono por la

noche, aunque en ese momento no le di mayor importancia. Pensé que lo habría hecho para darle en las narices a Lola, así que me acosté y me olvidé del asunto.

Al día siguiente por la mañana, volví a intentarlo. Otra vez me saltó el contestador. Lola tampoco había conseguido localizarla.

BEGOÑA

Ya sé que Manuel es un crío, pero hablar con él me hizo bien. Seguía muerta de miedo, claro, todavía me faltaba hablar con Ramón, aunque al menos ahora sabía lo que tenía que hacer. Iba a decirle la verdad en cuanto entrase por la puerta. Lo tenía decidido.

El problema fue que, bueno, me quedé frita. No sé qué me pasó, porque no estaba cansada. Al contrario, cuando Manuel se bajó para su casa me sentía ligera, casi alegre, como si estuviese a un empujoncito de quitarme un peso enorme de encima. Le di un repasito al salón, cogí una revista, el té que me había dejado preparado Manuel, me senté en el sofá a esperar y… eso es lo último que recuerdo.

A la mañana siguiente, me desperté acostada en el sofá, la manta hecha un gurruño en el suelo y el peor dolor de cabeza que he tenido en toda mi vida. Dios bendito, no se hace usted una idea de lo mal que me encontraba. No sólo me dolía la cabeza, también tenía el estómago revuelto y la boca como pastosa. Buf, qué horror. Yo creo que me sentó mal el té, fíjese. Lo compré para las visitas y llevaba la tira de años en la despensa. Lo más seguro es que estuviese caducado. A mí me había parecido que tenía un sabor raro, pero como Manuel se tomó otro y dijo que sabía normal, pues pensé que es que no me gustaba y ya. Yo es que soy más de café, ¿sabe?

En fin, que estaba hecha un trapo. Me levanté como pude y me asomé a la cocina. Los niños estaban terminando de desayunar y Ramón les preparaba bocadillos para el colegio.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó Blanquita—. Tienes mala cara…

No me dio tiempo a contestar, porque me vino una náusea tremenda y tuve que salir pitando para el baño. Habría dado lo que fuera por meterme en la cama y quedarme allí todo el día, pero me di una ducha y me arreglé como pude. Cuando salí del baño, los niños ya se habían ido al colegio y Ramón estaba apoyado en la encimera, de espaldas a mí, frotándose los ojos. Estaba llorando. Me acerqué a él y le abracé todo entero, como abrazo a mis hijos por la noche cuando tienen pesadillas. Él se tapaba la cara con las manos.

—Ay, Ramón… —Se me empezaron a llenar los ojos de lágrimas—. Lo siento mucho. Lo siento muchísimo.

—Bego. —Se sorbió los mocos, me miró y habló rapidísimo—. Dime qué hago mal, por favor, dime en qué me equivoco y lo arreglo. Te lo juro, hago lo que tú quieras. Lo intento todo, de verdad, lo que tú me pidas, me cambio de trabajo, paso más tiempo en casa, adelgazo, lo que sea, pero dame otra oportunidad, te lo suplico… No te vayas.

Mire, voy a serle sincera: tuve que tomar una decisión, quizás la decisión más importante de mi vida, en menos de un segundo.

—Está bien —dije—. Está bien, Ramón. No me voy.

Ramón me abrazó de golpe, muy fuerte, como cuando en las películas de guerra dan a alguien por muerto y luego resulta que no lo estaba y aparece por sorpresa. Cómo me gustó ese abrazo, no se lo imagina usted. Me di cuenta de lo mucho que había echado de menos que Ramón me abrazara así.

¿Que si me sentí culpable por haberme aprovechado de la confusión? Un poco, aunque en comparación con lo que había estado soportando hasta ahora, me pareció un peso ligero, fácil de llevar. Además, pensándolo bien, no lo estaba engañando de verdad. Lo más grave, lo que había pasado entre Andrés y yo ya no era un secreto entre nosotros. El resto, bueno…, el resto sólo era una cuestión de perspectiva.

No me pregunte por qué, porque no lo sé, pero a los hombres es como que les duele menos una traición por amor que… por lo otro, ya sabe. Les pasa al revés que a nosotras, que perdonamos mejor un desliz que una aventura. Curioso, ¿no? Quizás es porque, como a nosotras nos han dicho de toda la vida que ellos tienen otras

necesidades y que lo más importante para nosotras es que nos quieran, pues se han acabado creyendo que a las mujeres el amor nos pierde igual que a ellos la cama.

Yo no estoy de acuerdo, aunque no soy quién para dar lecciones. En cualquier caso, no corregí a Ramón. ¿Le parece mal? Sé que no es lo más honesto, pero con lo mal que lo estaba pasando ya el pobre y el disgusto que tenía, ¿para qué iba a hacerle sufrir más? Saber que lo de Andrés no había sido más que un tropiezo y que se lo había ocultado por miedo a perderle y no porque hubiese perdido la cabeza y planease fugarme con él sólo iba a empeorar las cosas.

Al fin y al cabo, Ramón y yo queríamos lo mismo, una nueva oportunidad, y así, tal y como estábamos, era como mejor íbamos a aprovecharla: pensando que era el otro el que nos la daba.

Cuando Ramón me abrazó esa mañana, me sentí liberada. Era como si, después de haber estado aguantando la respiración durante meses, el peso que me oprimía el pecho se hubiese esfumado de golpe y pudiese entrar aire de nuevo. Me pasó con todo. Había estado viendo mi vida de lejos, como en la pantalla de una televisión, y ahora podía tocarla otra vez. El olor a ropa limpia, la luz del sol, hasta la comida sabía distinta, más fuerte, mejor que antes. Me reía por todo, Ramón me parecía más guapo que nunca y la vida era maravillosa.

Era tan feliz que incluso dolía.

Tal vez, si no hubiese estado tan obsesionada con lo de Ramón, me habría dado cuenta antes de que Sandra Milena estaba más callada de lo habitual. Andaba como enfurruñada, contestaba a todo con monosílabos y se pasaba el día mirando el móvil. Una tarde, al terminar el turno, salí del hotel para irme a casa y me la encontré, sentada en el banco de enfrente, llorando a moco tendido.

Yo…, bueno, Ramón me estaba esperando en casa. Manuel iba a quedarse con los niños y nosotros íbamos a salir los dos solos a cenar. Quería darme una ducha y arreglarme un poco, ¿entiende? Tenía muchísima prisa. Así que fingí no ver a Sandra Milena y pasé de largo. Pero al doblar la esquina me sentí tan mal, tan culpable, que me di la vuelta y me acerqué a ella.

—¿Qué te pasa, Sandra Milena? ¿Estás bien?

Sandra Milena negó con la cabeza, arrugó la boca para abajo y se puso a llorar más fuerte. Se le había corrido todo el rímel. Me senté a su lado y le pasé el brazo por el hombro.

—Es Alberto… —dijo.

—¿Os habéis peleado?

—Creo que…, creo que quiere romper conmigo.

—Ay, Sandrita Milena. —La apreté un poco contra mí—. Lo siento mucho.

Se sonó los mocos y asintió con la cabeza.

—Es un güevón —dijo—. ¡Le odio!

—¿Pero qué ha pasado?

—Ay, pues qué va a pasar. Lo de siempre. Me ha vuelto a dejar colgada porque *disque* le ha salido —se burló cruel— una emergencia.

—Bueno, mujer, es que es policía.

—¡Pero si ni siquiera está de servicio! —gritó—. Llevamos así varias semanas, que apenas si nos hemos visto, y justamente hoy, que libra y que me había hecho la promesa de venir a buscarme, le sale —se burló otra vez— una emergencia.

—Anda, mujer, no te pongas triste. Seguro que en cuanto resuelva su asunto te llama.

—Oj, Bego, le juro que estoy tan harta. Ahora que había encontrado a la mujer, yo pensé que…

—¿Qué mujer? —Me dio un vuelco el corazón.

—Ay, Bego, ¿qué mujer va a ser? La del hombre que murió aquí, ¿no se acuerda? Si se lo he dicho esta mañana, que la había encontrado, pero usted está en las nubes últimamente…

—¿Cómo que la ha encontrado? —Me temblaba todo el cuerpo—. ¿Cuándo? ¿La ha detenido?

—Pues el inspector va a ir a buscarla hoy, por eso se ha ido con él. ¿Usted cree que hace tanta falta que le acompañe a…? ¿Bego? ¡Begoña! ¿Pero adónde va? ¿Por qué corre? ¡Begoña!

13

LOLA

La verdad es que la discusión con Sonia me dejó planchada. Cuando se marchó, estuve pensando y me di cuenta de que quizás había sido un poco condescendiente con ella. ¿Tú qué opinas? Un poco sí, ¿verdad? Yo no soy así normalmente, no soy nada paternalista; de hecho, odio el paternalismo con todas mis fuerzas. Lo que ocurre es que, con todo lo de Eduardo, la mudanza y lo que había estado a punto de pasar con Diego, creo que estaba un pelín susceptible. Nada más. Bueno, y que me había tomado dos copas, eso también.

En cualquier caso, no me gustaba cómo me había portado con Sonia y la llamé para pedirle disculpas. No me cogió. Luego hablé con Alicia y la convencí para que la llamara ella, pero Sonia había apagado el teléfono y tuvimos que dejar de insistir.

—Dale un poco de tiempo —me consoló—. Mañana por la mañana la llamo yo, seguro que está más tranquila.

—Está bien.

Me dio rabia utilizar a Alicia de mediadora —la pobre ya tenía bastante con la que había montada en su casa—, pero ella conoce a Sonia mucho mejor que yo. Supongo que, en cierto modo, son amigas.

En fin, que me fui a casa y me acosté. Sin embargo, y a pesar de lo cansada que estaba, no conseguí pegar ojo en toda la noche. Estuve dándole vueltas a lo de Sonia, vueltas y más vueltas, y al final no me quedó más remedio que rendirme a la evidencia. Era muy egoísta por mi parte no querer echarle una mano. Prestándole dinero, claro, no sacándola de la prostitución. Que no es que no quiera que salga, no he dicho eso, por supuesto que quiero que salga, la saco yo misma si hace falta. A lo que me refiero es a que…

que… que voy a respetar su decisión y a tratarla como la persona adulta que es.

Ya está. Ya lo he dicho.

Voy a respetarla. Es una mujer adulta. Es adulta y voy a respetarla.

¿Ves? No ha sido tan difícil.

Eso no significa que esté a favor de la explotación sexual, ojo, que no lo estoy. Estoy súper en contra. Fíjate lo en contra que estoy que quiero que desaparezca, que se prohíba por ley. Lo que pasa es que, bueno, igual que a mí me resulta intolerable que un tío venga a decirme con qué tengo o no tengo que sentirme oprimida, pues yo, que no me he prostituido jamás, tampoco soy quién para decirle a Sonia con qué tiene o no tiene que sentirse humillada como mujer, ¿no te parece? Sólo porque a mí ciertas cosas me parezcan objetivamente denigrantes, no quiere decir que a las que no opinen como yo haya que desacreditarlas y tratarlas como borregos. Eso es justo lo que nos llevan haciendo a las mujeres desde hace siglos y el feminismo empieza por tomarnos en serio a nosotras mismas. A todas sin excepción.

Así que, aunque no estoy de acuerdo y preferiría que lo invirtiese en rehacer su vida de otra manera, voy a tragarme mi petulancia proteccionista y a prestarle dinero a Sonia. Sin condiciones ni sermones. Es más, se lo voy a regalar. Porque la respeto y quiero ayudarla, y porque es una mujer adulta que puede tomar sus propias decisiones.

A la mañana siguiente, me levanté eufórica. Tenía muchas ganas de decírselo, pero seguía teniendo el teléfono apagado.

—Tía, Lola —me regañó Alicia—, no seas agonías, que no son ni las nueve. Estará durmiendo.

—Ya, sí, tienes razón. Perdona, es que…

—Déjame hablar a mí primero con ella, a ver de qué humor está.

—De acuerdo —cedí—, pero en cuanto hables con ella, me avisas.

—Que sí, petarda.

Estuve toda la mañana de los nervios, escribiendo a Alicia entre clase y clase en plan: ¿y ahora? ¿Y ahora? ¿Y ahora? Me puse tan pesada que acabó por amenazar con bloquearme si volvía a

preguntar. Prometí controlarme y esperar, aunque, si te soy sincera, me pareció un poco raro que alguien cuyo sustento dependía de las citas que concertaba por teléfono, lo tuviese apagado tanto tiempo. No se lo comenté a Alicia para no asustarla, pero barajé la posibilidad de acercarme a casa de Sonia después de las clases.

A primera hora de la tarde, camino de mi despacho, me crucé con Diego por los pasillos. Entre que aquel día no le tenía en clase y lo que estaba pasando con Sonia, no había pensado en cómo nos íbamos a comportar cuando nos volviésemos a ver. En teoría, normal, claro. En la práctica, él se puso rojo como un tomate y a mí casi se me sale el corazón por la boca. Todo muy discreto, como puedes ver. Por lo menos esperó un rato antes de llamar a mi puerta.

—Hola. —Se asomó—. ¿Estás ocupada?

—Eh…, no. Pasa.

Entró, cerró la puerta con pestillo y se quedó de pie. Yo me levanté, rodeé la mesa y me coloqué exactamente en el mismo sitio que el día anterior, frente a él. Dios mío, qué bueno estaba. Ya estaba visualizando cómo me agarraba el culo y se abalanzaba sobre mí encima de la mesa, arramplando con todo, cuando de pronto se aclaró la voz, sonrió con timidez y me tendió una rosa envuelta en celofán.

—Para ti —dijo—. Quiero invitarte a cenar.

En ese momento, no me desmayé de milagro. En serio, ¿una invitación a cenar y una rosa envuelta en celofán? ¿Pero qué mierda era esa? ¿Y mi empotrador? ¿Dónde coño estaba mi empotrador?

—Eh… hm… eh…

Como a mí no me salían las palabras —y para terminar de cagarla bien del todo—, añadió:

—Creo que me estoy enamorando de ti.

—Eh…, Diego, yo…

En ese instante, mi teléfono empezó a sonar. Salté sobre mi bolso, dispuesta a cogerlo y a mantener una larga e intensa conversación con la persona que acababa de salvarme el culo. Ojalá sea Berta, pensé, aunque me daba igual quien fuera. Como si era Eduardo. Pero no era ninguno de los dos: era Begoña. Cuando reconocí su

número, tuve un mal presentimiento. Y no me equivoqué. Estaba frenética. Me dijo que estaba de camino a casa de Sonia y que teníamos que darnos prisa.

Ni siquiera recuerdo si me despedí de Diego antes de salir disparada por la puerta.

INSPECTOR GUTIÉRREZ

La última vez le dije que la policía no es tonta, ¿se acuerda? Bien, pues me reitero: la policía no es tonta. Los que sí son tontos son algunos policías. Tontos del culo, además.

Me refiero a García, por supuesto. Ah, que ya le ha cogido cariño… Bueno, le pasa a todo el mundo, no se preocupe. Que sea memo no quiere decir que sea mala persona. Lo que pasa es que no es lo mismo charlar con él de vez en cuando que trabajar con él todos los días, que acaba uno hasta los mismísimos cojones de sus meteduras de pata.

Le pongo un ejemplo para que se haga una idea. Verá, hace unos meses detuvimos a un sospechoso, un matón barriobajero lleno de tatuajes que le había metido tres navajazos a su hermano por el mando de la tele y le había enviado al hospital. Presuntamente, claro está, ahora todo es *presuntamente* a menos que un juez diga lo contrario. El caso es que metimos al sujeto en la sala de interrogatorios y yo me fui a comer, que era la hora y mi madre había hecho cocido. Dejé a García encargado de llevarle un bocata y le advertí que, por nada del mundo, se pusiese a hablar con él.

—Se lo dejas en la mesa y te vas —le ordené.

—Descuide, inspector.

Tampoco era tan difícil, ¿no le parece? Bien, pues no me hizo ni puto caso. Que le dio pena, dijo luego, que nadie debería comer solo. Así que se sentó con él, se pusieron a pegar la hebra y al final el tipo le convenció —o se lo propuso García, vaya usted a saber— para que le dejase escribir una tarjeta de disculpa a su hermano convaleciente. Hasta ahí, más o menos bien, ¿no? Pero una cosa llevó a la otra y a la tarjeta resulta que había que añadirle unas

flores, y no me pregunte qué cojones se le pasó por la cabeza a García en ese momento, que accedió a sacar al preso al jardincillo de la entrada para que cogiese las tres margaritas mustias que crecen allí.

Ya se imaginará lo que pasó después. A García tuvieron que darle cuatro puntos en la ceja y al menda lo estuvimos buscando dos semanas. Al final lo encontramos. Estaba en el hospital, viendo la tele con su hermano. Manda huevos.

En fin, que ese es García en estado puro. Todo lo que tiene de corazón, le falta en la cabeza.

De todas formas, no crea que me molesta tanto trabajar con él. Los hay peores, como Sánchez, que de tonto no tiene un pelo, pero es un ser despreciable. Y un pelota de mierda, para rematar. Hace tiempo que se cambió a otra unidad, aunque alguna vez se nos cruzan las investigaciones —narcóticos y homicidios coinciden constantemente— y no me quedan más cojones que colaborar con él y aguantar sus memeces. Dios, no se figura usted los esfuerzos que tengo que hacer para no darle de hostias.

Hoy, sin ir más lejos, he estado a punto de hacerlo. Se ha presentado en mi despacho con esos aires de suficiencia chuleta que se da —camisa remangada, gorrita ladeada, cadera adelantada, mano en la porra, que yo no sé si lo hace a propósito o es que no se da cuenta de que parece un *stripper* cutre— y me ha lanzado una carpeta sobre la mesa.

—¿Qué coño es esto, Sánchez?

—Un regalito.

Suspiré y abrí la carpeta con todo el desprecio del que soy capaz, que es mucho. Dentro estaba una de las fotos que habíamos ampliado de las grabaciones de seguridad y en las que se veía a la prostituta que se supone que buscábamos desde hacía semanas. Grapado a ella, un folio con sus datos. Nombre y dirección completos.

—¿De dónde cojones has sacado esto? —pregunté.

—Huy, huy, huy, inspector, ¿qué formas son esas de dar las gracias?

—Le he hecho una pregunta, Sánchez.

—Es para García.

—García tiene el día libre.

—Por eso se lo traigo a usted, señor inspector. Creo que lo llaman colaboración entre departamentos.

—Ya, pues muchas gracias. Puede retirarse.

—¿Va a ir a buscarla?

—Métase en sus asuntos, Sánchez, y déjeme trabajar.

—Si está muy ocupado, puedo ir yo.

—¡Que se vaya he dicho!

—Pero, inspector…

—¡La chica es mía! ¿Entendido? ¡No se le ocurra acercarse a ella!

—Como usted mande.

¡Me cago en el puto García de los cojones! Si llego a tenerle delante, le estrangulo con mis propias manos, se lo juro por mi madre. Mire que se lo dije, ¿eh? Se lo dejé bien clarito. Que no se metiera, hostias, que lo dejara estar. ¿Y ahora qué? Ahora Sánchez me tiene cogido por las pelotas y no me quedan más cojones que ir a buscar a una mujer a su casa y arrastrarla a comisaría para que me diga qué, si ya sé lo que me va a decir, hostia puta, que se acojonó y se largó. ¿Cómo no se va a acojonar, habiendo en el cuerpo escoria como Sánchez? Joder.

Estaba tan cabreado que llamé a García desde el coche. A tomar por culo su día libre.

—Buenos días, señor inspector —contestó cantarín.

—Tu puta madre buenos días.

—¿Está usted bien, señor inspector?

—¿A ti te parece que esté bien?

—Eh…, la verdad es que le noto un poco alterado, señor inspector.

—Y más que lo voy a estar como no vengas aquí ahora mismo.

—Pero, señor inspector…

—Ni señor inspector ni hostias. ¿Te acuerdas de la prostituta del hotel? —Se quedó callado—. ¡García!

—Eh… —carraspeó—, sí, señor inspector. Claro que me acuerdo.

—Bien, porque tu amiguito Sánchez me ha traído hace un momento una carpeta con sus datos. Te acabo de mandar la

dirección, así que ponte el uniforme cagando leches, que me vas a acompañar a buscarla.

—Por supuesto, señor inspector, ahora… ahora mismo voy.

—Cagando leches, García.

ALICIA

El ambiente en casa era sofocante. Mi madre se había quedado para vigilarme y, cada vez que me la cruzaba, me miraba con tanta animadversión —como si se estuviese controlando para no saltar sobre mí y darme una paliza— que no me quedó más remedio que recluirme en mi habitación. No me dirigía la palabra, aunque farfullaba constantemente insultos y reproches en voz alta para que yo los escuchase y supiese lo mucho que me odiaba. No me sorprendió: a Bárbara le hacen lo mismo.

También sabía lo que se esperaba de mí. Lo que estaba pasando no se consideraba una pelea, sino un ultraje, y yo no tenía derecho a defenderme, ni muchísimo menos a reclamar nada. Se supone que tenía que estar tan afligida por lo que *les* había hecho que no podía tener ganas más que de regodearme en mi propia miseria y sufrir por ellos.

Y, sin embargo, yo no me sentía mal. Me jodía que me hubiesen descubierto, claro, la situación en la que me encontraba era superdesagradable, pero al menos me había quitado de encima el peso de la mentira. Si quería que me perdonaran, sólo era porque echaba de menos mi libertad de movimientos y una mínima sensación de normalidad. Al fin y al cabo, yo conocía los hechos desde hacía tiempo, no tenía que asimilarlos de golpe.

En cualquier caso, lo único que podía hacer era agachar la cabeza, quedarme en mi habitación y esperar a que mis padres se calmasen. Me aburría muchísimo. Me dediqué toda la mañana a dormir, a hablar en susurros por teléfono con Cris, a chatear con Lola, me leí todos los *post* de Facebook que encontré, todos los comentarios de todas las discusiones, miré todos los perfiles de toda la gente que conocía, todas sus fotos, todas sus mierdas de hace siglos.

Llamaba a Sonia cada quince minutos, pero su móvil seguía apagado o fuera de cobertura. A medida que pasaban las horas, mis hipótesis explicativas se iban volviendo más rebuscadas y menos creíbles. Primero pensé que estaba dormida, luego me planteé la posibilidad de que se hubiese cogido un día libre y no quisiese que la molestaran, o que estuviese con un cliente, o en la peluquería o, por qué no, que hubiese perdido el cargador o incluso el móvil. Con los nervios crispados por la sensación de claustrofobia, empecé a preocuparme.

Después de comer —un sándwich a deshora en la cocina porque mi madre no podía soportar sentarse a la mesa conmigo—, subí a mi cuarto de nuevo y me encontré cinco llamadas perdidas de Lola. Tuve un mal presentimiento y la llamé enseguida.

—¡Alicia!

—¿Has hablado con Sonia?

—No, no consigo localizarla, pero me ha llamado Begoña y… —Respiró hondo—. A ver, no te agobies, ¿vale? Yo te llamo en cuanto sepa algo, voy en un taxi camino de su casa.

—¿Qué ha pasado? —grité.

—Nada —dijo—. Bueno, que sepamos, todavía nada, pero…

En ese momento se abrió la puerta de mi habitación y mi madre se abalanzó sobre mí hecha una furia. Me quitó el teléfono de un manotazo.

—Que te crees tú que vas a seguir hablando con tus amiguitos como si nada.

Lo dijo rabiosa, con los dientes apretados. Me dio la impresión de que llevaba todo el día deseando hacer algo así. Sin darme tiempo a reaccionar, salió de mi cuarto dando un portazo y llevándose mi móvil.

Empecé a dar vueltas por mi habitación, cada vez más nerviosa. ¿Y si habían detenido a Sonia? ¿Y si estaban a punto de hacerlo? ¿Volvería a verla? ¿Dónde estaba? ¿Cómo se sentía? ¿Estaría muerta de miedo? Siempre había tenido la sensación de que la conocía poco. Había una parte de ella que nunca me había atrevido a tocar porque no quería ofenderla, pero, sobre todo, porque me daba miedo lo que podía encontrar, como si lo que sí veía fuese a

desaparecer de golpe, engullido por un agujero de miseria y depravación. Me di cuenta de lo estúpida que había sido en realidad. La única Sonia que existía era la que me había acogido en su casa, la que había dejado todo para venir a buscarme a la mía, la que me había escuchado sin juzgar y me había abrazado cuando más lo necesitaba.

Sentí que me faltaba el aire y que me iba a dar un ataque de ansiedad. Que les den por culo a mis padres, pensé, que le den por culo a todo. Me vestí, cogí mi bolso y bajé las escaleras con las sandalias en la mano. Entré en la cocina de puntillas. Bárbara estaba de pie, fumándose un cigarro apoyada en la encimera. Se sorprendió al verme entrar, aunque enseguida desvió la mirada y se puso a toquetear su móvil. Era la primera vez que la veía desde la bronca del día anterior, pero no le dije nada. Tenía que darme prisa. Procurando no hacer ruido, rebusqué en los cajones hasta dar con la llave de repuesto de mi coche y un mando para la cancela.

Cuando empecé a bajar el picaporte de la puerta de entrada, concentrada en evitar cualquier chasquido delator, noté una mano en mi hombro. Me giré tensa, dispuesta a darme de bruces con los ojos feroces de mi madre, pero no era ella. Bárbara se puso el índice sobre los labios y me indicó que esperara. Salió de la cocina de puntillas. Medio minuto después volvió a entrar y, en silencio, me tendió las llaves de su coche.

—Está aparcado fuera —dijo en voz baja—. Tiene el depósito lleno.

Nos quedamos un momento así, frente a frente, mirándonos a los ojos. Los suyos se llenaron de lágrimas.

—Ali, yo… Lo siento mucho —susurró.

Me acerqué a ella, le di un beso en la mejilla, cogí sus llaves y salí de allí.

BEGOÑA

Salí corriendo porque quería avisar a Sonia y no podía hacerlo con Sandra Milena delante, ¿entiende? En cuanto doblé la esquina y

estuve segura de que no me venía detrás, saqué el teléfono del bolso y la llamé. Todo el rato me saltaba el contestador, así que cogí y me metí en el primer taxi libre que pasó. Fue un impulso, no sé lo que me dio, sólo sabía que tenía darme muchísima prisa.

A Lola la llamé desde el taxi. Me dio miedo que no me tomase en serio esta vez, yo estaba muy nerviosa y no conseguía explicarme bien, pero lo entendió al momento. Le entró la misma angustia que a mí, que se lo noté en la voz, y me dijo que iba para allá. También dijo que la esperara y que no me acercase a portal.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque el agente ese te conoce, ¿no? Si ahora te ve con Soni, creerá que estáis compinchadas y os detendrán a las dos.

Es listísima esta Lola, ¿no le parece? Le prometí que tendría cuidado y le pedí al taxista que me dejara en la esquina. Me bajé y miré bien la calle, por si había algún coche de policía aparcado. Como no había ninguno, ni tampoco se oían sirenas a lo lejos, me armé de valor y empecé a subir la calle por la acera de enfrente, despacito, para no llamar la atención. Pensaba darle un toque al telefonillo y decirle que bajara, sacarla de allí antes de que llegara la policía, pero justo cuando alcancé la altura del portal, reconocí la espalda del inspector. Se estaba dando la vuelta y de milagro que me agaché a tiempo detrás de un coche que había aparcado y no me descubrió. Dios, qué susto me llevé, no se lo imagina usted.

Si estiraba un poco el cuello, desde donde estaba podía ver al inspector a través de la ventanilla. Me pareció que esperaba a alguien, porque no hacía más que pasearse de un lado a otro delante de la puerta, mirándose el reloj. De pronto apareció Lola, corriendo por la calle, y se paró en seco frente al inspector. De primeras creí que se había quedado tiesa del susto, aunque enseguida comprendí que no, que sólo le estaba mirando muy seria. Claro, ¿cómo no había caído? Lola no sabía quién era ese hombre. Yo siempre hablé de un policía joven y torpe, no de él. Ay, madre…

Por suerte, el inspector tampoco sabía quién era Lola. Se apartó de la puerta, cortés, y Lola llamó al telefonillo. Yo me puse a rezar. Por favor, por favor, por favor, que no esté en casa, que no conteste nadie.

—¿Diga? —retumbó desde el interfono.

—Soy yo, Lola.

—¿Lola?

—Sí, soy yo.

—¿Qué coño quieres? —gritó.

Lola carraspeó.

—¿Puedes bajar un segundo?

—Una polla voy a bajar en chándal —contestó Sonia—. Sube tú.

La puerta zumbó. El inspector estaba apoyado en la pared de al lado con las manos en los bolsillos. Miraba hacia otro lado por educación, pero no se le estaba escapando una palabra. Bueno, ni a él ni a nadie que pasara por la calle, ya sabe que Sonia muy discreta no es. Cuando la puerta dejó de zumbar, Lola volvió a apretar el botón.

—¿Diga? —contestó Sonia.

—Por favor…

—¡Hostia, qué pesada!

—Es importante.

—Está bien, joder. Ya voy.

Colgó con un golpetazo. Lola se quedó a esperar como silbando al aire. El inspector no se movió.

—A ver, Juana de Arco. —La puerta del portal se abrió de golpe y Sonia apareció en chándal, encendiéndose un cigarro—. ¿Qué es eso tan importante?

Al verla, el inspector dio un respingo y se enderezó. La había reconocido. Le juro que en ese momento casi me desmayo. Antes de que Lola pudiese decir nada, el inspector se acercó a Sonia y, con esa voz profunda que tiene, le dijo:

—Disculpe, señorita, ¿es usted Sonia Alonso?

Sonia, bueno, ya la conoce, le miró toda chula de arriba abajo y abrió la boca para contestarle con una barbaridad. En ese mismo instante, alguien gritó: «¡No!». Nos volvimos todos. Por la calle venía García, corriendo como si le persiguiese el mismísimo diablo.

—¡Inspector! ¡Espere! —Cuando llegó a su altura, estaba casi sin aliento y se tambaleaba—. Perdón —hablaba entre jadeos—, pensé que no llegaba.

—Pues por los pelos has llegado, chaval —dijo el inspector. Señaló a Sonia con la cabeza—. Reconoces a esta señorita, ¿no?

—Sí. Digo, no. No es… —seguía jadeando—, no es la que buscamos, señor inspector.

—¡¿Cómo que no?!

Entonces García puso esa voz rara que usa la gente cuando dice una cosa, pero en realidad quiere que se entienda otra y dijo:

—La mujer que estamos buscando vive aquí, en el quinto B. —Se acercó al portal y apretó el botón del telefonillo—. Y no está en casa. ¿Ve? No contesta nadie.

—¿García, tú te has fumado algo? ¿Qué cojones te…?

—Que sí —exageró más todavía la voz rara y abrió mucho los ojos, como de loco—, confíe en mí, señor inspector. Mire, llamo al telefonillo y no hay nadie. Lo estamos viendo los dos, ¿verdad que sí? Hemos venido y, vaya, qué mala suerte, aquí no está.

En ese momento, el inspector entendió. Se puso muy serio y, con la barbilla levantada, miró a Sonia. Sonia también le miraba a él, bueno, todos le mirábamos sin decir nada, aguantando la respiración. Vi cómo Lola alargaba el brazo, le cogía la mano a Sonia y se la apretaba. Al cabo de unos segundos, el inspector suspiró, miró a García y dijo:

—Tienes razón, García. Aquí no está.

Nos desinflamos de alivio.

—Gracias —dijo García, soltando todo el aire de sus pulmones—. Muchas gracias, señor inspec…

—No me des las gracias, García, que no hemos terminado aún.

—Eh…

—Si no está hoy, alguien tendrá que volver a ver si está otro día, porque vivir, que sepamos, sigue viviendo aquí. —Empezó a hablar apretando los dientes—. Y podría ser que algún gilipollas del que nos hemos hecho amiguitos últimamente, ¿verdad, García? Sabes de quién te hablo, ¿no? Bien, pues podría ser que a ese gilipollas le dé por pasarse por aquí y colgarse una medallita.

—¡Pero qué listo es usted, señor inspector! No había pensado en ese.

—Porque no piensas nunca, García, me cago en la hostia.

—¿Y qué…?

—Aunque, por supuesto —el inspector se giró hacia Sonia y, mirándola fijamente, continuó—, si volvemos más tarde y nos encontramos el piso abierto, con claros signos de abandono, no hará falta que vuelva nadie y, además, habremos perdido la pista, ¿verdad, García? ¿Entiende lo que le digo? —Sonia asintió despacio. García estaba boquiabierto—. Bien. Pues ahora nos vamos a ir a tomar un café y a leer el periódico, y yo calculo que tardaremos, no sé, ¿dos horas? ¿Dos horas serán suficientes para leer el periódico entero?

Sonia tragó saliva y volvió a asentir. El inspector se despidió de ella con una inclinación de cabeza, se dio la vuelta y echó a andar calle abajo. García sonrió, levantó el pulgar hacia Sonia y salió trotando detrás de su jefe, que ya casi había llegado a la esquina.

Yo salí de mi escondite, con las piernas flojeando de la impresión y de haber estado tanto tiempo en cuclillas detrás de un coche, y me acerqué a las chicas. Sonia me abrazó. Un coche frenó delante de nosotras y se quedó parado en mitad de la calle. Alicia se bajó corriendo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Que tenemos que darnos prisa —dije.

SONIA

Hostia, pues imagínate. Le pegas un ladrido a un pavo por la calle pensando que es lo de siempre, otro puto pervertido que te va a soltar algún comentario rancio, y resulta que es un madero. Del susto se me encogió tanto el culo que estuve dos días con agujetas en el ojete, no te digo más.

—Huy, lo siento —dijo el madero. Se me había caído el bolso al suelo y se agachó a cogerlo—. Perdone, no quería asustarla.

Me lo dio y yo lo cogí, pero estaba tan acojonada que no le di ni las gracias. No podía hablar.

—Me llamo García. —Me tendió la mano—. Encantado.

Yo no sabía qué coño hacer. Me quedé mirando aquella mano como si fuera kryptonita hasta que el pavo, sonriendo mucho, la retiró y dijo: «Ay, claro, qué tonto», me cogió del hombro y me plantificó un beso en cada mejilla. Ahí ya sí que flipé en todos los colores.

—Quizás usted pueda ayudarme —carraspeó y se puso serio—. Estoy investigando un caso antiguo de agresión a alguien que vivió en este edificio, una mujer transexual llamada Ángeles Castro.

—¿Geli?

—¿La conocía?

—Era mi compañera de piso.

—¡Anda, qué casualidad! Entonces usted tiene que ser… —Se sacó una libretilla del bolsillo y pasó unas cuantas páginas—. A ver… Sonia Alonso Cabrera. ¿Me equivoco? —Negué con la cabeza—. Si no tiene usted inconveniente, señora Alonso, me gustaría hacerle unas preguntas.

—Pero si fue hace más de dos años…

—Estamos pensando en retomar el caso.

—Está bien —dije—. Suba conmigo y le preparo un café.

Pues claro que me pareció raro, coño, era todo como surrealista. O sea, justo ahora que estoy metida en movidas con la poli, aparece San Madero de la nada. Manda huevos. Pero, oye, así de perra es la vida, qué se le va a hacer.

Subimos a mi piso y, mientras se hacía el café, le enseñé el cuarto de la Geli. El tío se lo empolló de arriba abajo, sobre todo las fotos del corcho, que hasta descolgó una en la que salimos las dos abrazadas en la playa, para mirarla de cerca.

—Es la playa de Torimbia —dije—, en Asturias. Fueron nuestras primeras vacaciones juntas.

—Asturias es una maravilla.

—Sí, bueno. No pudimos ir mucho a la playa porque nos hizo un tiempo de mierda, aunque por lo menos comimos de la hostia.

Se rio y volvió a poner la foto donde estaba. Le saqué unas galletas con el café y nos sentamos en el salón. Empezó a hacerme preguntas sobre Geli, cómo era, lo que pasó, el tratamiento que le dieron en el hospital, las consecuencias emocionales de la paliza, en

fin, quería saberlo todo. Cuando le conté que no pude despedirme de ella, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Al final, preparé una tortilla y se quedó a cenar. En público no lo reconoceré ni bajo tortura china, pero la verdad es que el García este me pareció majete. Antes de irse, me prometió que haría todo lo posible por coger a esos malnacidos y que me avisaría con cualquier novedad. Nos dimos dos besos.

Yo estaba tan cansada que pasé de recoger la cocina. Me metí directamente en la cama y me dormí en un plis. Hasta por la mañana no me di cuenta de que tenía el puto móvil roto. Joder. Debió de petar cuando se me cayó el bolso al suelo. Me cagué en todos sus muertos, porque estos cacharros cuestan una pasta y estoy yo como para ir tirando el dinero, así que me lo bajé a los moros de mi barrio a que me lo arreglaran. Sesenta pavos y un día sin teléfono. Bueno, mejor eso que uno nuevo, ¿no?

Decidí aprovechar el día: me depilé, me hice las uñas, me unté el pelo de mascarilla, me exploté unos granos… Me aburrí de la hostia, como ves. Estaba cortando unos tomates para hacerme una ensalada, cuando de pronto llamaron al telefonillo. Era Lola.

Lo que pasó después ya lo sabes. Lo que no sabes es cómo terminó aquello.

En cuanto el inspector y Alberto desaparecieron por la esquina, Begoña se puso a meter prisa.

—¡Vamos! —dijo—. ¡Rápido!

Lola dijo que tenía que ir a buscar una cosa y las tres que quedamos subimos a mi casa en plan comando sincronizado. Empezamos a sacar maletas y a llenarlas con mis cosas, un poco caos todo, porque Alicia no sabe doblar ni una puta camiseta y Begoña tuvo que deshacer dos maletas enteras y volver a meterlo todo bien. Aun así, creo que, en total, no tardamos ni una hora. Cuando volvió Lola, ya habíamos terminado. Me dio un sobre con pasta y me dijo:

—Es todo lo que me ha dejado sacar el cajero. Mañana voy al banco.

Yo estaba… ¿cómo se dice? Eso, desbordada por la situación. O sea, eso de que tenía que darme el piro a la de ya lo había

entendido y me parecía la hostia poder llevarme algunas cosas y no tener que irme con lo puesto y, además, Lola me había dejado pasta. Pero, si me ponía a pensar en serio, me entraba el acojone. ¿Qué coño iba a hacer ahora? ¿Dónde iba a dormir aquella noche? ¿Y mañana? En fin, vaya puta movida, aunque a estas no les dije nada, que bastante estaban haciendo ya.

Nos metimos en el coche de Alicia, que no era el de siempre y tenía todavía más mierda en el suelo, y arrancamos. Íbamos exactamente igual que el día que nos conocimos: Alicia al volante, Begoña en el asiento de al lado, fumándose un cigarro, y detrás Lola y yo, sólo que esta vez sonreíamos todas. Alicia condujo hasta Prosperidad, aparcó cerca del metro y nos bajamos las cuatro. Begoña nos abrazó a todas.

—Tenéis mi número, ¿verdad?

—Sí —dijo Lola.

—Llamadme.

Me dio otro abrazo superfuerte a mí y se alejó hacia su casa, canturreando. Alicia se apoyó en el coche y se encendió un cigarro.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Tú tienes que volver a casa, pichona, que se te va a caer el culo.

—Se me va a caer de todas formas.

—¿Dónde quieres ir tú, Sonia? —preguntó Lola.

—¿Yo? A un hostal baratito.

—No. —Lola se rio—. Me refiero que adónde tienes pensado ir.

—Ah, eso… No sé. Supongo que a Vigo.

—No conozco Vigo —dijo Alicia.

—En Vigo también hay hostales baratitos —dijo Lola—. Y bancos.

Se miraron, se sonrieron y entonces Alicia dijo:

—Tengo el coche aquí al lado. Venga, que te llevamos.

Epílogo

La viuda

Después de darle varias vueltas a la última página, la mujer termina por resignarse. Cierra la carpeta y se reclina en el sofá, con los ojos cerrados y masajeándose el puente de la nariz. Pasa varios minutos así, descansando, antes de levantarse a por su teléfono y marcar un número.

—El Infiel investigadores privados, ¿dígame? —contesta una voz nasal de hombre.

La mujer carraspea.

—Soy yo —dice.

—¿Y bien? —El hombre parece ansioso—. ¿Lo ha leído?

—Sí, pero… —La mujer duda un momento, juguetea con un mechón de su pelo—. ¿Ya está?

—¿Cómo que si ya está? —se extraña el detective—. Le he entregado todas las transcripciones. ¿Qué más quiere?

—Saber qué pasó después.

—¿Después?

—¿No las siguió?

El detective suspira, agotado. Este ha sido, con diferencia, el caso más intenso y extenuante de toda su carrera. Acostumbrado a cobrar cifras astronómicas por un par de instantáneas del marido de turno achuchando a su secretaria a las puertas de un hotel, a punto estuvo de rechazar la singular petición de aquella mujer. De hecho, varias veces a lo largo de la investigación se arrepintió de no haberlo hecho.

—Usted me encargó que averiguase qué ocurrió y cómo terminaron las pesquisas de la policía. Nada más.

—Ya, pero… sigo preocupada.

—¿Preocupada?

—Sí.

—Mire, señora. —La mujer se estremece: odia con todas sus fuerzas que la llamen señora—. Voy a serle sincero: su interés le honra, de verdad que sí, pero todo tiene un límite. Hágame caso y olvídese del asunto. El proceso está cerrado, no puede hacer nada más.

—Tiene razón —claudica la mujer—. Perdone, es que… Bueno, no importa.

—Se ha encariñado —sentencia el investigador.

—Supongo que sí. —La mujer sonríe—. Un poco.

Los dos guardan silencio. Al cabo de un minuto, quizás dos, el investigador considera que ha llegado la hora de colgar.

—Entonces…, ¿le envió la factura por correo electrónico?

—Sí. Por e-mail está bien.

—Un placer, señora.

—Adiós.

Cuando cuelga, la mujer se siente rara. Un poco huérfana, aunque bastante bien. En realidad, ahora que lo piensa, muy bien. Una sonrisa empieza a dibujársele en la boca y nota el corazón ligero. En ese instante, llaman al telefonillo. Abre la chica. Es la señorita Marichu, le anuncia desde la cocina.

—Ay, querida. —El tono afectado de su mejor amiga entrando como una exhalación perfumada en su salón le devuelve a la realidad—. Qué bien que estés en casa. Necesito una copa.

—Voy a por el champán.

—Uy, ¡champán! ¡Con lo que me gusta! Pero dime, querida, ¿tenemos algo que celebrar? ¿Han filtrado a la prensa fotos de tu difunto en corsé?

La mujer ríe con ganas.

—Mucho mejor, Marichu, mucho mejor. Hoy vamos a brindar por las mujeres y la amistad.

—Ay, la amistad. ¡Qué bonito! ¿Te refieres a la nuestra?

—Sí, Marichu, a la nuestra también.

AGRADECIMIENTOS

Escribir un libro es un proceso largo, tortuoso y bastante duro. Sobre todo para aquellos que se relacionan con el autor. Por eso quiero agradecerles a mis padres, mis hijos y todos mis amigos la paciencia de la que han hecho gala durante los meses que he pasado poseída por esta historia (y con cambios de humor regulares).

En especial, quiero darle las gracias a David, mi marido, porque nunca deja que me rinda. A Paloma, mi hermana, siempre la primera lectora, la más crítica y la más constructiva. A Violeta Tomás, que sacó tiempo de donde no lo tenía y, entre biberones y pañales, me escribió unos comentarios de texto increíbles. A Marta Pedregal y Claudia Manzano-Monís, mis primeras víctimas. Siempre es un placer con vosotras. A Pili Queribus y a Mónica de la Fuente, que leyeron un borrador infumable y, a pesar de ello, no me lo tiraron a la cabeza. A Aránzazu Sumalla, que ha tenido más paciencia conmigo de la que yo he tenido jamás con mis hijos. Este libro también es un poco tuyo. Y, por supuesto, a Miryam Galaz, mi editora, con la que ha sido un gustazo trabajar y siempre es un placer hablar. Por muchos más.

Afectos secundarios
Fátima Casaseca

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© Fátima Casaseca, 2019

Los derechos de publicación de la obra han sido cedidos mediante
acuerdo con International Editors'Co.

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá
cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento
editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-670-5494-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

